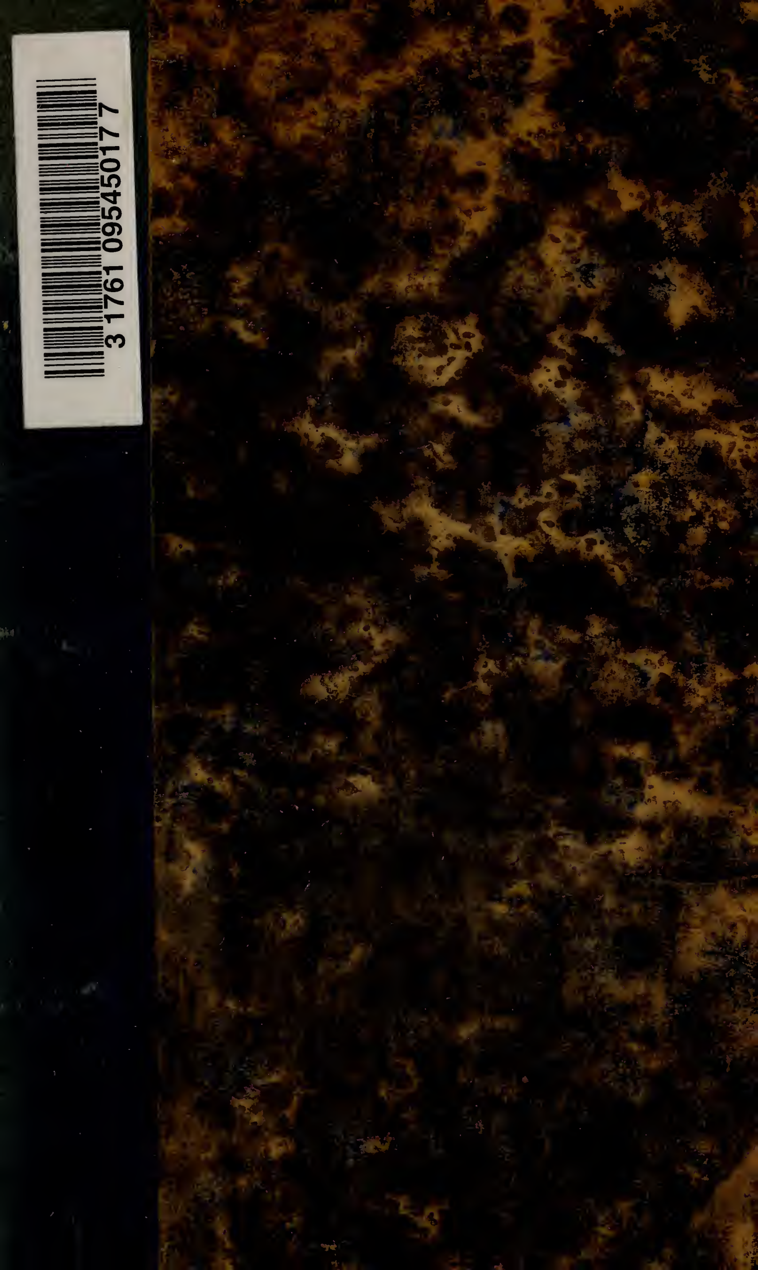
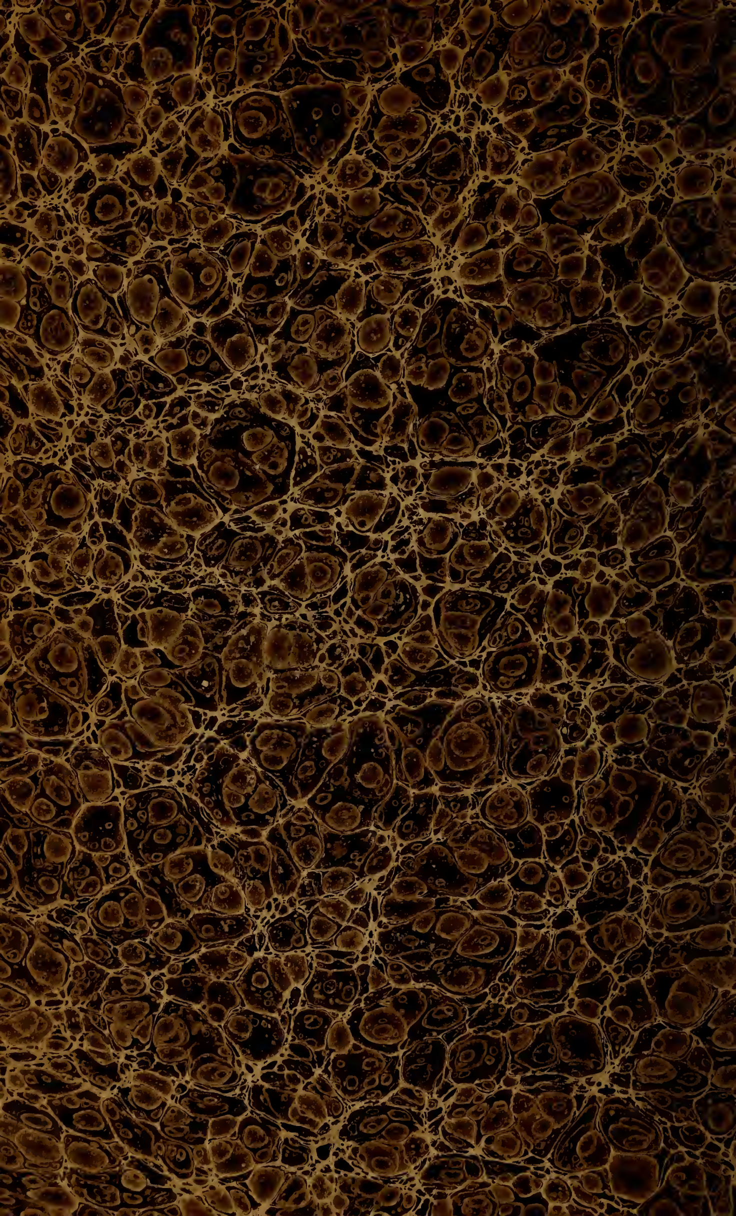
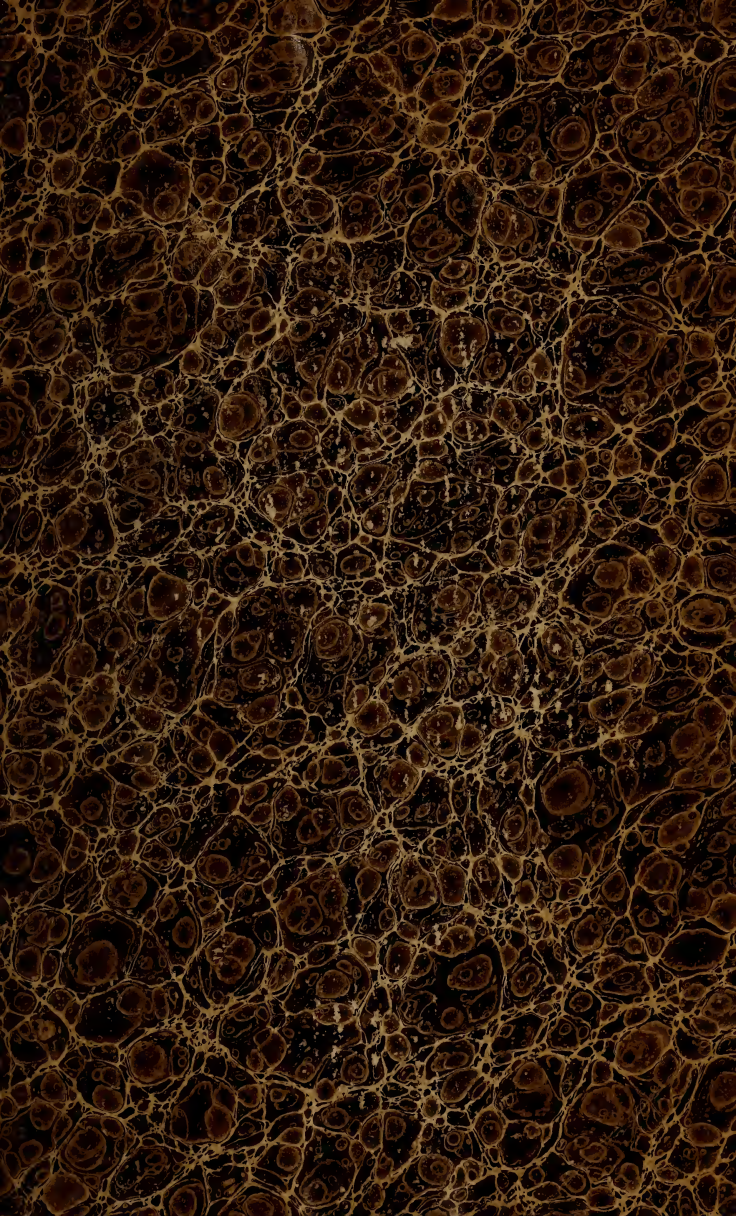
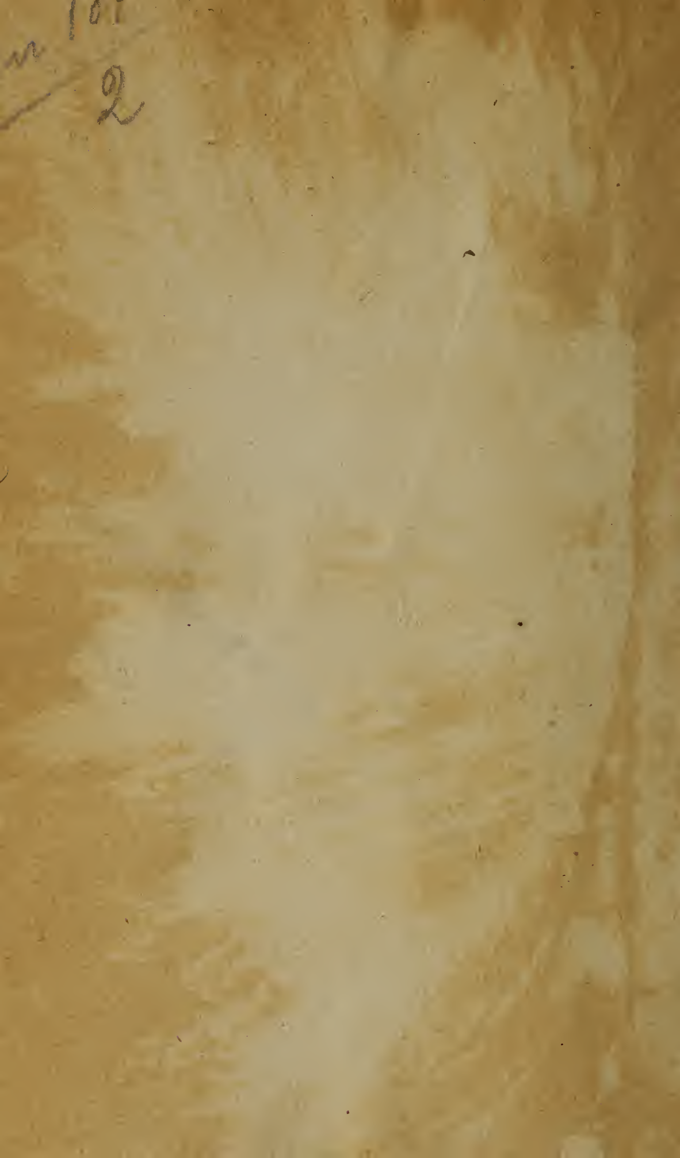

3 1761 09545017 7






2

LA CAPA DEL ESTUDIANTE.

LA CAPA
DEL ESTUDIANTE.

CUENTOS Y ARTICULOS DE COSTUMBRES

POR

EDUARDO DE LUSTONÓ.

GASPAR, EDITORES.
4, PRÍNCIPE, 4.
MADRID.—1880.

ÍNDICE.

PÁGS.

PRÓLOGO.

El prologuista de un libro digno de leerse, suele tener algo del portero importuno que os molesta con escusadas preguntas, y con noticias inútiles os retarda el momento feliz de subir á visitar á una mujer hermosa.

Y puesto que el autor de este libro me nombra su prologuista, he de ser *lo menos portero posible*, para que, franca la entrada, no tengais luego que renegar de mis porteriles importunidades.

Los libros que se forman como éste, que ahora pasa á manos del público, necesitan una esplicacion de su índole y de su mismo título, mas ó menos raro y caprichoso y mas ó menos propiamente aplicado, segun las personas y circunstancias que se reunen en la ocasion del bautizo; y en verdad que el

amoroso y á veces atribulado padre de la criatura no es el que suele tener mejores ocurrencias en tan solemnes momentos.

Hay un cantar popular que reza lo siguiente:

«*La capa del estudiante*
parece un jardin de flores,
toda llena de remiendos
de diferentes colores.»

Ese cantar en boca de nuestro autor en una reunion de alegres compañeros de letras, ha dado un nombre *propio* á este libro, que, como la capa del estudiante, está formado de remiendos de colores diferentes y mas ó menos vistosos.

Y no son remiendos literariamente hablando; porque algunos encontrará el lector, que mas bien son ricas piezas con que podrian hacerse otras tantas buenas capas. Y aunque ésta, que ahora sale de los talleres de un sastre de crédito, les pareciese mala á algunos atrabiliarios descontentadizos, ya tendrian que confesar, al fin, que «bajo una mala capa, se oculta *un buen escritor.*»

Remiendos, sí, y *remedios* improvisados de la azarosa vida del escritor en España, son esta clase de trabajos literarios; pues, forzado el que en este país vive ó muere de lo que escribe, á tocar todos los géneros de la literatura, acude con un bocetillo de novela, ó la descripcion de un tipo, ó la pintura de una costumbre, á buscar con premura en las columnas del semanario, del diario político, ó en las páginas del almanaque, el mísero *tanto menos cuanto* que se promete y que le exigen con voz de apremio las pícaras necesidades que le rodean *donde toda incomodidad tiene su asiento.*

Así nacen, crecen y se desarrollan la mayor parte de los libros que se publican de la índole y condiciones literarias de *La Capa del Estudiante.*

Mi amigo y tocayo Eduardo de Lustonó, cuyo pincel colaboró tan hábilmente en aquellas escénicas preciosas láminas tituladas *Un sarao y una Soirée*, que aplaudió todo Madrid, no necesitaba hacer grandes esfuerzos despues para brillar en el género de literatura á que pertenecen en su mayor parte los trabajos que forman esta coleccion.

El Memorialista, Mi Casero, El Zapatero de Viejo, *El Corista* y otros tipos presentados en esta galería, abonan el crédito alcanzado por el escritor que, á los diez y seis años, se daba ya á conocer y á temer como crítico en un satírico semanario que se titulaba *Las Disciplinas*.

Para que la variedad sea mas notable, al lado de los ligeros artículos de costumbres, figuran tradiciones novelescas con tanto color de época como *La calle de las Dos Hermanas*; cuentos tan sentidos como *La Niña del Sacristan* y *El Muerto al Hoyo*, y narraciones entre fantásticas y humorísticas á lo Edgard Poe, como *La última nota, El final de Rigoletto* y *Tric... trac*.

Pero noto que estoy á dos dedos de faltar á la consigna, poniéndome en el camino harto trillado ya por otros prologuistas. La esplicacion del título y de la índole del presente libro está ya hecha, aunque ligeramente, como habia ofrecido á los lectores.

Felicitémonos de que haya hoy y hubiera antes en España periódicos para la literatura *al por menor*. Por ellos tenemos los

imperecederos artículos de *Fígaro*, las *Escenas Matritenses* de Mesonero, las *Montañesas* de Pereda, los *Cuentos* de Trueba, y por ellos, en fin, sale hoy á luz, libre de polilla, *La Capa del Estudiante*, que, si no de abrigo, servirá de buena compañía y solaz y regocijo en las largas veladas del invierno, como en las mas breves de las otras estaciones del año.

E. Bustillo.

LA CALLE DE LAS DOS HERMANAS.

LA CALLE DE LAS DOS HERMANAS.

TRADICION MADRILEÑA.

I.

—Felicidad como la de don Juan de Henestrosa, no se concibe.

—Decir pudiera con orgullo que lleva la mas hermosa dama de la reina y de la córte, que no hay otra semejante en gallardía y nobleza.

—Rica, virtuosa y de muy principal linaje.

—Cierto es que don Juan no cede á nadie en nobleza.

—Y es galan y apuesto caballero, bravo y muy querido del rey don Felipe.

—Eso, de ser posible que el monarca tuviese algun amigo.

—Hablad norabuena de don Juan de Henestrosa cuanto en mientes os viniese; pero respetad la persona del rey.

—Bien decís, que las paredes oyen y no es el

señor muy sufrido, por cierto, ni gusta de que sus servidores se ocupen de él.

—Pero, hablando de don Juan, ¿no creeis vos que sale aventajado con la posesion de tan principal y hermosa jóven?

—Creo que ambos se merecen.

—Decís que don Juan es celoso.

—Recordad el lance que tuvo por doña Leonor, hoy su esposa, su amada entonces, con aque. capitan flamenco.

—Es cierto y bien puede agradecer al rey que le perdonase.

—Dióle muerte noblemente don Juan.

—Pues así y todo, los he visto yo castigados.

—No siendo personas de tanto valor como don Juan.

—Fíate en el rey y no corras.

Este diálogo sostenian en una de las antecámaras del antíguo alcázar de Madrid varios cortesanos y pretendientes que aguardaban las órdenes del monarca, el segundo de los Felipes y tercero de los príncipes de la familia austriaca en España.

Ocupábanse de don Juan de Henestrosa, y en cuanto referente á su nobilísima alcurnia, altas prendas físicas y morales y favor en la córte habian dicho los cortesanos, ni mentian ni exageraban.

Habia tomado por su esposa á doña Leonor de Leiva y Sandoval, y no eran inferiores las prendas de la esposa á las de su marido.

Amábanse hasta el delirio, y hallándose al ticmpo de este suceso que refiere la tradicion en

plena influencia de la luna de miel, pudiera decirse que vivian solamente el uno para el otro, pensando en su realizada union como antes pensaron en llevarla á efecto.

Eran la envidia de la córte, y hasta el mismo Felipe se aventuró, á pesar de su habitual gravedad y estudiada reserva, á preguntar si los recien casados continuaban siendo felices.

Era muy amigo de don Juan de Henestrosa un caballero tambien muy principal, comendador de Santiago, y dueño de una inmensa fortuna. Testigo en las bodas de don Juan y doña Leonor, visitábalos con frecuencia, y era por ambos cónyuges considerado y estimado como persona de la familia.

Jóven y apuesto era don Lope de Figueroa, que tal era el nombre y apellido ilustre del comendador, y gozaba fama de galan y conquistador.

Leonor era hermosa, y el demonio, que por aquel entonces no sabia estar ocioso, ni se habia visto tan perseguido por la justicia y por la ciencia como en épocas posteriores, vagaba de pecador en pecador, envalentonado con la impunidad. Pero don Lope era amigo de don Juan, y nunca hubiera éste podido sospechar en el comendador una villanía. Dábale cierta franqueza la intimidad del amistoso trato de Henestrosa, y la afable discrecion de Leonor le obligaba y seducia.

II.

No lejos del famoso Meson de Paredes, uno de los mas celebrados de Madrid por las buenas condiciones de «comodidad y aseo» que ofrecia al viajero, á la tapada y al embozado que en tierno colòquio querian pasar algunas horas, libres de impertinentes aventureros y curiosos golillas, se veia un conato de calleja formada por cuatro ó cinco casas sin sujecion á reglas de ornato público, asunto en aquella época que no daba mucho que pensar á los regidores del municipio.

Una de ellas, de grandes puertas, ancho y espacioso zaguan, y sobre el dintel, y entre dos huecos de balcon en la fachada, grandes escudos de piedra con las armas de la familia de los Henestrosa; toscamente talladas.

Un solo piso sobre el bajo tenia la casa, y anchurosos y feos buhardillones se asomaban con timidez desde el tejado como para contemplar con emulacion los balcones de hierro del piso principal.

Al ver aquel denegrido caseron, nadie hubiera adivinado el lujo que su dueño habia desplegado en el interior del edificio.

Ricos tapices flamencos, terciopelos de Utrecht, lunas venecianas, de todo cuanto el mas rico y caprichoso gusto pudiera inventar, se hallaba en

aquel encantado recinto, templo del amor y del placer en aquellos dias.

Leonor, desprendiéndose de los brazos de su padre, y de los de su hermana, que vivian en Nápoles, donde el ilustre progenitor de la hermosa dama servia un alto puesto por el rey don Felipe, habia hallado en el viejo palacio de don Juan el lujo y la riqueza que pudiera en el real alcázar; pero sobre todo, en aquel caseron feudal vivia su amante, iba á compartir con él, legitimada ya su pasion, cuanto en la casa se veia, y todo estaba para ella embellecido por el amor.

Ademas recordábale su palacio de Nápoles, no menos elegante y suntuoso que el de don Juan, aunque sí menos rico; aquel palacio donde conoció al capitan Henestrosa, donde oyó de sus labios las primeras frases de amor, y donde fué su union bendecida.

III.

No habian trascurrido dos meses desde el dia en que los jóvenes esposos entraron por primera vez, llegados de Nápoles, en el palacio viejo de los Henestrosa, cuando un inesperado suceso llegó á turbar su calma y su felicidad.

El rey don Felipe II disponia que el capitan Henestrosa partiese en breve plazo á Bruselas, donde habia menester de sus servicios. Honrábale con una mision importante, pero le encarecia la pronta ejecucion de las órdenes que se le comunicaban.

La nueva produjo el consiguiente disgusto á los enamorados esposos; pero tratándose del rey, y de un rey como Felipe II, toda dilacion era inútil y toda súplica escusada. El hijo del emperador pensaba muy detenidamente los actos de su vida; en ninguna de sus determinaciones se podia tachar de ligero el menor accidente; lo meditaba y si algun pormenor omitia, no era seguramente por falta de reflexion, sino por sobra de juicio; pero dictada una órden, nadie le hubiera hecho desistir.

Conocidas estas condiciones del monarca, Leonor y don Juan pensaron solamente en la separacion.

—¿Esto es que me destierra?—se preguntaba el capitan reflexionando y muy agitado.—¿En qué he podido ofender á su majestad? ¿Cómo, tan ingrato con los servicios por mis antecesores prestados á don Cárlos, me arranca hoy de tus brazos á pretesto de honrarme?

En estas y análogas imaginaciones abismábase don Juan, dando rienda á su tristeza, y llegando á sospechar que era víctima de alguna calumniosa delacion.

El tiempo trascurrió y con él llegó el momento de cumplir las órdenes del monarca.

—Partid descuidado,—decíale don Lope su amigo,—que en mí dejais á quien ha de velar por vuestra fama.

—Lo sé, don Lope, y creed que solo en vuestra leal amistad fiara el cuidado de Leonor: temo sin fundado motivo algun mal suceso del viaje que voy á emprender.

—Escusaos con maña,—aconsejóle Figueroa.

—¿Tal decís, conociendo mi lealtad y la energía que en estos casos tiene el rey?

—Razon teneis, don Juan; partid enhorabuena y nada temais.

IV.

Cuán triste fué la despedida de doña Leonor, fácilmente se comprende, puesto que á los ordinarios presentimientos que en víspera de ausencia suelen asaltar á las mujeres, añadíase el disgusto de Henestrosa.

Dispuesto todo y despues de encomendar encarecidamente á don Lope el cuidado de Leonor, mientras con la efusion de la amistad estrechaba su mano, y luego que hubo enjugado con sus besos el llanto de Leonor, partió el capitan Henestrosa, apenado el espíritu por ese vago temor que inspira el daño desconocido que se imagina, cuando las causas del mal en el objeto mas querido se fundan.

V.

Si Henestrosa hubiera podido leer en el corazon de Figueroa, fácilmente habria hallado la esplicacion del despacho del rey y los intentos del miserable.

Al hallarse don Lope de Figueroa á solas con la hermosa señora:

—Serenaos,—le dijo, que si don Juan os deja confiada á mi cuidado, mas he de consagraros que vos y él mismo creeis, Leonor.

—Gracias, don Lope,—respondió la dama, que á galantería ó nobles sentimientos de Figueroa atribuia la efusion con que tales palabras fueron pronunciadas.—Conozco vuestra lealtad, y en ella fio; pero permitid que me aflija al separarme de don Juan, á quien no sé qué vago presentimiento me dice que no he de volver á tener á mi lado.

El comendador reiteró sus nobles ofrecimientos, despidióse de Leonor y salió de la casa.

Anticipándose á mis esplicaciones, fácil habrá sido á mis lectores comprender que el amigo de don Juan se habia enamorado de la hermosa dama. Pero lo que no puede comprender un espíritu levantado, un alma noble, es que don Lope de Figueroa fuese el que, aprovechando sus influencias poderosas en la córte por mediacion de un su tio, fraile gerónimo de los que componian, por decirlo así, el cuarto militar de Felipe II, procurase aquel conflicto del amigo leal, atropellando los mas santos fueros.

Faltábale el complemento de sus bastardos planes. Pensó en fingir algun despacho en que se justificase la muerte de don Juan, pero desistió de semejante proyecto.

—Pudiera el rey tomar cartas en el asunto, y no habrian de servirme en tal caso los buenos oficios de mi tio. Además, ¿qué pudiera conseguir con semejante farsa que noblemente y cara

á cara no consiga? Ella tiene puesta en mí su confianza, y antes de pasar á violencias que pudieran comprometerme, quiero intentar enamorarla. Si me rechaza, si nada puedo prometerme de su amor, entonces, y solo entonces, apelaré á los medios de fuerza.

En estos pensamientos, el caballero santiagués resolvióse á emprender la conquista de la voluntad de Leonor.

Con ansiedad aguardaba las visitas del caballero la esposa de don Juan; que convierte en sagrado para el que ama cuanto toca la persona amada, y la amistad de Henestrosa enaltecia á don Lope en la consideracion de la jóven.

—No sabeis,—le dijo en viéndole aparecer cierto dia en su casa,—cuánta es mi felicidad al veros.

—Señora...

—Sois para mí, aparte de vuestras distinguidas prendas, el recuerdo de cuanto mas amo en el mundo... ¡De cuanto mas amo! ¡Qué ingrata soy! ¿Y mi padre? ¡Mi buen padre que tanto me adora! Pero mi esposo... Os enojarán estas niñerías, ¿no es cierto? Perdonadme, don Lope.

—¡Enojarme! ¿Qué decís, señora? ¡Ah! Enojarme debiera, mas no con vos, Leonor, sino con mi propia debilidad y mísera condicion.

—¿Qué decís?—preguntó con estrañeza doña Leonor.

—Digo, señora, que es grande el pesar que me aflige.

—¿El pesar?—repitió la dama, estremeciéndose al oir las palabras que con dramática entonacion pronunciara el caballero, temerosa de

adivinar en ellas algun infausto suceso referente á su don Juan.

—Sí, pesar profundo de haberos conocido,—afirmó el comendador;—porque vos, señora, sois la causa inocente de mis males.

—¿Yo, don Lope?

—Vos.

—No os comprendo,—replicó la bella y discreta Leonor, conteniendo difícilmente la emocion que la dominaba.

—Sí, y pluguiera á Dios que nunca os hubiera visto; que no fuera desleal como lo soy en este momento, á la consideracion que os debo y á la amistad de Henestrosa, al declararos por primera vez que os amo, Leonor, que sois para mí la vida y la esperanza, y á un tiempo mismo mi condenacion y la causa de mis horribles sufrimientos.

—¡Don Lope!—esclamó la dama retrocediendo un paso y fijando en el comendador una mirada en la cual se reflejaba la altivez de la mujer honrada y la indignacion de la esposa ofendida.

—Sí,—tornó á decir don Lope,—os amo hasta el delirio, hasta el crímen... Perdonadme y nada me reprocheis, nada me digais; volved á mí vuestros ojos; que harto me he reprochado yo mismo oyendo las sujestiones de mi conciencia.

—Y si conoceis vuestro delito, ¿por qué le cometeis? ¿Por qué me injuriais, suponiéndome capaz de ser vuestro cómplice?

—Señora...

—Basta, don Lope,—interrumpió la dama.

—Ved, señora, que un hombre loco de amor es capaz de todo.

—¿Qué quereis decir, caballero?... interrogó con altanería la esposa de don Juan.

—Quiero, Leonor, convenceros...

—¿De vuestra deslealtad? No lo necesitais.

—¡Señora!... Oidme al menos.

—¿Para qué? Si no he de hallar disculpa á vuestros impuros sentimientos, ¿qué conseguireis con que os escuche? ¿Que sea mayor mi aborrecimiento? ¡Ah! Callad, callad, falso amigo y mal caballero, y ved que desde ahora os prohibo que mancheis con vuestra planta ésta que fué mansion de la felicidad y la alegría.

Despues de esta contestacion la jóven salió inmediatamente de la estancia.

El comendador de Santiago quedó suspenso y reflexivo durante algunos segundos.

Una tempestad horrible estallaba en su cabeza; habia sufrido á un tiempo doble herida en su corazon y en su amor propio.

Sin darse cuenta de lo que hacia, y embargado el ánimo por la ira y el dolor, salió del palacio de la Henestrosa, y se dirigió á su casa.

VI.

Nuevas penas llegaron á aumentar las que ya afligian á Leonor; su padre habia muerto en Nápoles.

Consecuencia de tan doloroso acontecimiento fue la vuelta á España de Isabel, la hermana de Leonor, que en ésta buscaba un cariñoso amparo.

Tan inesperado viaje aumentaba la desconfianza y la intranquilidad de Leonor. Don Lope no habia vuelto á la casa de don Juan; pero la dama temia al caballero. Por otra parte, vivir solas ambas mujeres en aquel caseron, sin mas guarda que una dueña, dos doncellas y un escudero viejo, era muy aventurado.

En estas circunstancias, y meditado y madurado un plan por Leonor para que sirviera de comun amparo y defensa, llegó á Madrid Isabel.

Recibióla con muestras de dolor y regocijo á un tiempo, y despues de pasados los primeros momentos, propúsola su proyecto, para asegurar la tranquilidad de ambas hasta tanto que don Juan diese la vuelta á España; proyecto que aceptó Isabel, prestándose, aunque no sin alguna repugnancia á desempeñar el papel que su hermana le confiaba.

El plan de Leonor, temerosa de la venganza de don Lope, consistia en ocultar la llegada de su hermana, y puesto que la situacion de dos mujeres jóvenes, hermosas y solas, era comprometida y espuesta en aquellos tiempos á disgustos, desde el asalto del ladron hasta la sorpresa del enamorado caballero, acordó con Isabel que ésta se disfrazase tomando algunos vestidos de don Juan, y pasase á los ojos de todos como hermano y no como hermana de doña Leonor.

Hiciéronlo conforme habian pensado, y que-

dó Isabel convertida en apuesto y gentil mancebo, que hubiera sido el objeto de los deseos y aspiraciones de muchas doncellas de la córte.

Imaginaba Leonor que aquella sombra de varon habria de servirle de amparo, escudándose la misma Isabel contra las asechanzas de galanes aventureros, en tanto que la llegada de don Juan devolviera á entrambas la tranquilidad.

Pero no pensaba doña Leonor en que aquel ardid pudiera acarrear mayores males.

Dióse órden severa á las doncellas de ocultar aquella farsa en beneficio de todos, y en ello convinieron gustosas las mozas; que aun conocido el fingimiento, mas agradaba á sus ojos aquella ilusion que la vista de otra hermosa dama que las ofendiera con su belleza.

Solamente el escudero se indignaba ante semejante farsa, porque pensaba que era dudar de su valor el fingimiento.

VII.

No habia desistido de sus pretensiones don Lope de Figueroa, y aunque no volviera á la casa de Henestrosa, no por ello dejó de poner cuantos medios se hallaban á su alcance para lograr por astucia ó malas artes lo que noblemente no debiera intentar, ni de buen grado pudiera conseguir.

Ganóse á fuerza de dádivas la voluntad de una de las criadas de Leonor, y con su ayuda contaba para lograr sus intentos. El, que nunca habia hallado obstáculos á la satisfaccion de sus apetitos, tropezaba con la virtud de aquella mujer, y el honor de la hermosa dama aumentaba á sus ojos los encantos, y convertia en amor apasionado lo que comenzara en caprichoso pensamiento del comendador.

El poderoso auxilio de la doncella sirvió á don Lope para adquirir la noticia de la llegada de doña Isabel á Madrid y de la comedia dispuesta por doña Leonor.

—Ardo en deseos—decia con socarronería Figueroa á la doncella confidente, de medir mis armas con ese gentil mancebo, y ahora mas que nunca he de penetrar en la casa de Henestrosa.

—Ved, señor,—observaba la moza á cada palabra, encareciendo el servicio que prestaba,—que en ello aventuramos mucho, y yo principalmente.

—Nada te importe, yo te salvaré, y si me sirves con lealtad como yo te pago, no ha de pesarte nunca.

El comendador prodigaba las dádivas, y la moza, que á tan espresivas formas de seduccion no era invulnerable, accedió fácilmente á los deseos del galan y le facilitó la entrada en la habitacion de su señora, prévias algunas monedas de oro para acabar de desvanecer sus temores.

Penetró el caballero por una ventana de la habitacion de la moza, y aprovechando, como en tales casos es indispensable, la oscuridad de

la noche, llegó á verse en la estancia de doña Leonor.

—Nada os recomiendo, señor, pero considerad qué seria de mí si esto parase en mal,—decia la criada.

—¡Basta ya de reflexiones¡! murmuró don Lope, ya perdida la paciencia; y apartando bruscamente á la muchacha, empujó la puerta de la habitacion de Leonor.

Franco el paso, apareció en el dintel el comendador de Santiago.

Leonor é Isabel se hallaban en la estancia, y al ver á don Lope, lanzaron un grito.

—Señora... balbuceó el caballero,—nada temais.

La presencia de Isabel en aquellos momentos le cóntrariaba, y hacia imposible su situacion.

—Esa imbécil de criada—pensó don Lope—debió prevenirme esta circunstancia.

—Si no viera tanto atrevimiento,—balbuceó Leonor, lo dudara, caballero; visto el vuestro, no comprendo cómo puede pasar por noble quien es tan villano.

—¡Leonor!

—Salid inmediatamente.

Isabel se hallaba en difícil y comprometida situacion; su disfraz la obligaba á tomar parte en el asunto, y temblaba de pies á cabeza.

Don Lope fijó en la jóven una mirada y no pudo contener una sonrisa maliciosa.

Leonor se dirigió precipitadamente hácia la puerta de la habitacion, y llamó.

—Deteneos, señora,—murmuró colérico el comendador, y procuró atajar el paso á la dama.

—¡Rodrigo!—tornó á gritar la señora.

Y un minuto despues se oian en el corredor la tos de la dueña y las pisadas inseguras del escudero.

—Ved, señora, que esto os compromete,—repetia don Lope.

Leonor vaciló; don Lope decia bien: aquel escándalo en su propia habitacion pudiera ser interpretado por la maledicencia, con aparente fundamento, en sentido desfavorable al buen nombre de la dama y á la honra de Henestrosa.

El comendador sonrió satisfecho por aquel efímero triunfo.

Pero la esposa de don Juan, volviendo en sí, dejó llegar á los criados, repitiendo:

—¡Aquí, Rodrigo!

Isabel entre tanto no sabia qué partido tomar; si hacer como bravo ó permanecer muda, para no vender más claramente el secreto de su sexo.

La dueña y Rodrigo se presentaron en la habitacion sin dar tiempo á don Lope á ocultarse, como intentara en los últimos momentos, queriendo de esta suerte evitar el escándalo y aparecer menos repulsivo á los ojos de Leonor.

—¿Llama la señora?—preguntó soñolienta la dueña.

—¿Qué mandais?—interrogó el escudero.

—Guiad á don Lope de Figueroa hasta la puerta.

—¡Señora!—esclamó enfurecido el comendador.

Rodrigo clavó en su ama, primeramente, una mirada que pintaba su asombro y el temor de adivinar lo que allí ocurria: luego, mirando

alternativamente al caballero y á su propia espada, veterana como él, murmuró por lo bajo algunas palabras ininteligibles, pero que de seguro podrian traducirse en un voto, y no de continencia.

—Dios os guarde, señora,—dijo Figueroa, y salió de la habitacion.

Rodrigo le siguió, y la dueña á entrambos.

VIII.

En aquella noche desapareció de la casa de don Juan la criada que servia los amores de don Lope, y por consiguiente, las pesquisas de doña Leonor para descubrir á la culpable de tanta deslealtad, fueron inútiles; ella misma se declaraba delincuente con su fuga.

La esposa de don Juan de Henestrosa, con grave acento y altanería que no empleaba nunca ni se avenia con su carácter dulce y bondadoso, dijo á los criados:

—Nada habeis visto, nada habeis oido... ¿me comprendeis?

—Perfectamente, señora,—respondió Rodrigo.

—Qué seria ello?—preguntó la dueña al escudero, con mucho misterio y mayor curiosidad, cuando salieron del camarin de doña Leonor.

Rodrigo contestó con seguridad:

—Nada habeis visto, nada habeis oido, nada

sabeis y nada os importa. Id á dormir enhoramala.

A lo que la vieja gruñó con ira:

—¡Grosero! ¡siempre el mismo! Estos soldadotes son salvajes.

IX.

Ganoso de ver en el horizonte la oscura é irregular silueta de Madrid, no digamos que hacia galopar, sino que hacia volar á su caballo un ginete que caminaba desde el Guadarrama de aquella manera, por haber dejado en el famoso puerto la silla que le conducia, hecha pedazos.

A larga distancia seguíale otro ginete mas humilde, en mula castellana, de buena andadura, pero de mala facha.

Don Juan de Henestrosa era el primero, y un criado el que le seguia.

No era el natural deseo de abrazar á su querida Leonor lo que ponia alas al caballero, ni el placer de la felicidad que iba á renovarse en aquella antigua y veneranda casa solariega de los Henestrosa, lo que agitaba el espíritu del noble capitan.

Descompuesto el semblante, lívido y convulso, murmuraba el caballero juramentos é imprecaciones, mientras hundia en el ijar de su cabalgadura el acerado acicate, como para comunicar

al corcel todo el ardor nervioso, todo el dolor que á él le destrozaba.

«No hay camino tan largo que no termine,» dice un adagio vulgar, y por fin el impaciente caballero llegó á penetrar en la famosa villa, y á poner pié en tierra enfrente á la puerta del Meson de Paredes.

Eran las diez de la noche, hora en aquel tiempo muy avanzada, y mas si se tiene en cuenta que mediaba el mes de octubre.

Llamó repetidas veces, y consiguió por fin que el mesonero abriese la puerta, despues de muchas preguntas indiscretas, por su parte, y de muchas respuestas amenazadoras de la de don Juan.

Entregó el ginete su caballo al dueño de la posada, pidió recado de escribir, y una habitacion. Entró en ella y despues de repasar un papel que sacó de la ropilla, escribió en otro algunas líneas.

Terminado que hubo estas operaciones, salió del Meson de Paredes, diciendo al huésped:

—Cuidad ese caballo, que he menester de sus servicios en seguida, y tomad estas monedas.

—Gracias, señor caballero,—dijo éste con suma alegría;—mandadme como gusteis, que mi deseo es servir á personas principales como vos, que saben lo que se pagan y tienen en cuenta la mala situacion en que nos hallamos los pobres.

Don Juan se disponia á salir cuando llegaba al Meson de Paredes su criado, el cual, dejando en poder del mesonero su fatigada mula, siguió á su amo.

El capitan Henestrosa se encaminó á su casa.

¡Cómo palpitaba su corazon! ¡Qué escitacion tan horrible agitaba su espíritu! Don Juan se detuvo un instante al llegar delante del caseron; dudó y, por último, dió un golpe en la ventana que daba al cuarto del escudero Rodrigo, quien murmuró algunas palabras.

—¡Siempre en vela el buen Rodrigo!—Balbuceó sonriendo con sarcasmo Henestrosa.—¡Siempre leal, siempre vigilando por mi honra! ¡Ah, fiel criado!... Yo recompensaré tus esfuerzos y desvelos por servirme.

Y diciendo esto, hacia rechinar sus dientes.

Rodrigo no pudo sufrir muchos golpes en su ventana; tenia como el perro viejo, esa predisposicion á gruñir y á incomodarse por cualquier cosa; y echando mano á su tizona y poco mas que en camisa, abrió el postigo para cerciorarse de lo que á tales horas pudiera ser causa de que le molestaran, ó regalar un cintarazo al chusco que de él tratara de burlarse.

Cuando vió al resplandor de una literna á don Juan de Henestrosa, no pudo contener una esclamacion de sorpresa y alegría á un tiempo.

—¡Silencio!—rugió el caballero.—Abre y guia al cuarto de tu señora... Pero ni una palabra ni una señal que pueda servirle de aviso, y... quizás pueda perdonarte.

Entre confuso y atemorizado abrió un postigo del porton el escudero.

Don Juan penetró resueltamente en la casa, subió al primer piso, y despues de detenerse, exánime y exaltado á un tiempo mismo, junto á la habitacion de Leonor, empujó violentamente la puerta, que cedió al choque, de-

jando franca la entrada al esposo indignado.

Como rayo desprendido, cruzó la habitacion, entró en la alcoba, y á la luz ténue de una lámpara que pendia del techo del salon, vió claramente el testimonio de su deshonra; que asi ve el celoso las pruebas de su ofensa donde la ofensa no existe.

Dos cabezas en impuro contacto descansaban sobre el almohadon de rico damasco blanco; la de Leonor y la de un hermoso mancebo.

¿Qué mas pruebas habia menester? Lo veia y no daba crédito á sus ojos. Leonor, la que juzgaba honrada y noble esposa, digna de llevar su apellido, habia, con impura concupiscencia, profanado el tálamo... No le engañaba el buen don Lope al manifestarle, en un pliego en que se encarecia la urgencia del asunto que se le descubria, que la esposa infiel y perjura, aprovechando la ausencia de don Juan, entregábase libremente á los repugnantes placeres con que brinda á la adúltera un amor impuro y maldito de Dios.

Semejante infamia no hubiera imaginado nunca don Juan; pero no mentia don Lope de Figueroa, noble y leal amigo.

Henestrosa, ciego por la ira, que hacia agolpar la sangre á su cabeza, se lanzó sobre el lecho, desnudando la daga que llevaba pendiente del cinto, y en un momento dejó cumplida su venganza. Dos quejidos ahogó la muerte.

Convulso, y apoyando en la pared la ensangrentada mano, salió al salon, y tomando una luz, torno á entrar en la alcoba para recrearse en su horrible crímen; tanta ferocidad infunden los celos.

Entonces, al examinar aquellos rostros contraidos por el dolor, aquellos inanimados y correctos brazos, los ebúrneos y ensangrentados cuellos, el sedoso cabello que se estendia sobre el ancho almohadon; al comprender, en fin, la enormidad é injusticia de aquel doble crímen, don Juan retrocedió con espanto.

—¡Jesus!—gritó, cayendo desplomado sobre un sillon.

X.

Trascurrió el tiempo; de Henestrosa nada se volvió á saber.

Don Lope de Figueroa no llegó á disfrutar su venganza; una fiebre maligna le arrebató la vida en la misma noche en que sucumbian Leonor é Isabel.

Felipe II, que estimaba mucho á don Juan, mandó que fuese buscado por todas partes; no se supo si por interés de procurarle consuelo, ó de proporcionársele al Santo Oficio.

El vulgo, horrorizado, dió en llamar desde aquella noche á la calle en que se hallaba, hasta hace pocos años, la casa de los Henestrosa, calle de las Dos Hermanas.

LA ULTIMA ÑOTA.

LA ULTIMA NOTA.

No hay escuela filosófica que cuente con tanto número de afiliados, ni secta que pueda registrar tantos mártires como el amor propio. Entre todas las debilidades del hombre ésta es, sin duda alguna, la mayor y la mas estendida en la especie.

Esto me decia no há mucho tiempo un maestro compositor de música, español, cuyas partituras no solo son populares en nuestra patria, sino que han tenido la fortuna de traspasar los Pirineos y de ser muy aplaudidas en Francia, Italia y otras naciones. Y como demostracion de su aserto, me refirió la siguiente historia que yo tomé por leyenda, pero que él me aseguró ser relato verídico.

Ello fue que en un pueblo del antiguo reino de Nápoles vivia no há muchos años un lord inmensamente rico, acompañado de su hija, tipo espiritual en cuyos ojos azules parecia trasparentarse el cielo de su alma.

Isabel era el ángel y la voluntad de la casa: lord Melvil habia abdicado completamente en su esposa la direccion y gobierno de la familia, y al perder á tan querida compañera, su hija habia heredado, con los inmensos bienes que aquella poseia, el mando en jefe de la casa.

Harto discreta para conocer el carácter de su padre, respetaba sus horas, sus dias de spleen, que lord Melvil dedicaba generalmente á tocar el violin, permitiéndose de cuando en cuando Isabel adular la ejecucion del artista en el arte de Paganini.

Este era el mejor, el mas legítimo testimonio de cariño que pudiera darle su hija. En labios de persona estraña hubiérale parecido tal vez una burla sangrienta, no porque él tuviese opinion de no merecer elogio, sino porque era naturalmente malicioso y desconfiado. Pero su hija no podia engañarle, y su hija era artista de corazon; sentia el arte y amaba la belleza.

Cuando Isabel dedicaba alguna lisonja á la maestría de lord Melvil, éste debia juzgarla como justa y desapasionada.

El palacio que habia comprado lord Melvil á la muerte de su esposa, y al que habia trasladado su residencia en union de su hija, única familia que le quedaba, era un templo del arte en todas sus manifestaciones. Isabel habia encerrado en aquel recinto inmensas maravillas de varias épocas, de diversas escuelas y de notables autores.

Allí todo era artístico, menos los solos de violin del propietario. ¡Pobre hombre! ¡Cuánto hubiera dado él por asombrar al mundo filarmónico, por recorrer las naciones de Europa ofreciendo

conciertos, aun cuando fuesen gratuitos, por el solo é inapreciable gozo de verse aplaudido, admirado por los diletantti de todos los paises civilizados.

Esta idea no se borraba de su imaginacion. Pensó en llamar á un profesor que le perfeccionase en el violin, pero temia que aquel mismo pudiese participar á la sociedad filarmónica de Nápoles que lord Melvil estaba aprendiendo á tocar el violin, y este temor le detenia.

Asi las cosas, ocurrióle buscar un secretario; el que le prestaba este servicio habia envejecido sirviendo á la familia del lord, y habia muerto hacia pocos dias.

—Puesto que necesito un secretario, exigiré á los pretendientes que entiendan de música, que lo demás es fácil de aprender.

No tardó mucho tiempo lord Melvil en ver cumplidos sus deseos: algunos dias despues de publicar el inglés el anuncio en la prensa italiana, se presentó un aspirante: era un jóven de hermosa figura é inteligente fisonomía, conjunto artístico, modales distinguidos y dulce carácter. Escribia perfectamente, poseia alguna ilustracion y era un artista: tocaba el violin regularmente, segun dijo en su presentacion á lord Melvil.

Apenas oyó esto nuestro inglés llamó con precipitacion á un criado y mandó que le trajese uno de los violines del repertorio, y por si el criado cometia alguna indiscrecion ó tardaba mucho tiempo en volver, salió él mismo de la habitacion, suplicándole al jóven desconocido que le dispensase por algunos segundos.

No habian trascurrido quince, cuando volvió

á entrar en la sala con un magnífico violin en la mano.

—¡Stradivarius! esclamó el jóven en cuanto le vió.

—Es verdad, afirmó el inglés con cierta alegría y sorpresa á un tiempo.

—Tengo uno igual, añadió el jóven con sencillez.

—¿Igual á éste? preguntó con estrañeza y un tanto mortificado en su amor propio lord Melvil.

—Del mismo autor, pero mejor conservado.

—Podrá ser, contestó el lord procurando ocultar su disgusto y añadiendo para sí: ¡Estos pobres son tan vanidosos!....

La prueba fue un verdadero exámen, un concierto.

Lord Melvil, ébrio de júbilo, llamaba á voces á su hija y abrazaba al desconocido.

—Ven, Isabel, ven—gritaba—¡somos felices! es decir, ¡soy feliz!.... no, bien habia dicho, porque mi felicidad es la tuya, y tú te regocijarás cuando lo sepas, y tú te entusiasmarás cuando le oigas... Hija, toca mas que yo.... ó por lo menos tanto.

La jóven miraba con asombro á su padre y como temerosa de que se hallase su razon estraviada.

Momentos despues, el desconocido repetia una de las piezas delante de la hermosa hija del lord.

Pero en las melodías habia mas dulzura, mas espresion en las notas, mas inspiracion en las frases musicales que llegaban en toda su fuerza al corazon de Isabel.

—Es cosa original—repetia estasiado lord Melvil—ahora suena mejor que antes y...

La jóven felicitó al profesor cuando terminó la ejecucion de su obra.

Despues del triunfo artístico, escusado es decir que quedó admitido como secretario de lord Melvil, y maestro de violin; pero esto último con la mayor reserva.

Y quedó casi admitido con otro cargo que no habia de desempeñar por el interés de la remuneracion material en dinero; otro cargo mas elevado, mas digno; quedaba casi admitido en el virginal corazon de Isabel; pero esto no lo sospechaba el lord, ni él, ni quizás tampoco ella. Estas cosas se sospechan tarde, y á veces cuando las sospechas se convierten en evidencia, suele ser tarde para poner remedio.

Angel, que asi se llamaba el jóven artista, era huérfano y habia vivido en Roma, su patria, bajo la tutela de un tio, eclesiástico de no muy alta gerarquía, pero sí de conocido talento y amor al arte. Deseaba el muchacho volar en busca de nuevos horizontes, y la muerte de su tio le obligó á buscar un medio con que atender á sus necesidades. El anuncio de lord Melvil le ofrecia un porvenir, y hallándose en Nápoles, acudió á solicitar el puesto de secretario.

A partir desde aquel dia, Angel era considerado como un indivíduo de la familia; vivia en el palacio de lord Milvil, quien le encarecia las virtudes, las raras prendas de Isabel y su belleza, como si hubiese menester el muchacho aquellos elogios para amar á la hermosa criatura.

El mismo trabajo empleaba el lord al hablar

con su hija de profesor, que así le denominaba; no parecia sino que el buen padre procuaraba quedarse sin su hija ó ganarse un hijo mas en Angel.

Poner leña en el fuego es fomentar el incendio, y en asuntos de amor pueden tanto las conversaciones en ausencia de la persona querida, referentes á ella, que aun las malas ausencias suelen convertirse en provecho del que es asunto de la censura ó de la calumnia.

No necesitaban tanto los muchachos para llegar á inspirarse mútua simpatía, despues amor recíproco, pero ardiente, apasionado. Isabel no habia esperimentado nunca tan dulce afecto, y sabido es que los primeros amores de un corazon virginal son tan tiernos, tan apasionados, que es inútil en el curso de la vida buscar otra pasion que los iguale.

Desde el primer momento habia encontrado la jóven en el secretario el tipo ideal de sus sueños; la imágen vaga, indecisa, sin contornos ni color, habia tomado forma, y por cierto muy superior á la que convencionalmente pudiera darle la fantasía de la hija del lord; esta fue desde que vió al artista la opinion de Isabel.

Y como en estos casos lo único que es preciso para que los pensamientos se traduzcan en palabras y las palabras en acciones, y los ensueños en realidades, es la ocasion, y no habia de faltar á los enamorados, puesto que vivian bajo el mismo techo; no tardaron mucho tiempo en llegar á comunicarse sus mútuos afectos.

Lord Melvil habia pensado en reunir en una misma persona los cargos de secretario y profe-

sor; pero no pensaba en el de yerno. La casualidad reunia los tres.

No llegó á sus noticias tan pronto como puede suponerse, el mútuo amor de los jóvenes; pero no permaneció oculto por mucho tiempo, como puede tambien suponerse; estos afectos convierten á los atacados en instrumentos imprudentes de la publicidad que huyen, y el lord se apercibió de lo que ocurria ó de lo que pudiera ocurrir, á tiempo de evitar consecuencias desagradables; pero no de contener el torrente de la pasion.

Lejos de enfurecerse, como los jóvenes temian, pensó en el arte, y su orgullo y su cariño paternal se detuvieron ante la cosideracion de llegar á ser un verdadero profesor de violin con las lecciones de su secretario. Tomó sus medidas para evitar, en cuanto fuera posible, cierta intimidad y holgura que para verse y hablarse habian tenido los enamorados, y esto con tacto y discrecion, de manera que ellos no se apercibiesen y todos vivieran satisfechos.

—Sea yo andando el tiempo un Paganini ó algo menos, y luego ya veremos lo que hago en el asunto de mi hija. Lo malo será que para entonces mi pobre Isabel no podrá resignarse á obedecerme... pero ¡bah! es jóven, y, viajando, olvidará esos amoríos.

Un suceso inesperado llegó á favorecer los proyectos de los amantes y á decidir de su fortuna.

Acababa de llegar de Nápoles el príncipe heredero de Inglaterra con varios personajes: lord Melvil, que fué á saludar al príncipe, con cuya amistad se honraba, creyó deber de amistad y

galantería obsequiarle con un banquete en su magnífico palacio. Aceptó el príncipe muy gustoso la invitacion del acaudalado y distinguido lord, y quedó convenido que al siguiente dia asistiria al banquete.

Repartió Melvil invitaciones á los principales personajes de Nápoles, y todo se dispuso convenientemente.

—Buena ocasion—pensaba—para lucir mi maestría en el violin; pero el caso es que si luego me ocurre lo que en el concierto que dí hace un año... ¡No lo olvidaré jamás! aquella imprudencia me obligó á romper mis relaciones de amistad con medio Nápoles, como rompí con la Gran Bretaña.

Lord Melvil habia sufrido dos desengaños horribles en otros tantos conciertos con que habia obsequiado á sus amigos de la buena sociedad londonense y á varios napolitanos. En una y otra ocasion observó que, ejecutando piezas delicadas y dramáticas, los ancianos se dormian y los jóvenes reian á carcajadas.

—Pero ahora no es lo mismo—pensó—tengo á mi lado un profesor, y yo... yo no soy lo que fuí: hoy toco de otra manera, hoy puedo lucirme.

Esta monomanía de lord Melvil, en otro que no fuera hijo de Inglaterra, hubiera bastado para que le sujetasen á observacion, por lo menos; pero en caso análogo se encontrarian algunos miles de indivíduos en la oscura Albion.

El monomaniaco llamó á su secretario, y encerrándose con él en su despacho, le dijo sin mas preparacion:

—Angel, lo sé todo.

Al oir estas palabras de melodrama, el jóven se estremeció; adivinaba aquel *todo* y se consideraba despedido, separado para siempre de ella, de su amor, de su vida.

—Tranquilízate, lo sé todo.

No podia casar en su imaginacion Angel aquella tranquilidad con el descubrimiento de su delito; que para un lord debe ser hasta un delito enamorarse de su hija un cualquiera, sin posicion, sin derecho al amor, suponiendo que éste fuera derecho legislable.

—Estoy resuelto—continuó lord Melvil—á haceros felices; sé que os amais, no me importa lo demás; pero una sola condicion te impongo.

Angel aguardaba con ansiedad.

—Serás el marido de mi hija, si mañana me haces tocar siquiera como tú; ya sabes que tengo que obsequiar á mis invitados: esta es mi condicion.

Poco le faltó á Angel para caer sin sentido; aquello era tanto como espulsarle de la casa; pero no era posible negar al padre de su Isabel que tocaba como un profesor, sin esponer la felicidad que le prometia.

Sin embargo, no habian de oir su gimnasia de violin personas á quienes pudiera suplicarse la indulgencia, y, si Angel consentia, ¿qué iba á pasar allí?

Durante algunos momentos vaciló; despues, instigado por su amor, respondió:

—Si milord me promete seguir en los mas pequeños detalles, como en todo, mis consejos, respondo de ello.

—En absoluto; manda y te obedeceré como tu discípulo, porque ademas te honraré presentándote al príncipe y á todos mis amigos y demas personas invitadas.

—Convenido.

La noche y la hora indicada llegaron: el concierto, que tuvo buen cuidado de anunciar á todos y cada uno de los convidados lord Melvil, habia de celebrarse en un elegante salon cerrado, dispuesto para el objeto; pero en el frente del sitio que debian ocupar los convidados, habia una puerta, cubierta con una elegante y riquísima colgadura de damasco azul con oro.

Allí deberia colocarse el concertista, segun disposicion de Angel.

—Es una diablura—decia el lord—¡Vaya un tornavoz que me preparas! ¿No ves que se perderán las notas?

—Pues eso es lo que quiero, que se apaguen; los sonidos serán mas dulces—replicaba el jóven, sin saber cómo justificar su disposicion.

Hízose todo á gusto de Angel, y el concierto fue brillantísimo. Hablando despues con su hija, el mismo lord Melvil declaraba con franqueza que, aunque se conocia bien, nunca se hubiera tasado en tanto precio.

El príncipe salió entusiasmado: las damas saludaban con entusiasmo á nuestro lord, y muchos personajes le abrazaban: el heredero del trono de Italia le suplicó que invitase al monarca para otra reunion, ó que desde el momento se dignase aceptar invitacion en su nombre para Roma, en cuyo palacio régio seria oido con entusiasmo.

Fue inútil que lord Melvil tratase de presentar á su maestro y secretario: habia desaparecido.

Cuando volvió á presentarse en la casa, el artista improvisado le abrazó con efusion.

Pocos dias despues, la hija de lord Melvil era la esposa de Angel.

Pensó lord Melvil en acudir á Roma; habia recibido invitacion del monarca para ello, y quiso que le acompañase su nuevo hijo; pero una enfermedad repentina le impedia complacerle, y el lord se dispuso á acudir solo.

Cuando Angel lo supo, saltó del lecho y envió á detener á lord Melvil.

—¡Hola!—esclamó éste sonriendo;—¿celos de artista, eh? No temas, que yo declaro siempre á quien debo lo que sé; soy agradecido y...

Angel no se atrevia á hablar, y no sabia qué pretesto alegar para detenerle.

Por último la confesion fue necesaria.

—Pues bien, le dijo; aquella noche, perdonadme, quise salvaros y lo conseguí: el arco de vuestro violin estaba impregado de grasa, y las cuerdas habian sido reemplazadas por otras para que no produjesen sonidos.

—¡Cómo!—esclamó con terror el viejo.

—Detrás de la cortina tocaba yo uno de vuestros stradivarius.

—¡Miserable!—rugió colérico el inglés—me engañaste!

—¡Quise salvaros!

. . . .

No habian trascurrido quince dias, cuando se vió atravesar las calles de Nápoles un cortejo

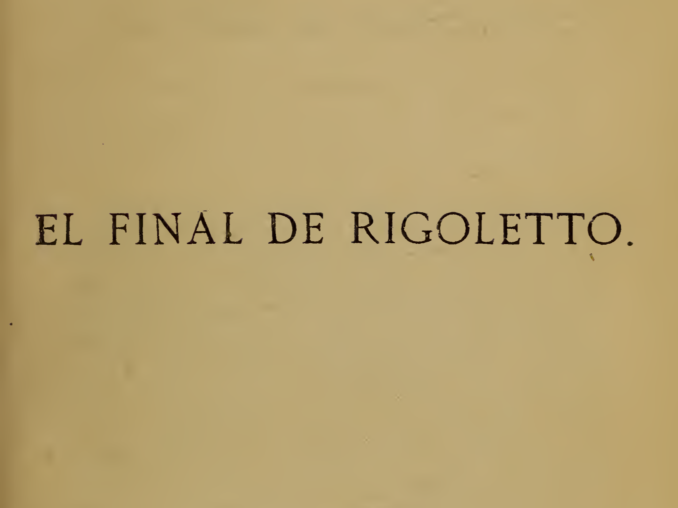
fúnebre que acompañaban multitud de personas distinguidas.

—Es el cadáver de lord Melvil—decia la muchedumbre;—un hombre inmensamente rico, inglés, y artista de primer órden.

¡Qué sarcasmo! ¡Cuando le mataba el desengaño!

Sin embargo, si él hubiera podido oir las palabras del vulgo, que le calificaba de artista, hubiera resucitado.

Aquellos últimos compases de su vida, debieron ser horribles.



EL FINAL DE RIGOLETTO.

EL FINAL DE RIGOLETTO.

Como á la mitad del camino que conduce de Málaga á Granada, y en una hondonada, por la que corre un pequeño arroyo, habia hace años una casuca de miserable aspecto, especie de barraca con honores de venta, donde los arrieros de ambas provincias se detenian á echar un trago en los dias de calor ó á calentarse un rato á la lumbre cuando soplaba el cierzo. La venta no era de los lugares mas seguros que digamos. Las crónicas del país referian mil y mil historietas de asaltos nocturnos, robos y muertes, acontecidos en sus alrededores, y sin duda alguna fraguados por los pajarracos de cuenta que allí concurrian, y encubiertos por el antiguo ventero, hombre de tan mala vida como mal fin dicen que tuvo.

Las continuadas visitas de la Guardia Civil, y el haber cambiado la venta de dueño, fueron causas mas que suficientes para hacer de aquellos lugares temibles, uno de los pasos mas seguros

del camino de Granada. Asi me lo aseguraron, al menos, gentes conocedoras de la comarca; pero, como suele decirse, cria fama y échate á dormir. Rara es la persona que cuando comienza á internarse en aquel barranco donde por todas partes limitan el horizonte las quiebras del terreno, y en cuyo fondo se veia la casuquilla sucia, oscura, ruinosa y como agazapada al borde de la senda, al acecho del caminante, rara es la persona, repetimos, y sobre todo si tiene algo que perder, que no tienda alrededor una mirada de inquietud, y despues de cerciorarse de que su escopeta está montada, no arrime los talones á la caballería que lo conduce, por aquello de que el mal paso andarlo pronto.

La primera y única vez que he llegado á aquel punto, no lo olvidaré nunca. Hay acontecimientos en la vida tan estraños y horribles, que si cien años viviéramos, los tendríamos tan frescos en la memoria, como el dia en que tuvieron lugar. El que voy á referir es seguramente mio.

Ya hace de esto bastantes años: yo iba en compañía de un amigo á visitar á Granada. Salimos de Málaga, mi país natal, donde me encontraba entonces: tomamos el camino de la venta de la Herradura, pasamos por Colmenar á la venta de los Homajos; hicimos alto para comer en la venta de los Alazores.

El dia, que se mantuvo nebuloso hasta cosa de las doce, comenzó á ponerse tan malo, que al llegar á los postres de la comida, me asomé á una de las ventanas de la citada venta y, viendo encapotarse el cielo de nubes oscuras y amenazadoras, de las cuales comenzaban á desprenderse

algunas gotas de agua, esclamé dirigiéndome á mi compañero:

—¿Te parece que hagamos noche aquí?

—Allá veremos como se presenta la tarde, me contestó; y dando un golpe en la mesa, llamó al muchacho que nos servia é hizo traer una botella mas sobre las dos que ya nos habíamos bebido: total tres, y hago esta mencion del número de botellas, porque si el lector, como en el cuento de *Las cabras de Sancho*, quiere llevar la cuenta de las que bebimos, tal vez encontraria mas natural y verosímil el desenlace de la historia que voy á referirle.

Cuando concluimos la tercera botella llovia si Dios tenia qué. Hicimos traer la cuarta y cuando arrojamos el casco vacío, yo no sé ya si llovia ó tronaba; lo que puedo decir es que la habitacion se nos andaba alrededor, que bajamos la escalera á trompicones, ensillamos como pudimos y algunos minutos despues corríamos á rienda suelta por el camino de Granada, sin cuidarnos mas de los truenos, el granizo y la lluvia, que de las desazones del gran turco. Y asi corrimos sin parar hasta el barranco de la venta.

El agua caia á torrentes, el camino estaba hecho una laguna, y nosotros calados hasta los huesos. Tal vez el frio, el aire que nos habia azotado la casa, nuestra crítica situacion ó todas estas cosas juntas contribuyeron á despejarnos un poco. Una vez despejados y serenos, conocimos toda la atrocidad de nuestra locura. La noche comenzaba á cerrar, el camino se habia puesto intransitable. Loja, que era lo mas cercano, distaba aun mas de tres leguas, el arroyo del bar-

ranco, crecido por las vertientes, no era ya un arroyo, sino un rio.

—¿Qué hacemos?—esclamé yo un poco preocupado y dirigiéndome á mi amigo, que probaba, aunque sin fruto, á vadear el arroyo.

—No nos queda mucho para escoger, me respondió sin alterarse,—ó quedarnos en la venta ó volver pies atrás, no soy yo quien lo vadea esta noche.

Al oirle, fijé la vista en la casuca, y sin poderlo remediar, me asaltaron la memoria el recuerdo de todos los episodios terribles que acerca de ella me habian referido. Preocupado con estas siniestras ideas guardé silencio.

—¡Bah!—prosiguió mi amigo,—quedémonos aquí; si nos falta cama, no nos faltará un jarro de vino, y á falta de pan, buenas son tortas; asi diciendo, se apeó del caballo y comenzó á llamar á la puerta de la casa. Le imité, aunque costándome algun trabajo vencer una especie de temor que no espresaba, por parecerme, no solo infundado, sino hasta ridículo. Llamamos, una, dos, tres y hasta cinco veces sin que nadie nos contestase. Yo creia oir, sin embargo, el eco de varias voces dentro de la casa, y á través de los mal unidos tableros de la puerta, veia el resplandor de la llama del hogar. Volvimos á golpear con mas fuerza, hasta que al cabo de mucho tiempo, sentimos rechinar el cerrojo: se abrió la puerta y apareció el ventero en el dintel.

—Ustedes perdonen, señores, nos dijo con una cara muy afable, ya hacia rato que oíamos llamar, pero como corre un tiempo tan malo se nos antojó que el viento movia las puertas.

Mi amigo parecia satisfecho con la esplicacion: á mí comenzaba por hacerme mal efecto la afabilidad del ventero y su carácter de hombre honrado. Si hubiera tenido trazas de facineroso, tal como yo me lo figuré de antemano en la imaginacion, tal vez no me hubiese dado tanto en que pensar. Entramos en la cocina; mi primer cuidado fue revolver los ojos alrededor, buscando las personas cuyas voces habia oido desde la puerta. No habia en ella mas que una muchacha, bien linda por cierto, que atizaba el fuego del hogar y un gato que dormitaba acurrucado junto á la lumbre. ¿Por dónde ha desaparecido esa gente pensé yo, y entre tanto, y con cuidado posible, heria el suelo con el pie para cerciorarme de que no habia ninguna trampa. Mientras yo me mantenia silencioso y retraido, y el ventero se ocupaba en quitar la silla á nuestros caballos, mi amigo, so pretesto de encender un cigarro, se acercó al hogar, y despues de los cuatro ó cinco piropos de costumbre, trabó conversacion con la muchacha de la venta.

No he visto en mi vida cara mas graciosa, mas ingénua, ni de espresion mas sencilla é inocente, que la de aquella muchacha ni tampoco he encontrado mujer que me haya inspirado una repulsion instintiva y una antipatía natural mas grande. Concluyó el ventero su operacion y sentóse en un rincon de la cocina; la muchacha colocó delante del hogar una mesilla de pino, desvencijada y coja, y sobre la mesa un jarro boquirroto y dos vasos. Mi amigo comenzó á beber y á charlar; yo bebia en silencio: el ventero dormitaba; el gato gruñia con un ruido

particular; la muchacha tenia fijos en nosotros dos ojos que me parecian tan grandes como toda la casa; la llama del hogar, al agitarse, hacia danzar de una manera fantástica nuestras sombras que se proyectaban en los muros; los granizos golpeaban los vidrios de una ventanilla á través de la que brillaban los relámpagos, el viento se dilataba por la llanura, con largos gemidos, y el arroyo, crecido con la avenida, forcejeaba entre las piedras al pie de la casa con un rumor estraño y monótono. En este momento mi amigo comenzó á cantar:

La donna é mobile
é piuma al vento
muta d' acento
é di pensier.

. . . .

No sé cómo esplicar el efecto que me hizo esta música en aquella ocasion; lo que puedo decir es que cuando nos decidimos á acostarnos y el ventero tomó la luz para acompañarme al tabuco en donde me habian preparado la cama, mientras mi compañero subia por una escalera de caracol en busca de la suya, el recuerdo del último acto de Rigoletto estaba tan fijo en mi imaginacion, que no pude oir sin un estremecimiento involuntario la voz gruesa y estentórea del ventero que me dijo al despedirse «buenas noches.» Buenas noches,—me dijo en castellano muy claro; pero á mí me pareció escuchar aquellos acordes temerosos de la orquesta que acompañan el canto de *Sparafucile*, y oir su voz siniestra que me decia con un acento de horrible sarcasmo; ¡*Buona notte*!

No, y lo que es la noche que el dichoso borgoñon le preparaba á su huésped, despues de deseársela tan feliz, no era para envidiarla.

Pensando esto, oí crujir las tablas del techo de mi cuarto. Sin duda mi amigo duerme encima, y se dispone á meterse en la cama, dije, y apagué la luz, y me metí en la mia. El cansancio puede mas que las mayores preocupaciones; asi es que, á pesar de todas mis ideas horribles, me dormí á los cinco minutos como un tronco. No sé cuánto tiempo habria que estaba dormido, cuando entre sueños y de una manera muy confusa, me pareció oir hablar en voz baja cerca de la puerta de mi cuarto. Quise oir lo que decian, pero no me era posible, solo llegaban á mis oidos palabras sueltas y sin hilacion.

No obstante, ya habia sorprendido algunas bastantes sospechosas, cuando el murmullo de las voces comenzó á sonar mas lejano, apagándose por último.

Asi que el murmullo se apagó del todo, hubo un momento de silencio, trascurrido el cual comencé á oir el crujido de la escalera de caracol, que gemia con un ruido imperceptible, como si subiesen cautelosamente por ella; despues percibí con mucha claridad ruido de pasos sobre el techo que se estremecia de cuando en cuando. Yo no sabia qué partido tomar; me revolcaba en la cama haciendo esfuerzos supremos para levantarme, y parecia que estaba cosido allí ó sujeto por una fuerza poderosa.

En este estado de exaltacion nerviosa hirió mis oidos un grito agudo y el techo empezó á temblar conmovido, como si en la habitacion se hubiese

entablado una espantosa lucha. Oí pisadas fuertes y desiguales; oí rodar muebles; no parecia percibir confusamente imprecaciones ahogadas, y por último un golpe sordo como el de un cuerpo que cae desplomado.... ¡Despues, silencio!.... Unos ayes dolientes que se apagaban poco á poco, y un ruido estraño, leve, compasado, semejante al que produce la péndola de un reloj. Era sangre, sangre que filtraba por entre los mal unidos maderos del techo, y caia gota á gota en mi cuarto. Hice un esfuerzo gigantesco, me incorporé en la cama, me restregué los ojos; tenia la respiracion anhelosa y el pecho oprimido. ¿Será un sueño, una pesadilla horrible? esclamé palpándome para salir de la duda. No, desgraciadamente no. Estaba despierto, como ahora, y oia sin embargo el ruido que producia la sangre al caer, rumor estraño, con un sonido eterno y monótono, semejante al de las gotas de agua que caen en un charco.

Vencí el miedo horrible que me embargaba, salté de la cama á oscuras; cogí á tientas la escopeta y cerciorándome precipitadamente de que estaba pronto el gatillo, salí á la cocina llamando á voces al ventero. Allí tropecé con dos ó tres sillas, volqué la mesa é hice un ruido espantoso, hasta que al fin aparecieron.

La muchacha medio desnuda con un candil en la mano por una puerta, y el padre todo aturdido y tambien en paños menores por otra. Mi primera intencion fue echarme la escopeta á la cara y apuntar al ventero. La muchacha al verme comenzó á dar gritos; el padre, mas pálido que la cera, se arrinconó en el hogar encomendándose á Dios y creyendo llegada su última hora.

—Dónde está mi amigo?—le pregunté dos ó tres veces sin dejar de apuntarle. El miedo sin duda no le permitió desplegar los labios; la muchacha, por el contrario, ponia el grito en las nubes; yo, creyendo leer el crímen en la turbacion de aquel pobre hombre, no sé lo que hubiera hecho á no parecer en aquel instante mi compañero de viaje en lo alto de la escalera.

—¡Qué!—esclamé asombrado al verle, ¡no te han muerto!

—¡Matarme!—respondió—¡pues si dormia como un liron, cuando me ha despertado este ruido espantoso!

—Pero,—proseguí cada vez mas confuso—¿y los ayes que he oido, la lucha que ha tenido lugar en tu habitacion y que he sentido perfectamente?

—Habrás soñado—me interrumpió mi amigo con aire de burla.

—Y el ruido de las gotas de...—continué yo precipitadamente;—ese ruido que todavía se oye...

—¡Bah!—se atrevió á decir el ventero ya repuesto del susto;—eso es, como el ventorrillo es viejo y cae un mar de agua, la habitacion se llueve y suenan las goteras.

La escopeta se cayó de mis manos y el suelo parecia que se habia abierto á mis pies.

Para dar una idea de lo avergonzado que me dejó este ridículo lance, no diré mas sino que, al volver á Málaga desde Granada, á donde fuimos al otro dia, eché por otro camino y rodeé mas de media hora por no pasar otra vez por la maldita venta.

EL MUERTO AL HOYO.

EL MUERTO AL HOYO.

Nesum magior dolore
Che il recordarsi del tempo felice
Nel'a miseria...

DANTE.

I.

Se sentaba detrás de los cristales; yo me colocaba á sus pies; su nodriza, mujer de unos setenta años, protegia nuestros amores. En aquel cuartito, pequeño y pobre, con sus noventa escalones, era donde mis ojos la encontraban mas bella; allí, despojada de su altivez, la veia, sino como realmente era, al menos como mi corazon la deseaba. ¡Cuántas horas he pasado contemplando su hermosura!... Me parece que la veo todavía, reclinada su frente en el cristal, apoyada su mano sobre mi cabeza, contemplando distraida, como se ocultaba el sol ante nuestros ojos tras los montes del Guadarrama en las tristes tardes del invierno.

Desde los balcones del cuartito de la protectora de mi amor se descubrian los altos cornisamientos de palacio, las verdes cumbres de la Casa de Campo y los elevados picos de la sierra

con sus plateadas vertientes y sus azuladas colinas; las nubes dibujaban en el horizonte, al ponerse el sol, caprichosos geroglíficos en los cuales creia ella leer nuestro destino. Si fuera yo á escribir todo lo que he sentido en aquellas horas, no acabaria nunca; el que haya esperado á una mujer querida lo comprenderá sin que yo se lo cuente. El silencio que rodea al que espera, la agitacion que produce el ruido mas leve, y sentir los latidos del corazon, que se salta del pecho cuando el crugir de la seda trae hasta nosotros el anuncio cierto de la llegada del objeto de nuestro amor, y contemplarla luego agitada por el cansancio, y asustada, quitarse la mantilla ó el sombrero con su mano temblorosa, descubriendo las trenzas de sus cabellos sujetas en dobles rizos sobre su pura frente, y oir sus primeras palabras y encontrar sus ojos fijos en los nuestros y decirnos con ellos: ¡mira á cuánto me espongo por tí y cuánto te quiero!

¡Qué tardes! La naturaleza nos acompañaba con su dulce melancolía. ¡Qué de historias nos hemos contado! ¡Qué de proyectos hemos hecho! ¡Cuántas esperanzas se han albergado en nuestras almas!

Solia yo tener allí algunas novelas, las cuales hojeaba cuando no podian verificarse nuestras entrevistas, y luego ella me las leia de nuevo y las comentaba, y tenia celos de todas las mujeres que encontraba en aquellos libros, y aquellos celos eran mis delicias.

Todo cuanto nos rodeaba habia llegado á tener relaciones con nuestros amores, con nuestros delirios. Las torres de los edificios cercanos eran

como unas amigas acostumbradas á presenciar nuestra dicha. ¿Cuántas veces disputaba conmigo hasta convencerme de que los grupos de nubes que se formaban al ponerse el sol eran los mismos de otras tardes, que no querian irse sin darnos el último adios?

Los pájaros y las palomas que revoloteaban por los tejados de la vecindad causaban nuestra envidia; ellos eran libres, libres como el aire en que volaban; vivian juntos; ¡cuán felices no debian ser! En tanto nosotros solo podiamos vernos en aquel reducido cuartito, en aquella especie de cárcel, mas suntuosa, sin embargo, para mí, y mas querida que los palacios de todos los reyes de la tierra.

¡Cuántas horas hemos pasado observando nosotros la vida y los amores de nuestros vecinos! Se posaba de ordinario en una torre que habia enfrente de un balcon de nuestra casa, un palomo mas esbelto, mas bello y mas galan que todos sus compañeros; eran sus alas cenicientas y en su cuello relucian plumas doradas y azules; su paso era magestuoso como el paso de un galan del siglo XVI, y colocaba su cabeza con altivez, como un guerrero vencedor; era el coquito de todas las palomas del barrio; nosotros le llamábamos el Leon, el Favorito y el don Juan.

II.

Llegó un dia en que sus arrullos contestados por arrullos mas tiernos nos hicieron descubrir el secreto de sus amores.

Una paloma mas blanca que el armiño pasó volando cerca de la torre en que se posaba el *Favorito*, viniendo á descansar á su vez en una chimenea inmediata. Entonces comenzó el coloquio mas dulce, los amantes luchaban en hermosura y donaire y los galanteos del conquistador se estrellaban ante la dulce coquetería de la paloma.

Ella hacia gala de todos sus atractivos, él de todas sus seducciones. Al verlo, recordábamos nosotros nuestra primera mirada de inteligencia, nuestras primeras frases de amor. Le decia yo que era mas coqueta que la paloma y eso la llenaba de un orgullo, que en vano queria disimular.

El *Favorito* ganaba cada tarde mas terreno; ya la paloma se paraba en la misma torre, y se acariciaban, y ella descansaba su pulida cabeza bajo el ala del galan, y volaban el uno tras del otro remontándose á veces hasta las nubes y bajando otras á picotear entre los tiestos que cultivaba la nodriza en nuestro mismo balcon.

Llegaron, en fin, á ser nuestros compañeros; el espejo, la imágen, el retrato vivo de nuestro amor.

III.

La felicidad dura poco entre los mortales. Desde niño he sentido un temor invencible en los momentos de verdadera dicha, el tiempo me ha hecho conocer luego cuán verdadero y justo ha sido en mí aquel instintivo miedo. Nuestro don Juan y su favorita no podian ser mas dichosos, pero creo que en ningun sér de la tierra la ley fatal deja de cumplirse. He conocido organizaciones en quienes la naturaleza se refleja de tal modo que apenas pueden reirse en un dia de lluvia, y que sienten una alegría inesplicable en los dias de sol, en esos dias en que el cielo, vestido de gala con su trasparente azul, aparece como corresponde á nuestro júbilo.

Si esto es un defecto, confieso que me coge de medio á medio.

Una tarde oscura y lluviosa, tristes y pardas nubes avanzaban hácia nosotros, descomponiéndose en diferentes grupos que daban paso á otras aun mas negras; el celaje se cortaba formando contornos horribles; algunos rayos del sol se descubrian á lo lejos pálidos y fugitivos; los pájaros de la ciudad se ocultaban bajo las tejas, y las palomas huian á sus nidos. Nuestro don Juan y la paloma fueron los últimos que volvieron á su palomar. De pronto vimos una columna de humo, y luego se oyó la detona-

cion de un arma de fuego. El capricho de un cazador cruel habia destruido aquella felicidad que nosotros tanto envidiábamos.

Cayó la paloma herida sobre la cornisa de una chimenea inmediata, y su tímido compañero huyó despavorido. Jamás veré rostro mas tierno, con espresion mas dolorosa que el de aquella mujer, cuya alma parecia en ocasiones susceptible de una ternura que me desagradaba, porque el verdadero sentimiento huye de las exageraciones.

Con mi sangre toda hubiera yo querido rescatar la que vertia aquella preciosa ave, cuya vida estaba en un inminente peligro. En una ventana inmediata á la chimenea en que habia caido la paloma, un gato rompia con sus garras un enrejado de débiles alambres que lo separaba de su codiciada presa; los hilos del enrejado iban cediendo al furor de aquella verdadera fiera; con un esfuerzo mas la paloma iba á ser devorada irremisiblemente.

¿Qué hacer? ¿Cómo salvarla? Subir al sitio en que estaba era punto menos que imposible; pero á mi lado lloraban unos ojos hermosos, unos ojos que yo amaba con toda la fuerza de mi alma. La impotencia es siempre un gran tormento; pero la impotencia para conseguir lo que desea la mujer que nos enamora es sin duda un regalo del infierno.

La noche avanzaba, y con ella la tormenta: llovia á cántaros, los relámpagos que iluminaban de contínuo la atmósfera, nos permitian ver á la paloma, cuya vida pendia realmente de un hilo. La proximidad de la presa escitaba los deseos

del gato, que rompia los alambres, ávido de arrojarse sobre la paloma y de devorarla: la mirada de aquel animal astuto contrastaba singularmente con la de aquella simpática ave, en cuyos ojos se descubria tanta resignacion como inocencia.

Habia llegado la hora de separarnos. ¡Cuánto daria yo por poder contar, tal como ella se los imaginaba y me los referia, los tormentos que estaria pasando la pobre paloma!

Figúrate,—me decia,—la situacion horrible en que se encuentra, helada, cayendo la lluvia á torrentes sobre ella, teniendo bajo su vista el hondo precipicio de la chimenea, al pie de cuyas negras paredes descubrirá el fuego que arroja ese humo, tan tenebroso como lo seria para nosotros el que arrojase el cráter de un volcan, rugiendo el viento sobre su cabeza y teniendo delante una muerte casi segura, y sin ver mas, le dije, á la prenda de sus amores.

Hube de pronunciar aquella frase dando á conocer el sentimiento que se habia despertado en mi alma, porque semejante idea no se le hubiese ocurrido, y ella, que lo conoció, inclinó su cabeza sobre mi pecho y me miró como avergonzada. Su frente rozó entonces mis lábios y mi sentimiento concluyó, y mi pena quedó pagada con usura.

IV.

Nos separamos; era preciso. A la tarde siguiente no vine, lo que no era de estrañar, porque el tiempo seguia por demás tempestuoso aunque habia cesado la lluvia; no tenia esperanzas de verla, y sin embargo, una fuerza sobrehumana me detenia allí. Cuando no se puede ver á la mujer que se ama, nada consuela tanto como vivir en el cuarto en que ella ha estado, tocar los objetos que ella ha tenido en sus manos, recordar en el mismo sitio que uno las ha oido sus palabras de amor.

Su ausencia, para mí, siempre triste lo era mas que nunca entonces, por no haber podido salvar á la paloma por quien se interesaba tanto. En la cornisa de la chimenea habia aun algunas plumas ensangrentadas, que me hicieron comprender cuál habia sido la suerte de la amante del *Favorito*. El gato vino mas tarde y estuvo lamiendo la sangre de su víctima, saboreando así ante mis ojos con gran júbilo los restos del festin.

Esta misteriosa relacion que existe entre todos los sentimientos, y que liga en la region de las ideas los sucesos mas grandes y los mas triviales, levantó en mi ánimo una tristeza inesplicable. La muerte de la paloma, la melancolía de la tarde y la soledad en que me encontraba so-

brecogieron mi corazon, presintiendo mi alma hondos sinsabores y amargas penas. Si nuestra vieja protectora no me hubiese entregado una carta de ella, hubiera temido encontrarme pronto en una situacion tan desgarradora como en la que debia estar en aquel momento el *Favorito*.

El tiempo serenó dos dias despues, y la volví á ver, mas bella, mas tierna, mas cariñosa que nunca; casi se la saltaron las lágrimas al saber el trágico fin de la paloma; pero, á pesar de todo, y dando una prueba de mal corazon como ella decia, el júbilo rebosaba en nuestras almas, estábamos juntos, juntos despues de dos dias de ausencia, de cuarenta y ocho horas sin vernos. El reloj que ha de medir el tiempo que pasa entre cita y cita de dos amantes, no se ha inventado todavía.

Aquella tarde no nos ocupamos mas que de nosotros mismos, nos faltaba tiempo para mirarnos; para decirnos una y mil veces cuánto nos amábamos: hasta la desgraciada muerte de la paloma habia llegado á olvidarse; no tuvo ni un recuerdo para el infortunado galan: yo era el hombre mas feliz de la tierra.

Por una variacion muy frecuente en su carácter, cuando entró al dia siguiente estaba menos alegre, y preocupada me contó un sueño que habia tenido la noche antes en el cual me habia visto en los brazos de otra mujer. Por mas que la dije, me fue imposible tranquilizarla; no creyó mis palabras, y abrió el balcon y se asomó á él, cosa que hacia siempre que se enfadaba conmigo.

En aquel momento, y en mala hora, se pre-

sentó á nuestra vista el *Favorito*. No estaba triste ni afligido, sus arrullos eran tan alegres como los de otros tiempos; se volvia y revolvia con mas gala que nunca, arrastraba orgulloso su cola como rey en dia de córte, y tenia á su lado una nueva favorita; volaban y revoloteaban ambos con alegría, pasando y repasando muchas veces sobre la misma cornisa de la chimenea en que habia muerto la otra paloma.

Así son los hombres,—me dijo derramando una lágrima que no olvidaré nunca;—ese palomo es el retrato de todos ellos; el muerto al hoyo.

V.

. . . .

. . . .

Dos años despues pasó un carruaje á mi lado; el cubo de una de sus ruedas casi me rozó, llenándome de lodo. La fina raza de los caballos que lo arrastraban, el lujo de sus arreos y las ricas libreas de los lacayos, formaban armonía con la elegancia y riqueza de la dama que iba dentro: un hombre, que no quiero calificar, la acompañaba.

A través del velo azul de su sombrero, pude conocerla. Era ella, ella, con mas hermosura, con mas alegría, mas dichosa que nunca.

Entonces recordé aquella lágrima y aquella frase:

Así son los hombres: ese palomo es el retrato de todos ellos; el muerto al hoyo.

Y la verdad es que tenia razon, el refran es cierto. ¿Qué seria de la humanidad si no lo fuera? Cervantes lo ha dicho:

El olvido es un don del cielo.

Los hombres, como los palomos, arrojan el muerto al hoyo: las mujeres echan tierra sobre los vivos.

¡TRIC... TRAC!...

¡TRIC... TRAC!...

Hace pocos dias entré en una tienda de tiroleses, y como habia de fijarme en otra cosa, me fijé en un reloj de pared, y pregunté el precio.

—Quince duros, me dijo el dueño.

—¡Quince duros!—repetí yo en voz baja, y como dudando si me decidiria ó no á comprarlo.

—Es una ganga—se apresuró á añadir mi interlocutor, para acabar de decidirme.

—Ya ve usted, ¡por quince duros un reloj de péndulo! Esto acompaña por las noches.

—¡Esto acompaña!—esclamé yo entonces; hé aquí lo que yo busco, algo que me acompañe en mis largas horas de fastidio; algo que rompa el triste silencio de mis eternas noches de insomnio.—Y sin meterme en mas averiguaciones, compré el reloj y lo llevé á mi casa. En hora haciaga lo hice. Razon tienen los que aseguran que mas vale estar solo que mal acompañado. Pero no adelantemos el discurso. Vamos por par-

tes, que la cosa merece ser referida punto por punto. Llevé, como dejo dicho, el reloj á mi casa, lo colgué en mi alcoba, le dí cuerda y comenzó á moverse el péndulo.

Entre las cosas que ignoro, que son bastantes, una de ellas es en qué consiste, sobre poco mas ó menos, el mecanismo del reloj. Quedéme, pues, un gran espacio de tiempo contemplando aquella maraña de ruedas y aquel péndulo, que se movian por sí solos, con una estupidez digna del salvaje mas salvaje de la mas remota isla del mundo. El reloj comenzaba á divertirme, lo cual probará á mis lectores que, á pesar de todo, yo me divierto con bastante facilidad.

Pasó el dia, llegó la noche, metíme en la cama, y «aquí te quiero ver, escopeta; ó, mejor dicho, aquí te quiero ver, reloj» esclamé para mi almilla, acomodándome como mejor pude en el fementido lecho, y cerrando los ojos, no sin haber antes apagado la luz con el tacon de una bota.

El reloj, en efecto, hubo de comprender que habia llegado la hora de lucir sus habilidades, y pareció como que empezaba á moverse con un ruido mas igual y perceptible.

Al principio el acompasado tric... trac... del péndulo que llevaba la batuta en esa misteriosa sinfonía de ruidos que accidentan el alto silencio de la noche, me distrajo un poco y hasta puedo decir que me acompañó en la soledad. Al cabo de una media hora comencé á encontrar alguna monotonía en aquel contínuo y alternado martilleo, y si con la voluntad hubiera podido hacer que se apresurase ó se retardara el movimiento del péndulo, de seguro lo habria apresurado ó

detenido. Mas tarde, cuando comenzaron mis párpados á cerrarse insensiblemente, cuando hasta mis ideas se elaboraban con mas lentitud, cuando el sopor del sueño comenzó á embargarme con su voluptuosa languidez, cien veces estuve tentado á levantarme y parar aquella maldita máquina, que con su imperturbable compás seguia sonando, sin debilitar su ruido ni retardarlo, á medida que todo se apagaba y parecia borrarse dentro y fuera de mí.

Unas tras otras mis ideas reales se fueron adormeciendo, y otra série de ideas informes, que pertenecen á la vida del sueño, que es, sin duda alguna, una existencia doble, y aparte de la existencia positiva, se alzaron del fondo de mi cerebro y comenzaron á flotar como un vapor ligerísimo ante los ojos del alma. Me dormí, pero no tan profundamente que no siguiera escuchando como un rumor alternado y confuso el tric trac del reloj. Aquel monótono ruido debió influir en la vision de mi sueño, ó al menos modificarla, como sucede amenudo con las sensaciones que se esperimentan durante la noche. La imaginacion se apodera de estas sensaciones esteriores, y desfigurándolas y dándolas una forma estraña, las asimila á sus estravagantes desvaríos: solo así puedo esplicarme la vision que tuve. Soñé que me encontraba en un campo inmenso; ante mis ojos se abria un horizonte dilatadísimo; ni una ligera nube empañaba el cielo, ni una línea pintoresca accidentaba el paisaje; todo era igual y monótono, todo verde á mis pies, todo azul sobre mi cabeza; una faja gris cortaba el fondo en el punto donde el suelo y el

cielo parecian tocarse y confundirse. Una mujer hermosa pasó á mi lado; la hablé y no me contestó ni levantó siquiera los ojos de una flor que llevaba en las manos.

«Si... no... si... no...» iba diciendo á medida que arrancaba las hojas de la flor, que era blanca y con el boton amarillo. «Si... no... si... no...» y de aquí no salia. Diríase que las hojas arrancadas tornaban á reproducirse en el instante, pues ella no cesaba de quitarle hojas á la flor, y á la flor siempre le quedaban algunas. No puede nadie formarse una idea de lo que me fatigaba una cosa tan sencilla. Porque lo particular del caso era que las hojas al desprenderse hacian un ruido particular, de modo que al mismo tiempo que la mujer decia «si... no... si no...» las hojas le acompañaban haciendo tric.... trac... tric... trac...

Pero ya se vé; ¿no habia de fatigarme aquel laberinto, si allí no habia ni campo, ni mujer, ni flor ni palabra alguna, sino el maldito péndulo? ¡Vamos, esclamé, entreabriendo los soñolientos párpados; el reloj me va á dar la gran noche! Y me volví del otro lado, y procuré coger de nuevo el sueño. El reloj seguia impasible; por lo que no habia forma de volverme á dormir. Determiné, por lo tanto, sacar el mejor partido que pudiera de sus acompasados golpes. Primero me tomé el pulso, y me entretuve en notar si marchaba al compás del péndulo. Despues empecé á contar los latidos del corazon de acero de aquella endiablada máquina. Conté no sé hasta cuantos; lo que puedo decir es que ya me faltaba poco para enumerar la cifra en el espacio que mediaba en-

tre golpe y golpe. Ochenta y ocho mil nuevecientos noventa y nueve, decia yo entre dientes, y apresurándome para no trabucar la cuenta, con un afan y una angustia, que no los tendria mayores, si se tratara de darme un doblon por cada uno de los golpes que iba contando.

Y es del caso que yo no queria contar mas, y no obstante mi deseo, seguia contando con la imaginacion.

En esta batahola de la voluntad en pugna con la pertinacia de esa otra voluntad independiente de nosotros, que nos hace hacer lo que no queremos, me quedé por segunda vez dormido. Volví á soñar. De este segundo sueño me queda un recuerdo tan confuso, que es muy difícil coordinarlo. Soñé que estaba quieto y que andaba. Estaba quieto, porque deseando no andar, me habia sentado en un camino del que no veia el fin; y andaba, porque oia el ruido de los tacones de mis botas, que parecian de acero, y que yo iba sobre un plano de cristal. Y lo particular de la pesadilla consistia en que, á pesar de tener la conciencia de mi quietud, me empeñaba en que aquel ruido de pasos era mio, y me cansaba el movimiento sin moverme. ¿Si andará alguien junto á mí? decia yo entre dientes, sudando ya la gota tan gorda y con angustia indecible. Volvia la cara á todos lados y no veia á nadie. Y el ruido de los pasos no dejaba de oirse con una regularidad matemática. Tric.... trac...., tric... trac... seguian haciendo los tacones: digo mal, porque lo que seguia sonando era el maldito decocer del péndulo.

—Pues, señor, está visto, torné á decir, al

tornar á despertarme; es cosa decidida que yo no he de pegar los ojos en toda la noche. Y no sabiendo ya qué hacer, me puse á tararear una barcarola al compás de los golpes del reloj, que yo en mi mente fingia que eran los de los remos. Figuraos una noche serena, un cielo azul oscuro sembrado de puntos de oro, un mar de plata, en cuyas olas se quiebra y chispea la claridad de la luna; un esquife ligerísimo que corta las aguas, dejando en pos una estela ancha y brillante; el profundo silencio de la inmensidad, y las notas de una cancion que flotan en el aire, donde la melodía se mece impregnada en voluptuosa languidez al cadencioso golpe del remo. No hay poeta romántico, no hay niña novelesca que no haya soñado alguna vez este cuadro del mar, la cancioncita, el barquito y la luna; cuadro magnífico, situacion llena de poesía, de la que se ha abusado mucho, pero que indudablemente es hermosa.

Perfectamente arrebujado en la ropa de la cama, entre despierto y dormido, cantando, mas que con los labios, con la imaginacion, una célebre barcarola de Weber, gocé durante algunos minutos de todas las delicias que hubiera podido gozar con la realidad de lo que me fingia. Hubo momentos, durante los cuales creí que mi catre de hierro oscilaba al compás de los repetidos golpes del reloj, y que las gotas de agua, heridas por el remo, me saltaban á la cara. Pero, ¿adónde diablos voy cantando y dándole al remo como un galeote por este mar sin límites? empecé á preguntarme al cabo de un cuarto de hora, y cuando ya habia, por decirlo así, pasado revista

á mi repertorio musical marítimo que no es pequeño. Y bogaba, y bogaba, y parecia que los golpes que marcaban la mesura me obligaban á cantar, que quieras que no, siempre en un compás. Con la frente cubierta de sudor, cansado de agitarme á un lado y otro, y completamente hastiado de aquella música, que, sin que yo quisiera, me seguia sonando en el oido, resolví incorporarme en la cama para salir de la especie de sonambulismo lúcido en que me encontraba.

«¡Gracias á Dios!» esclamé, una vez sentado. Yá el golpe del péndulo no me parecia otra cosa que lo que en efecto es, y me tranquilicé un rato, aunque para volverme á desesperar de nuevo. Yo he oido á la polilla roer durante horas y horas, con una persistencia digna de mejor causa, los maderos del balcon de mi cuarto. Yo me he pasado en claro una y hasta tres noches sintiendo el aire entrar con un ruido sin nombre por el cañon de la chimenea de mi gabinete, y en un puerto de mar he soportado quince dias de temporal, escuchando el monótono y lejano bramido del oleaje; yo, por último, tengo un vecino, que Dios confunda, el cual vecino tiene un perro, cuyo perro, no se si casual ó intencionalmente deja la mitad de las noches en la escalera, de modo que el animalito se entretiene en ahullar hasta que amanece, y sin embargo, yo que he tenido el disgusto de apreciar y aquilatar tantos ruidos incómodos, confieso que no conozco nada tan impertinente, tan cansado, tan abrumador, como el eterno dále que le das de un reloj de péndulo. Despues de haberlo descompuesto y analizado en el ruido del insecto que roe, del ai-

re que zumba, en el éco lejano del mar que brama, en los lastimosos ahullidos del perro que araña las puertas, hay una inmensa escala de tonos, cuya diferencia llega á hacerse perceptible y rompe la monotonía. En algunas ocasiones he creido oir hasta palabras y frases entrecortadas en el silbo de los vientos; he seguido al insecto invisible en todas las peripecias de su titánica obra, y he escuchado como una especie de himno en el murmullo de las aguas. Pero por mas que aquella noche intenté descomponer el continuado martilleo del reloj, no pude sacar en limpio sino dos golpes secos, metálicos, monótonos hasta la saciedad. Ya no podia dormir, ya no podia soñar siquiera para variar de suplicio en mi lucha con el péndulo; comenzaba á ceder; á la impaciencia nerviosa habia sucedido una postracion, precursora tal vez de una gran crisis. Oia los golpes como si me sonasen dentro de la cabeza. Los latidos de mis sienes no marchaban ya á compás con los de la máquina, porque la fiebre los habia apresurado. Yo no sé dónde he leido que la Inquisicion daba un tormento horrible dejando caer alternativamente sobre la cabeza del acusado, una gota de agua fria y otra hirviendo.

En aquel instante hubiera jurado que cada uno de aquellos golpes era una gota de plomo derretido ó de nieve, que me taladraba el cráneo y me encendia ó me espasmodizaba, causándome dolores horribles. Intenté sustraerme á aquel estraño tormento tapándome los oidos. ¡Afan inútil! Desesperado, sin fuerzas para aguardar el dia en aquella angustia, salté de la cama, bus-

qué á tientas y precipitadamente un fósforo y lo encendí. Yo no podré asegurar hoy que no fuese una alucinacion; pero al derramarse la claridad por la alcoba, al fijar mis ojos en la esfera del reloj, se me figuró que las manecillas retorciéndose, y los números romanos combinándose estrañamente, fingian una cara diabólica, que se reia con una carcajada muda de mi tormento y mi afan. No pude contenerme; levanté una silla con las dos manos é hice añicos la condenada máquina, orígen de todos mis sinsabores. Despues volví á acostarme y me dormí con la tranquilidad de un justo. Al despertar al otro dia y ver hecho pedazos el reloj, no pude menos de esclamar: ¡Qué género de sistema nervioso seria el de nuestros padres, que no solo gustaban de los relojes con péndulo, sino que (¡horror!) los tenian hasta con cuco!



LA NIÑA DEL SĂCRISTAN.

LA NIÑA DEL SACRISTAN.

—Téngase por favor vuesamerced, señor caballero, y escúcheme, que quiero pedirle gracia.

—¿Gracias á mí? Sin duda que me confundís con otro personaje mucho mas personaje que yo, porque las gracias que pueda otorgar un sacristan honorario del convento de San Plácido, no pueden ser muy graciosas, como vos comprendereis.

Esto decia, y esto contestaba respectivamente una mujer enlutada y encubierta, y un hombre envuelto en un largo manteo.

Era la escena en la esquina de la calle del Pez á la de San Bernardo, y en una noche fria y lluviosa de 17...

La mujer llevaba un bulto cubierto con el manto.

—Ved en qué puedo serviros, dijo el hombre deteniendo su marcha, aunque de mal talante, y manifestando claramente su mal humor.

—Ello es, hermano, que mi ama la señora duquesa... una señora cuyo nombre no es del caso, dióme este encargo para la priora del convento de San Plácido.

—Pues seguid todo derecho, y al final de esta calle, y donde se enlaza la de San Roque, vereis....

—Dios os premie la merced, hermano.

—Dijérais eso y ya hubiéramos terminado.

—¿No sois vos el demandadero de las monjas?

—El mismo, para lo que gusteis mandar: José Acevedo María de los Angeles y....

—Bien, hermano, lo de menos son los apellidos paternos; en siendo vuesamerced el sacristan y demandadero del convento de San Plácido, no necesito saber mas.

—¿Luego me buscais? preguntó con asombro el sacristan.

—Os aguardaba con ansiedad.

—¿Tanto os importaba verme y hablarme, á estas horas, y á pesar del chaparron que cae y de los tudescos que arcabucean y atropellan á cuantos vecinos hallan al paso, y principalmente á las vecinas?

En llegando á este punto de la conversacion, la enlutada lanzó un suspiro capaz de conmover á cualquier varon que no fuese demandadero de monjas.

—¿Tanto deseabais hablarme y tan importante es lo que tenias que decirme, que no os detienen los peligros ni os estorban aguaceros?

—Es el caso, hermano.... Tened la bondad de acompañarme hasta aquel portalon, y nos libraremos de la lluvia mientras hablamos.

—Debo advertiros, que no puedo perder un minuto, que me esperan con ansiedad las madres, que, segun costumbre, cada cual me hizo veinte encargos, porque como las pobrecitas no salen de su recogimiento y santa clausura....

—Bien, pero...

—Y he de tocar á las ánimas, que son cerca de las nueve.

—¡Jesus, hermano! ¡tocar á las ánimas!

—Hermana, no se burle de las cosas piadosas, y acabemos.

—¡Pero si no me dejais, señor demandadero!

—Pues hablad, por San Pedro Advíncula.

—Es el caso que la señora... mi ama...

—Qué ¿vos sois la doncella?

—Calle y no sea malévolo, señor José.

Este, que aunque no veia á su interlocutora, oia la voz aguardientosa y cascada de la desconocida, cayó bien pronto en la cuenta de que hablaba con una dueña arrugada é hipócrita, y propúsose sacar partido del encargo que le hiciera, poniéndose en guardia contra toda zalamería; que ya sabia el hermano José que las dueñas lo querian todo por el amor de Dios.

—Pues desembuche y no pierda tiempo, mi señora la dueña.

—Ello es un encargo de la dicha mi ama que tengo para la priora de San Plácido, y como la noche es lluviosa y he tenido la buena fortuna de encontrar á ucé en el camino, quiero suplicarle que me evite el viaje y lleve en mi puesto este encarguito á la superiora...

—No en mis dias, que ni yo sé quién os envia, ni cuál es el encargo, y...

—Eso no os detenga, que puedo decíroslo. El nombre y señas de mi señora encontrareis en el encargo mismo apuntadas, y ello es un hermoso fruto de esta tierra.

—¿Fruto, decís?

—Sí, por cierto.

—¿Pero no será de bendicion? tornó á preguntar el demandadero.

—Vaya, hermano José, no sea tan lividinoso, y tome; que tal vez accediendo á mi ruego, me librará de una muerte segura.

José vaciló un momento.

La dueña prosiguió:

—Mi casa está lejos, y si en la travesía voy á dar con los tudescos, el diablo que se los lleve...

—¡Amen!

—Con que, hermano José, tome, tome el encargo y este real de á cuatro, y Dios le recompensará el beneficio que me hace.

Y diciendo y haciendo, sin aguardar á que el demandadero contestase afirmativa ó negativamente, depositó en su faltriquera el real de á cuatro y sobre sus brazos, que José abrió temeroso de que el susodicho encargo viniese al suelo, un canastillo bastante grande cubierto con un paño de encaje.

Y sin dar tiempo á que el sacristan examinase el contenido del cesto, desapareció á lo largo de la calle, mientras José, que, no apercibido para sostener tanto peso, hubo de hacer un esfuerzo para que no le venciese, gritaba:

—¡Dios de Dios! ¡Señor inmortal! ¿Qué es esto que tanto pesa? ¡Eh, buena mujer, si eso es

posible, volved acá, que yo no puedo entregar este regalo.

Pero la dueña desapareció al fin de la calle, y el sacristan, temeroso de faltar á sus obligaciones en el convento, cubrió como pudo con su manteo el canastillo y los restantes encargos que llevaba y partió apresuradamente en direccion de la santa casa.

Llegado que hubo delante de la puerta que se ve en la calle de San Roque, se detuvo un momento, porque como llevaba las manos ocupadas no sabia cómo llamar, hasta que recordó que le quedaban libres los estremos opuestos.

Entonces sacudió una fuerte patada en la puerta, despues otra, y así fue redoblando con arreglo á su impaciencia.

—¿Quién anda ahí? preguntó por dentro una voz gangosa y destemplada.

—Abrid, hermana tornera, abrid pronto, respondió José.

—Tened un poco de paciencia, volvió á decir la voz gangosa; tened paciencia, que no hemos de estar sujetas á vuestras comodidades y deseos.

¡Pobre José! sus comodidades hubieran sido molestias para cualquier prógimo por muy sufrido que fuese; para él, que tenia un verdadero placer en cumplir con sus deberes, eran insignificantes trabajos; pero, á pesar de su natural bondadoso y humilde, lo de *las comodidades* le pareció un abuso de la portera.

La puerta del convento se abrió y el demandadero franqueó el umbral, cuando se oyó un quejido, y despues otro, y luego clara y dis-

tintamente el llanto de una criatura recien nacida.

—¿Qué es eso? preguntáronse á un tiempo la portera y el sacristan.

El llanto continuó, y entonces pudieron convencerse de que el que lo producia era un hermoso niño ó niña, que tanto no llegaron á descubrir en el primer exámen; el fruto que habia encomendado la dueña al sacristan de San Plácido, el encargo para la priora, el regalo que le enviaba una señora princesa ó duquesa ó el diablo que se la llevase, como decia el seráfico José, indignado consigo mismo por su condescendencia.

—Hermano, esto es escandaloso, inmoral...

—Déjeme, hermana, que harto tengo yo con mis penas sin que su merced se encargue de aumentárlas.

Cuál fue la impresion que produjo en el convento la inesperada huéspeda no es menester decirlo.

La priora examinó detenidamente los magníficos paños en que la niña iba envuelta, y en ellos halló una corona ducal admirablemente bordada sobre unas iniciales.

La niña apenas contaria una hora de existencia; pendiente de su cuellecito llevaba un riquísimo medallon unido á una cadena de oro; en aquel medallon se veia tambien la corona ducal y las mismas iniciales que en los paños, pero formada de brillantes y perlas de gran tamaño.

La comunidad toda tuvo noticias del suceso, y aunque la portera intentó ofender la honra de José, suponiéndole capaz de un estravío, nada

consiguió sino que la priora la reprendiese duramente, y, tranquilizando al atribulado sacristan, le dijo:

—Vamos, hermano, á vos os encargo de los cuidados de la niña y á la mujer del hortelano para que la crie, que el convento desde hoy toma á su cargo á esa pobre huérfana.

—¿Es decir, preguntó José, saltando de gozo, que no os incomodais conmigo por haberme dejado sorprender?

—Nada menos que eso, José; doy gracias á Dios porque esa criatura ha venido á parar á esta casa donde nada ha de faltarla mientras la comunidad exista.

—Y yo viva, añadió el sacristan. ¡Qué buena es vuestra paternidad!... digo, vuestra... y ¡qué contento estoy! y ¡cómo ha de rabiar la portera, que tan mal me quiere, yo no sé por qué motivo!

La niña continuó en el convento durante algunos dias; pero un suceso inesperado hizo que se creyese su vida en peligro al cabo de ellos.

La guerra de sucesion ensangrentaba los campos de Aragon, Cataluña, Valencia y Castilla; en Andalucía, como en Estremadura, se luchaba tambien, y así favorecia la suerte de los soldados Vendome como á los alemanes.

El espíritu nacional era indudablemente en los principios favorable al archiduque Cárlos, y lo demostró así el entusiasmo que su nombre produjo á Aragon y Castilla primeramente, la heróica lucha de los catalanes contra los soldados franceses, en su mayor parte del duque de Anjou.

Vencidos en varias batallas los altivos genera-

les de Luis XIV, los alemanes y los españoles, defensores del archiduque, hallaron franco el paso á Madrid, y á marchas forzadas se encaminaron á la capital de la Monarquía.

La vanguardia, compuesta en su mayor parte de alemanes, entró en Madrid durante la noche en que empieza nuestro relato, y se entregó á la licencia y al pillaje por espacio de algunos dias.

Campaban en las afueras primero y despues dentro de la villa; pero en el primer caso como en el segundo, no dejaban de visitar nuestras tabernas, beber gratis y apalear lo mismo á cuantos indivíduos sospechosos por su opinion hallaban al paso. Las mujeres todas les parecian sospechosas, aunque se contentaban con acariciarlas brutalmente en lugar de molerlas á palos.

Los conventos fueron asaltados casi en su totalidad, y al de San Plácido le tocó el turno á los ocho ó nueve dias de la invasion.

Violado aquel sagrado recinto por los tudescos, las religiosas huyeron, y buscando su salvacion en las casas inmediatas, burlaron las impuras intenciones de los invasores.

El demandadero huyó tambien, pero llevando en sus brazos á su querida niña, á la huérfana, que abandonada segunda vez en la habitacion de la hortelana, quedaba espuesta á una muerte cruel.

Pero el cariño que á José inspiraba la pobre niña, habíale advertido el riesgo, y corriendo hácia la habitacion del hortelano halló á Elisa, que tal era el nombre con que habian bautizado á la huérfana, sola en la cuna.

—¡Pícaros!—esclamó José en viendo á la tierna criatura:—no han abandonado á su hijo como á esa pobrecita, ¡pues! como si no fuéramos todos hijos de Dios. Ven, hija mia, ven, que yo te salvaré y moriré por conseguirlo, y el Señor nos ayudará.

El buen José cogió á la niña en sus brazos y salió corriendo de la habitacion y del convento, no sin grave peligro de caer en manos de los tudescos. Pasado el peligro, y cuando el archiduque hizo su entrada en Madrid, las religiosas volvieron á sus respectivas casas, y la villa recobró su natural aspecto.

El convento de San Plácido fue habitado de nuevo por sus virtuosas moradoras, y no tardó el demandadero en volver á él, llevando en sus brazos á la niña.

¡Cuántos trabajos, cuántos esfuerzos costó al sacristan conseguir que la inocente criatura no muriese de hambre, fácil es de comprenderse! Pero al cabo triunfó; Dios no le abandonó en tan noble empresa.

El tiempo corria, y la niña, confiada durante sus primeros meses al cuidado de la hortelana, y siempre bajo la inspeccion del demandadero, creció y llegó á contar tres años.

José no pensaba sino en la chica, que con sus caricias atestiguaba al sacristan el cariño con que le pagaba el que le profesaba.

Cuando le veia saltaba con estraordinaria alegría y abria sus bracitos para llamarle. José se aproximaba y Elisa ceñía su cuello mientras besaba la frente y las mejillas de su humilde protector.

Otras veces enredaba sin cesar trastornándolo todo en la cocina, cuya limpieza y direccion corrian á cargo del demandadero, manchando alguna cacerola por imitarle en sus manipulaciones, derramando la sal ó aumentando el combustible en los hornillos con papeles y trapos, cuyas llamas la divertian, aunque no tanto como las pavesas que producian al carbonizarse, y que ella agitaba con donaire.

Esos pájaros negros se llevan á la gente,—decia la niña con esa gracia infantil inesplicable y superior á todas.

Sí, se llevan y con ellos el diablo al pobre José, que no consigue nunca ver limpia esta cocina.

No se enfade Joselito,—murmuraba con tímida coquetería la muchacha.

Al demandadero se le caia la baba contemplando á Elisa, y siempre concluia por perdonarla y hacerla cantar una oracion á la Vírgen Santísima, muy tierna é impregnada en su santa devocion, sino de muy buen gusto, considerada la tal cancion artísticamente.

Es verdad que recitada por la poca voz de la huerfanita, adquiria mayor encanto y mas inspiracion y sentimiento.

Al terminar la cancion recibia la cantante unos cuantos besos y abrazos de José, y alguna fruta ó dulce de almíbar en conserva que no faltaba nunca en la despensa del convento; cosas todas que apreciaba mucho la niña, si bien parecia á primera vista que el almíbar llevaba para ella mucha ventaja á la boca de su protector.

La huérfana era el objeto de todos los cariño-

sos afectos y caricias de las religiosas y así bajaba al huerto á juguetear con las monjas, como entraba en el cuarto de la superiora, donde siempre hallaba un beso y una golosina.

Tres años habia cumplido la niña, cuando un suceso inesperado llegó á cambiar la faz de las cosas.

La priora, santa mujer, cuyas virtudes eran de todos conocidas y por todos loadas, sucumbió repentinamente, lo cual produjo grande alarma y sentimiento en la comunidad.

La que fue nombrada para reemplazarla mudó completamente el régimen interior y el personal de los empleados de la casa. El demandadero de las monjas de San Plácido fue destituido para dar entrada á un conciudadano de la superiora, que era del Condado de Barcelona.

José lloró como un chiquillo cuando recibió la noticia; despues pensó en Elisa: dejarla en el convento, suponiendo que la nueva priora lo consintiese, seria renunciar á ella; y llevarla con él equivaldria á matarla de hambre.

Sin embargo, se decia, no soy muy viejo y puedo trabajar. No sabria resignarme á perderla para siempre.

José habia recibido de manos de la priora que habia sucumbido, las prendas, el medallon y el canastillo que acompañaban á Elisa cuando fue presentada en el convento.

Solamente yo poseia los datos para buscar la familia, si lo consiguiese... ¡Ah! es verdad que si lo consiguiese, me veria precisado á separarme de ella para siempre.

Despues de largas meditaciones, José resolvió

llevarse la niña para bien ó para mal, si la priora se opusiera á ello.

Dispuso su marcha, y recogiendo á la muchacha sin dar parte á nadie, segun una última resolucion que le librara de disputar la posesion de Elisa, abandonó aquella casa, donde tantos años habia pasado de dulce tranquilidad.

Aprovechó la oscuridad de la noche como si se avergonzase de que le viesen salir espulsado del convento, y para ocultar mejor á su querida niña.

¡Pobre José! Entonces empezaban para él las luchas terribles, las luchas con el fatalismo de la miseria.

Y no estaba solo en su abandono: tenia á su lado una desdichada criatura, á la que habia privado del sustento que en aquella santa casa ó en algun otro benéfico asilo hubiera encontrado seguramente.

José deberia trabajar para sí y para su hija, que como tal la consideraba el ex-demandadero de las monjas de San Plácido.

Las privaciones, los sufrimientos que lleva consigo la pobreza, las humillaciones, todo el martirio, en fin, de la miseria, sufrieron con heróica resignacion José y la huérfana.

Cuando desalentado el pobre hombre, se dejaba caer sobre un taburete en una oscura habitacion, ella era el ángel consolador que le infundia esperanza y valor en medio de sus pesares.

—¡Bendita seas! murmuraba José.

Pero el diablo ó las circunstancias, mudaron completamente aquel cuadro de desdichada feli-

cidad y de feliz desdicha á un tiempo mismo. Elisa habia cumplido diez y siete años.

A la tranquilidad sucedió la desconfianza por una parte, la impaciencia por otra, y, por la primera vez en su vida, Elisa se negó á complacer á su protector.

—¿Recuerdas, la dijo, aquella oracion á la Vírgen María que te enseñé y que tú cantabas en el convento?

—La recuerdo como si la hubiese aprendido ayer.

—Cántala, hija mia, cántala, y nos servirá á la par de recuerdo de aquellos dias felices y de súplica para que nuestra Madre y Señora nos ampare y libre de todo mal.

Elisa vaciló durante algunos segundos. Despues balbuceó:

—Padre, perdonadme; pero...

—¿Qué? no quieres darme gusto, preguntó con estrañeza José.

—No, no es eso, padre mio.

—Está bien, no quiero violentar tu voluntad.

—Siento una pena...

—¡Pena! ¿tú pena, hija mia? esclamó cariñoso y entristecido el ex-sacristan. ¿Qué te sucede, Elisa? Esta es la primera vez que el infortunio te hace llorar; tú has sido siempre mi consuelo, y en los momentos mas angustiosos de mi vida has enjugado mi llanto y has deshecho mi dolor con tu purísima alegría.

La niña rompió á llorar amargamente. José no podia adivinar la causa, y esto le mortificaba.

—¿Acaso te asusta ya el trabajo y temes á la miseria? preguntó á la jóven.

—Nunca la he temido, padre.

—Pero hoy...

—Hoy soy muy desgraciada.

El pobre viejo no podia contener su pena y lloraba como un chiquillo.

—¡Ah! no lloreis, padre mio, que yo callaré y cantaré cuanto querais.

—No, no, basta, Elisa, basta.

El ex-mandadero no sabia lo que era ese amor, esa pasion que un hombre esperimenta por una mujer y ésta hácia el hombre.

Si José hubiera sabido todo eso, fácilmente habria comprendido la causa del sufrimiento de Elisa. Pero el pobre hombre nada sabia de esas pasiones y fue preciso que Elisa le confesase la pasion que sentia.

Entonces cayó la venda de sus ojos; sin embargo, haciéndose superior á sus debilidades, y pensando en que la jóven debia pensar en su porvenir, que él no podia ofrecerle, se resignó á aconsejarla en aquel sentido.

—¡Oh! ¡Pues si José hubiera poseido una fortuna, si hubiera sido rico! Entonces no habria consentido que Elisa amase á nadie.

Pero las cosas siguieron su curso natural y no pudo evitarlo el ex-mandadero.

El galan pensó en ser marido y la amada se resolvió á ser esposa; y él era principal y noble, y ella... ella no sabia á quién debia el sér.

Ante esta revelacion, todo noble y digno caballero habria retrocedido.

Pero no así don Luis de Aguilar, que, en oyendo esto, y viendo las pruebas de lo que la jóven decia, esclamó ébrio de felicidad:

—¡Ah, hermosa Elisa! Tienes padre, y es tal que en conociéndote, verás cómo me honras con tu cariño.

Quedaban así desvanecidos los escrúpulos de la muchacha; pero mas lo fueron en breve, cuando apareciendo en su humilde casa un noble y principal anciano, y despues de reconocidas las prendas y medallon que acompañaron á la niña y oido el relato de José, abriendo los brazos el caballero, fuése hácia ella, y le dijo loco de felicidad:

—Ven, hija de mi alma, ven, que hace muchos años que te busco inútilmente; y vos, don Juan, que, pues á vos lo debo, no hago mucho otorgándoos su mano.

Elisa habia sido la víctima de una venganza de un su pariente al servicio de Felipe V, y en ódio al duque de... servidor entusiasta del austriaco.

La infortunada madre murió de dolor.

La dueña ganada por el oro, accedió á servir de instrumento para tan mísero plan.

Pero pensó en dejar la niña donde, si la ofreciesen mayor cantidad ó llegase á arrepentirse, pudiera descubrirse su paradero.

La espulsion del demandadero desconcertó á la dueña, que, no por arrepentimiento, sino pensando en el mayor lucro, trató de averiguar el paradero de la niña.

Todos eran felices.

Todos, menos José, que temia una ingratitud en su querida Elisa.

—¡Padre mio! esclamó ésta arrojándose á los pies del duque; no saldré de aquí si no me acom-

paña mi protector, mi antiguo, mi buen amigo, mi padre.

La jóven hizo un ligero resúmen de su pasada historia, de los sufrimientos que por ella habia pasado el buen José, y al terminar su relato, el pobre demandadero se veia entre los brazos del duque y de don Juan y de su Elisa, que todos lloraban de alegría.

Desde aquel dia, el pobre hombre ya no volvió á sufrir privaciones, ni se separó de su niña, á la que vió contenta y mimada, siéndolo él ya por todos los de la casa.

EL
CONSOCIO INDUSTRIAL.

EL CONSOCIO INDUSTRIAL.

«Para una empresa industrial importantísima, y que segun cálculos matemáticos ha de producir un inmenso capital en tres ó cuatro años, se necesita un socio capitalista, que disponga de la cantidad de 5,000 duros en metálico. La persona que publica este anuncio, no tendrá inconveniente en iniciar en el secreto á quien reuna la condicion anteriormente citada, y en partir por mitad con el capitalista los productos del fabuloso ingreso.

» Darán razon, etc... Si la persona á quien convenga el negocio vive en provincias, remitirá, para contestarle, un par de sellos de franqueo.»

Ustedes habrán leido anuncios semejantes al anterior en *La Correspondencia de España,* y alguna vez, á no hallarse en autos, habrán esclamado:

—¡Una fortuna por 5,000 duros! Voy á entrar en negociaciones.

Y si han caido en el negocio, es decir, si han caido en la red, este artículo les servirá de sinapismo, pero le leerán para ver si hay exactitud en el tipo.

Si se conservan puros en el negocio, si no han tenido la fatalidad de tropezar con un consocio industrial, como el que poner de relieve deseo, estos apuntes les servirán de aviso para librarse del enemigo malo.

El consocio industrial á que me refiero, empieza por no tener historia, y concluye por no tener vergüenza. Nadie sabe dónde ha nacido, ni de dónde viene, ni á dónde vá; pero bien conoce el mas romo que, como decia Rinconete á Cortadillo, «no tiene cara de venir del cielo,» y con algun fin anda por el mundo.

Lo único que, si no se sabe, se presume, es que no tiene una peseta, y esto porque lo confiesa públicamente; pero en cambio, tiene un plan... ¡qué plan! Y como un plan no es cosa de comer, busca la comida á cambio del plan.

La ganancia que ofrece el negocio que se propone es segura, segun él dice, y *morrocotuda*; y pueden ustedes creer que para él es como lo dice; porque el hombre á quien llevan un capital relativo á su casa, cuando se encuentra en la flor de su vida y sin *quererlo* ganar, alterando un poco la frase de algunos mendigos de nacimiento, no puede pedir un negocio mas redondo. En cuanto al que le confia ese capital, bien merece la patente de tonto de solemnidad, porque con ese rasgo la tiene tan ganada como perdido el dinero.

En el mundo todo está compensado, dicen al-

gunos mortales bienaventurados, y casi tienen razon; es decir, lo bueno siempre encuentra su compensacion con lo malo; que lo malo lo encuentre con lo bueno ya no es tan verosímil.

En virtud de esta ley del embudo llamada de las compensaciones, nunca faltan perdidos de mal género en el mundo, y tontos que tropiecen con los susodichos perdidos. Y en juntándose los unos con los otros, no hay que preguntar quién resultará al fin y al cabo perdido, y quién saldrá ganando; porque es una cosa tan lógica y tan natural, que no se necesita mucho estudio para comprenderla.

El consocio industrial empieza generalmente por memorialista, curial ó no, que esto no es indispensable; continúa por agente de criadas y cuartos desalquilados y nodrizas con leche fresca, y al fin toma el grado de socio industrial del primer indivíduo capitalista que caiga en cualquier negocio que se invente.

Por lo menos, el solo anuncio del negocio produce de primera intencion 4 ó 5,000 rs. en sellos; porque bien se puede calcular en 8 ó 10,000, quedándose corto el número de *inocentes* que en España disponen de esa cantidad para invertirla en negocios de todas clases, siempre que crean que los resultados han de triplicar ó cuadriplicar, por lo menos, la cantidad que arriesgan.

Es cosa original lo que suele suceder en el asunto. Propongan ustedes una verdadera especulacion industrial á cualquier hombre rico, y díganle con ingenuidad que ustedes ponen el trabajo, que nada quieren, que el negocio, aun-

que ustedes crean que es seguro, puede fracasar; que los resultados darán una regular ganancia, y todo esto, por temor de que se figure que quieren ustedes engañarle; en fin, por decoro y por delicadeza, háblenle de buena fé, con sinceridad y honradez; de seguro los manda á paseo y no se arriesga en el negocio.

Pero, como llegue un presidiario, de esos que andan sueltos para desdicha de la sociedad, y le pinte los resultados que le acomoden, y mienta como un bellaco, y no lleve otro fin que el de esplotarle, ó, en castellano, limpiarle el dinero, el negocio se emprende en seguida; el *inocente* abre su corazon á la esperanza, y su bolsa al tomador, y ya sabemos todos cuál va á ser el desenlace.

Luego se oye decir:

—¿Saben ustedes quién se ha quedado sin una peseta? don Fulano. Tropezó con un petardista.

Y si uno estuviera en antecedentes, deberia decir:

—Pues yo en lugar del juez de primera instancia, condenaba á don Fulano á albarda perpétua, que tambien debiera consignarse en el Código Penal ese castigo.

Las leyes del progreso material son inflexibles, como dicen los que filosofan por no tener otra cosa que hacer, y se cumplen, y ellas mismas se amoldan á las épocas, á despecho de todas las escuelas de Ceuta, Melilla, etc., etc.

Y, sobre todo, cuando la semilla cae en buena tierra, como sucede á gran parte de las conquistas de la civilizacion al caer en España, fructifican que es un asombro.

Es verdad que en este país hay, ademas de la natural actividad de los españoles y la buena predisposicion para admitir las innovaciones, un espíritu de entusiasmo por todo lo que procede de nuestros vecinos los franceses, que ayudan en gran parte al mejoramiento social y *coreográfico* de nuestra pátria.

Un sabio que yo conozco, dice que la raza latina se llama así, porque entre los indivíduos hay muchos sacerdotes; definicion salvaje, propia del sabio á que me refiero, y de otros sabios de la misma fila. Hay quien asegura que la raza latina toma este nombre de su aficion al estudio. Esto me parece menos irracional y, hasta si se quiere, menos fundado. Hace muchos años que la raza latina viene pensando en arreglarse y en gobernarse y en ser feliz. Lo malo es que mientras piensa en hacer, no hace; pero todo se andará.

Por lo menos tenemos en ella una riqueza de tipos pasmosa; pero tipos de primer órden; y no se puede negar á la Francia moderna su supremacía y fecundidad en la produccion de ellos. Es el almacen al por mayor que los suministra á varios pueblos, y principalmente al nuestro.

El consocio industrial, que pudiera llamarse universal, por su predisposicion á asociarse con todo el mundo, siempre que él gane en la asociacion, era hasta hace pocos años en España un tipo inverosímil, como el ateo y el cancanista, como la revalenta arábiga y el aceite de bellotas con savia de coco ecuatorial.

En cambio, conocíamos otra porcion de cosas que ya se han perdido; no sé si las cosas ó el

conocimiento, aunque me inclino á creer lo segundo. El hombre no puede ser universal (dicho sea sin faltar á los cosmopolitas), ni general siquiera, generalmente hablando, porque hay muchas escepciones de esta regla consignadas en la *Guía de Forasteros:* y claro está que como el indivíduo avanza en unas materias, tiene por necesidad que ir retrogradando en otras.

El consocio industrial es uno de los mas perfectos varones que embellecen la sociedad de nuestros dias: no es un talento especulativo, pero sí es un talento especulador y práctico. Sabe de memoria realizar aquel dicho vulgar de *nadar y guardar la ropa*, sea suya ó ajena, que en estos escrúpulos no repara, y en las jugarretas que hace, no hay quien le pille en un renuncio.

Y si alguna vez fracasan sus planes y se descubre el artificio de su vida, lo cual, como llevo dicho, es muy raro, con pasar unos cuantos años trabajando por la pátria en la seccion de forzados de obras públicas, sale del compromiso, y vuelve á ejercer su honrosa profesion, con mas aplomo que anteriormente y con mayor suma de conocimientos; porque en esas academias, segun la filantrópica organizacion que hemos inventado, pues en este punto somos demasiado sensibles para traducir de algun país estranjero, se aprende mucho y se adquieren muy buenas relaciones, segun cuentan varios interesados.

Pero esto, ya digo que es un caso escepcional, pucs en esta tierra de promision, el que se propone vivir de su *industria*, lo consigue fácilmente.

¡Se dan tantos casos!...

EL TELEFONO.

EL TELÉFONO.

———

El teléfono ha sido causa de muchos disgustos sociales, de muchas lágrimas, de muchos delitos.

Se cuentan casos horrorosos, de cuya veracidad no podemos dudar, y que afortunadamente no serán tan frecuentes en España, porque aquí no concedemos tan fácilmente el pase á las invenciones estranjeras por orgullo nacional. Aquí no nos entran moscas ni peligrosas innovaciones.

Ademas, en nuestro país hay muchos inventores, sobre todo en política: todos los dias se inventa algo.

El teléfono es el espía de la humanidad, el enemigo de la tranquilidad del hogar, del pueblo, del pais, de todo el mundo.

Fiar sus secretos íntimos al teléfono, es entregarse «en cuerpo y alma» ó «atado de piés y manos» á sus enemigos.

Yo conocí al protagonista del suceso que van ustedes á saber, si gustan: era un hombre honrado; habia sido alcalde de barrio y luego ocupó varios puestos de mayor importancia todavía.

Pero amaneció para él un dia triste y se casó.

Escusado es decir cuánto nos reiríamos todos los amigos: un hombre de sus prendas, casado, nos brindaba indudablemente con un sinnúmero de emociones.

Ocho dias no habian trascurrido desde el de su matrimonio, cuando supimos que le habia tocado el premio gordo de la lotería moderna.

Otro de los trastornos de los tiempos en que vivimos; porque ahora la lotería no le cae mas que al hombre de buena suerte, y en tiempo pasado se jugaba una lotería, la *primitiva*, que le tocaba á quien lo habia menester.

Pero no divaguemos, y vamos al ejemplo.

Nuestro héroe, apenas se juzgó rico, mudó de vida y costumbres, y por consiguiente, de casa y de trage, y de todo: quien no hubiera tenido noticias de su cambio social, no le hubiera reconocido.

Nadie, viéndole por la espalda, habria dicho: «Aquel es Fulano» ó «aquella es la levita de Fulano.»

La trasformacion fue completa: el hombre habia leido mucho *papel público*, nada mas, porque no le gustaban los libros. Los periódicos podia leerlos en la oficina durante las horas de trabajo, y los libros no, porque es lectura mas pesada, como él decia con mucho talento.

Cuando mudó de posicion, en vez de leer *papeles públicos*, se entretenia comprando papel del Estado, pero aun cuando en España suele ser muy buen negocio, desistió á tiempo de hacerse rico, porque si se descuida vuelve á su antigua posicion oficial de diez mil reales de sueldo y *manos puercas*, en la acepcion directa de la palabra.

Me parece estar viendo su casa; ¡qué lujo! ¡qué buen gusto habia presidido en el adorno de ella! Habia colocado en uno de los salones grandes espejos, pero á tal altura, que para verse la cabeza en las *lunas venecianas*, era indispensable subirse sobre una mesa.

Los retratos de familia parecian pintados con tinta de imprimir; los muebles vestian trage de luto riguroso, por la muerte prematura de la mamá de la esposa, fallecida á la temprana edad de sesenta otoños cumplidos: el pintor se habia economizado el estudio de paños y fondo; todo allí era negro, menos las caras de los consortes y de los suegros de nuestro héroe; no parecia sino que sacaban las cabezas y las manos por agujeros de la pared; en aquella habitacion se sentia cohibido cualquier estraño, sujeto á la vigilancia de los miembros de la familia emparedada.

Con lo dicho basta para demostrar que nuestro amigo ó *conocido*, era persona de buen gusto; pero más merecia su señora, mujer jóven y hermosa, dotada de una cultura muy superior á la de su marido, y muy afecta á las innovaciones y novedades.

A su iniciativa se debieron muchas reformas

en la casa: se establecieron en la cocina hornillos de vapor, y una verdadera red telegráfica de campanillas en todas las habitaciones; un criado especial, con uniforme y gorra con las iniciales de su cargo, cuidaba de la conservacion de *las líneas*.

Obligado por su señora, el antiguo alcalde de barrio y moderno capitalista, usaba velocípedo para recorrer la casa; y por último, para comunicar el piso principal de ésta donde habitaba el matrimonio, con el segundo, ocupado por unos tios de la esposa de nuestro amigo, se estableció un teléfono.

El buen hombre mantenia y hacia valer, hasta cierto límite, sus protestas contra algunos adelantos científicos, y, principalmente aplicados á domicilio; pero siempre triunfaba la opinion de la señora: ¡era tan hermosa! ¡tan despejada! ¡profesaba tan entrañable afecto á las conquistas de la civilizacion!

Algun criado, con esa malevolencia propia de gente asalariada, manifestaba opiniones un tanto ofensivas para la sensatez y virtudes de su ama; pero «opiniones de criados no llegan al cielo» ni á parte alguna, y la doble fama de su señora se conservaba incólume.

¡Suponer que su ama no estaba en cabal juicio!

Es verdad que en algunas ocasiones llegó á pensar lo mismo su esposo, y no era hombre que pensara *exajeradamente* en nada.

Establecióse, por fin, el teléfono pedido ó exigido por la señora, y quedó en comunicacion la familia, esceptuando al tio, porque era sordo á

la voz de la ciencia y al estampido de un cañon.

Practicadas las pruebas con el aparato, quedaron muy satisfechos el tio, la tia y su hijo, primo de la señora, y capitan de caballería; todos menos el amo, la víctima propiciatoria.

—«Ese aparato nos va á proporcionar alguna desdicha»—se atrevia á decir el caballero.

—¡Siempre refractario á las conquistas del genio! ¡Qué imbécil eres!—replicaba la sultana á domicilio.

Respuesta tan espresiva contenia al marido en los límites de una prudente reserva, y triunfaba la opinion de la altiva señora.

Pero bien dicen que *hay corazonadas*; que una voz secreta nos dice: «Esto va á ocurrir» «hay lo otro,» etc. Solamente por sujèstiones del corazon puede esplicarse el acierto con que emprendemos muchas cosas que luego nos salen mal.

La corazonada de nuestra víctima fué de las buenas; esto es, de las malas, y en estas se acierta con mayor facilidad.

Pocos dias habian trascurrido desde el planteamiento de la línea telefónica intervecinal, cuando se cumplió el terrible pronóstico del dueño de la casa: se hallaba éste en el piso segundo solo con su tio *el reparado* del oido, hablando con perdon: la tia habia salido, y su hijo el capitan, tambien.

La señora supo por los criados que el amo habia salido tambien para hacer los preparativos del viaje que debia emprender á Valencia, en cuyos alrededores habia comprado una quin-

ta é iba á disponerlo todo y á amueblarla convenientemente para que su esposa fuese despues á pasar con él la temporada primaveral.

Hallábase, como queda dicho, el buen esposo en la habitacicn del tio para hacerle algunos encargos, y sobre todo, el de que cuidase de la pobre *viuda temporera* durante el tiempo de la separacion y la acompañase hasta Valencia, siquiera cuando fuese á reunirse con su esposo.

En esto estando, oyeron la señal telefónica, esto es, la oyó el esposo de la dama, porque el tio no se preocupaba de ruidos.

Acude el buen marido al aparato, contesta, y un segundo despues oye la voz de su querida esposa, la dulce voz de su adorada é inocente paloma.

—¡Qué chasco va á llevar cuando la conteste!—pensó el buen hombre,—porque ella no sabe que estoy aquí.

La voz dirigia la siguiente pregunta:

—¿Eres tú?

—Sí, murmuró fingiendo la voz el esposo.

—¿Mi Diego?

Aquel Diego, y puesto en *mi*, llegó como una bala al corazon del infeliz marido.

—¡No se dirige á mí! murmuró el pobre; y un sudor frio bañó su frente.

Y efectivamente no habia lugar á dudas, porque él se llamaba Venancio.

Un minuto despues, y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, contestó á la esposa que daba señales de impaciencia.

—Sí, vida mia.

—Mi...

Otro *mi*, pero éste no pudo llegar al oido de Venancio tan puro y tan claro como el otro.

La voz continuó:

—Vamos á ser felices; se va y nos deja...

Don Venancio se sintió desfallecer y cayó desplomado, mientras el tio, volviendo la cabeza y viendo á su *sobrino político* en el suelo, decia:

—¿Qué es eso, te has caido? Pues no eres poco torpe, tropiezas en un papel.

Lo que ocurrió luego no es difícil presumirlo.

En vista de este ejemplo ¿quién se atreverá á defender el *teléfono*?

LA CALVA.

LA CALVA.

Valor y grande se necesita para salir á la defensa de la calva, en un siglo en que se han hecho grandes fortunas vendiendo específicos para conservar el cabello.

Pero por lo mismo que en la época presente hay tantos calvos, y tan pocos que se avengan con su calvicie, la cual ocultan bajo la peluca ó bisoñé, como si fuera cosa indigna de darse á luz, deber nuestro es demostrar á los que de tal modo piensan, que están en un lamentable error, puesto que la calva ha sido y será siempre, precioso don con que la madre naturaleza engalana á sus predilectos.

La voz calva, segun vemos en la última edicion del *Diccionario de la Lengua*, publicado por la Academia Española, es *el casco de la cabeza de que se ha caido el pelo*. Esta definicion, permítannos los sabios académicos que no la creamos muy exacta. Calva, á nuestro entender,

debe llamarse toda aquella parte del cuerpo humano en donde hubiese habido pelo y ya no exista.

Remontándonos á la antigüedad, hallamos que, segun algunos, el nombre calva proviene de la voz hebrea *gabath*, que significa carencia ó defecto de pelo en la principal parte del cuerpo, como es la cabeza.

Tampoco creemos que esta sea la verdadera etimología de la calva, y para ello nos fundamos en un precioso manuscrito, letra del siglo pasado (1) que tenemos á la vista, y el cual hace descender la calva nada menos que de uno de los primeros Césares romanos.

Oigan nuestros lectores.

Segun la historia, Serpio Sulpicio Galba, sétimo César de Roma, fue completamente calvo. Este personaje murió de una manera desastrosa, en una batalla que le dió su mortal enemigo Oton, quien al ver exánime al que en vida tanto habia odiado, mandó que le cortasen la cabeza, entregándola despues á sus soldados, que la fijaron en una lanza y la pasearon por los reales del ejército, haciendo gran mofa de ella. Terminado el paseo, los soldados colocaron la cabeza en el suelo, y desde lejos empezaron á tirarla cantos, para ver quién de los tiradores tenia mayor acierto (2).

(1) El manuscrito á que se alude se titula: *Escudo de calvos*, y pertenece á nuestro amigo el distinguido bibliófilo don Amalio Maestre.

(2) De aquí sin duda toma orígen el juego llamado de la *calva*, que consiste en poner un madero ó cuerno empinado en el suelo á proporcionada distancia, y en tirar los juga-

A este juego se hallaron presentes infinidad de personas, así naturales de la ciudad de los Césares como estranjeras, y admirándose de las burlas y chanzas con que trataban aquella cabeza monda ó calavera, repitiendo los soldados el nombre *¡Galba! ¡Galba!* Los estranjeros y peregrinos que no conocian al emperador Galba por su nombre, dieron en confundir Galva con calva, pareciéndoles, y no sin razon, que los soldados se mofaban de la descañonada cabeza, y que á la falta de pelo daban el nombre de calva.

Concediendo que sea este el orígen del nombre calva, y que sea cierta, como nos parece, la abusion de Galba en calva, hé aquí demostrado lo ilustre y bien nacido de ésta, pues quien de un romano emperador trae su orígen, le sobra calificacion que acredite su nobleza.

Pero casi estamos seguros de que los enemigos de la calva tomarán pie de este trozo de historia para querer probarnos que, aun cuando descienda la calva de un César, no por eso dejó de servir de mofa á los soldados de Oton, los cuales debian tener en menos lo que la calva representa, es decir, la negacion del pelo.

No podemos negar el hecho, pero á los que siguiendo el ejemplo de la citada soldadesca traten de burlarse de la calva, les advertiremos que el mismo Dios salió á la defensa de los calvos, manifestando al mundo que vengar los desprecios que se hagan á la calva está á cargo del poder divino.

dores con unas piedras, para dar del primer golpe en la parte superior de él, sin tocar antes en tierra.

La Biblia, en el libro de los Reyes, dice á este propósito lo siguiente:

«23. Y subió desde allí (se refiere al profeta Elíseo) á Bethél: y cuando subia por el camino, salieron de la ciudad unos muchachuelos, y le escarnecian diciendo: *Sube, calvo; sube, calvo.*

24. El cual, volviéndose hácia ellos, los vió y los maldijo en nombre del Señor, y salieron dos osos del bosque, y despedazaron de ellos cuarenta y dos muchachos.

Es verdad que el profeta Elíseo, como otros muchos, era calvo, pero los muchachuelos no le llamaban así guiados por la veneracion y debido respeto que se merece la calvicie, sino movidos de hacer burla, mofa y escarnio, y en este sentido los castigó el Señor.

Y colocados en este terreno, diremos á nuestros lectores, que la calva ha representado en algunas ocasiones la persona de Cristo, pues san Agustin, comentando el pasaje de la Biblia que hemos citado, dice que no se puede negar que Elíseo, calvo, representaba al Hijo de Dios:

Calvus gerebat personam Christi.

y añade: Nadie se burle de un sugeto calvo, ni por chanza tenga la calva por objeto de su burla; porque no le suceda ser infeliz y fatal destrozo de los infernales ministros.

El mismo santo fue siempre acérrimo enemigo de los cabellos, á los que llamaba diabólico adorno.

San Ambrosio fue siempre de la misma opinion de San Agustin, pues llegó hasta afirmar

que los cabellos no son ornamento, sino graves imperfecciones ó delitos.

San Cirilo, patriarca de Alejandría en el año 412, dejó dicho en sus obras que los cabellos son el mal fruto de la cabeza, de donde nacen como si fueran injertas plantas.

San Clemente de Alejandría, que segun la historia fue el primer filósofo platónico, convertido por Santa Paulina, aconseja, para que no se perturbe la vista, que se cercene la crencha ó melena, y añade luego que la calva es triaca contra el veneno de muchísimas enfermedades, así como los que tienen muy poblada la cabeza están en ocasion próxima para padecer accidentes muy contagiosos y regularmente andar débiles y enfermos.

Demostradas con la autoridad de estos santos las escelencias de la calva, deberíamos aquí terminar este articulejo, si aun no tuviésemos á prevencion algunas otras citas que aducir en pró de la calvicie, y por consecuencia, en contra de los cabellos.

Hojeando de nuevo el *Diccionario de la Academia Española*, tropezamos con la voz *pelo*, que segun los *escogidos* de la calle de Valverde, es ni mas ni menos que *la hebra ó hilo delgado que sale por los poros del cuerpo del animal*. Aparte de que esta definicion nos parece hecha por un académico, no muy amigo del cabello, preguntaremos á nuestros lectores: ¿Saben ustedes á qué se destinaban esas *hebras ó hilos delgados* en la antigüedad? ¿No? Pues vamos á decírselo.

César, el vencedor de las Galias, (que entre paréntesis poseia una magnífica calva), cuenta

que los solonienses se servian de los cabellos de las mujeres para ejecutar tormentos horribles.

Julio Capitolino, uno de los seis autores que escribieron la historia augusta, dice que en su tiempo hacian de los cabellos armas para herir, y Cayo Valerio Cátulo, poeta contemporáneo de Julio César, no solo confirma en sus escritos lo dicho por este emperador, sino que añade que los aquileyenses tejian de los cabellos muy fuertes sogas y maromas, pues casi todos en su edad libertaban la cabeza de la esclavitud del cabello.

Séneca, corroborando todo esto, refiere que allá en su tiempo, traian despoblada de cabello la cabeza los mas principales personajes.

Eurípides llamó sagrado al cabello, no por lo que tiene de corporal adorno, sino porque se ha de cercenar y ofrecer á Dios en holocausto.

La calva fue sobrenombre de Vénus en Roma. Cuando los galos sitiaron el Capitolio, las damas romanas se cortaron el cabello para hacer cuerdas, y al terminar la guerra se erigió un templo á la diosa con este nombre: VENERI CALVÆ, á fin de consagrar la memoria de este hecho.

No estará demás hacer constar aquí, que Plinio asegura que hay gentes naturalmente calvas, como los myconios, que por la generacion traen el no tener cabellos en la cabeza.

Si tras este cúmulo de citas fuésemos á publicar una lista de todos los calvos que desde antes de San Pedro acá han brillado por su santidad, talento, erudicion ó valor, seria cosa de no acabar en algunos meses este trabajo, pues sabido es que así como no ha existido ningun bur-

ro calvo, pocos son los hombres de algun mérito que han visto durante su vida muy poblada la cabellera.

No negaremos tampoco que la calva, á pesar de todo lo manifestado, ha servido en muchas épocas de blanco á ingeniosísimas sátiras, entre las que recordamos la célebre del padre de los donaires y de las gracias, don Francisco de Quevedo, que comienza:

Madres las que teneis hijas,
asi Dios os dé ventura
que no se la deis á calvos
sino á gente de pelusa.

y la no menos célebre que escribió don Jerónimo Cáncer en el *Vejámen* dado en 1649, donde pasando revista personal y burlesca á todos los ingenios contemporáneos, dice tratando de Rojas:

«Volví la cabeza y ví á un hombre que se las pelaba por caminar á prisa; traia, á mi parecer, la cabeza colgada de la pretina, y sobre los hombros una calabaza. Parecióme estraño el modo de caminar, y acercándome mas, conocí que era don Francisco de Rojas, que la priesa no le habia dado lugar de ponerse la cabellera; y al pasar junto á mí le dije:

«La priesa al revés te pinta,
hombre, para caminar;
yo siempre he visto llevar
la calabaza en la cinta.»

Rojas, que como lo prueban estos versos, fue uno de los ingenios de menos pelo del si-

glo XVII, no por eso dejó de satirizar tambien la calva. Buena prueba de ello es el donosísimo cuento que puso en boca del gracioso Cuatrin en su comedia *Casarse por vengarse.*

CUATRIN.

¿Que calvo ser tomáras? Mal intento;
óyeme de los calvos este cuento.
Contra el dios Baco cometió un pecado
la mona; pero Baco muy airado,
desde su trono, donde monas salva,
la mona condenó á que fuese calva;
mas apeló la mona la sentencia
al dios Júpiter, y él, con mas clemencia,
licencia dió á la mona que pusiera
la calva en cualquier parte que quisiera;
mas ella, la sentencia confirmada,
llamándose infeliz y desdichada,
tanto en su mismo enojo se atropella,
que iba buscando en sí donde ponella;
y, en fin, por no ponérsela en la frente,
la puso en el lugar mas indecente.
Considera tú, pues, repara ahora,
que el castigo en la mona se mejora.
Pues lo que el calvo trae en la mollera,
la mona lo trae puesto en la trasera.

Arrepentido, sin duda, el gran dramático de la injusticia que habia cometido, satirizando tan sin piedad la calva, quiso demostrar lo que ésta vale, y en otra comedia titulada *Obligados y ofendidos y gorron de Salamanca*, puso el siguiente peregrino diálogo con que damos fin á nuestro

articulejo, seguros de que este es el mejor remate que pudieramos darle.

BEATRIZ.

¿Qué le diré
que le irrite? Calvo.

CRISPINILLO.

A fé
que diera por serlo un ojo.

BEATRIZ.

Calvo.

CRISPINILLO.

Si ser calvo igualo
con el bien menos ajeno.

BEATRIZ.

¿Pues qué hay en los calvos bueno?

CRISPINILLO.

¿Pues qué hay en los calvos malo?
Tu sin razon se comida,
y no los quieras culpar:
díme, ¿habrás visto ahorcar
á un hombre calvo en tu vida?
Si sacan á un azotado
á visitarle el embés,
lo ordinario verás que es
un picarote cerrado.
Que se arrepintió repara

un calvo que á Dios negó;
mas Judas, que le vendió,
tuvo un copete de á vara.
Que puede ponerse arguyo
el calvo en su calavera,
el cabello de cualquiera,
y estotros no mas del suyo.
Cuando á un santo que se salva
pinta cualquiera pintor,
para darle mas primor
le pinta con tanta calva;
y con cuidado y desvelo
al contrario has de mirar,
que si á un diablo han de pintar
le pintan con tanto pelo.»

LA SEÑORA

QUE VIENE Á MENOS.

LA SEÑORA QUE VIENE A MENOS.

«*¡Oh témpora! ¡Oh mores!* ¡Qué feliz era yo en vida de mi esposo! ¡Cómo se complacia en darme gusto mi apreciable Celestino, que en paz descanse!»

Asi esclamaba una viuda infeliz recordando los buenos tiempos en que era esposa de un empleado de Hacienda, mucho mas antiguo que las contribuciones y los empréstitos y el archivo y demás aparato que un ministerio requiere.

Es verdad que no tenia motivos para menos la buena señora; porque su difunto disfrutaba, segun ella, un sueldo de 30,000 reales, fuera del último cero, dicho sea en honor de la verdad.

¡Qué lujo gastaba entonces la adorada, aunque nunca adorable esposa! Jamás mujer alguna alcanzó tantas y tantas muestras del amor profundo de su amante, como Enriqueta (porque entonces se llamaba Enriqueta) consiguió de su Celestino.

Y ahora se vé sola y abandonada de todos,

como la miseria y la vulgaridad. Es una señora *que ha venido á menos*, ó como quien dice: es una señora que no conserva de su estado primitivo sino el recuerdo, esa mancha que nos imprime el tiempo al pasar sobre nosotros.

La señora que viene á menos ha entrado ya en la edad madura, porque necesita un pretérito de toda clase de felicidades, un pretérito sobre qué hacer historia; y la de una muchacha que cuenta pocos años de edad, generalmente hablando, ofrece pocas peripecias.

La señora que viene á menos debe ser viuda, por una razon análoga, ó por lo menos es necesario que lo diga, y esto suele bastar en la mayor parte de los casos.

Si es guapa, tiene que haberlo sido mucho más; y si es fea, ha de haber padecido siquiera una terrible enfermedad, que la robó su belleza.

Es preciso que del paralelo entre el presente y el pasado, resulte la señora actual como la antítesis de la señora que fue. Es menester que se supla la falta de esperanzas con la sobra de recuerdos. Todo el mundo cree en la ley de las compensaciones, hasta el punto de imaginárselas cuando no existen. ¿Se siente usted enfermo? Pues ande usted, que para eso no le falta que comer. ¿No tiene usted una peseta? En cambio disfruta usted de buena salud. ¿Que le faltan á usted ambas cosas? Váyase lo uno por lo otro, que bastantes años ha estado usted bueno y sano y ha tenido dinero y comodidades.

La señora que viene á menos ha disfrutado de muy buena salud, y ha vivido holgadamente; en compensacion, ahora no puede disponer de

ninguna felicidad. Por eso suspira frecuentemente, y se le llenan los ojos de lágrimas, y se le hace la boca agua cuando algun caballero cesante ó *lipendi* le dirige algun requiebro ó se atreve á proponerla un segundo enlace.

Su corazon, como su cara, van siempre cubiertos por un velo fúnebre: todo ha cambiado en ella, hasta su nombre; ya no la conocen mas que sus amigos de la juventud por el nombre de Enriqueta; se llama Soledad, nombre característico de las desamparadas. Su trage es negro como sus pensamientos; su existencia es un romance terrible, con su viñeta á la cabeza, que es un retrato en fotografía del que fue su esposo; retrato que no se aparta... de un alfiler de pecho, fijo siempre en un cajon de la cómoda de la viuda.

La señora que viene á menos saluda á todos los vecinos de su casa, y conoce la historia de cada cual por medio de las criadas; que segun numerosas esperiencias, se ha demostrado que son los mejores conductores del calórico y de los secretos ajenos. Esta curiosidad inocente de la señora obedece tambien á la ley de las compensaciones. Es muy justo que ella se entere de las vidas y milagros de los demás, despues de haber despilfarrado el relato de la suya, mucho mas milagrera, si no milagrosa, que la del mismo San Vicente de Paul, salva sea la parte.

Todas las criadas de la vecindad saben que la señora es viuda, aunque sin constarlas oficialmente que antes fue casada; pero basta que ella lo diga. Todas tienen noticias de las felicidades pasadas de doña Soledad, y de sus infortunios

presentes: á ellas debo yo estos apuntes relatados por la mia, con mas malicia que caridad. Dicen que la señora sale todas las mañanas muy temprano y no vuelve hasta el oscurecer, y añade la portera—esa maga de los tiempos modernos, que adivina cuanto sucede en un kilómetro alrededor de su portería, é inventa lo que no adivina,—que la señora Soledad sale despues á favor de las sombras de la noche y no la oye volver nunca.

Yo la he seguido algun dia, llevado por la curiosidad, y he podido comprender algo de su misteriosa vida. Doña Soledad se dirige á casa de la duquesa X ó de la marquesa I, espía el momento en que cualquiera de ellas sale á la calle, la ataja el paso, y con lacrimoso acento la refiere por vigésima vez la historia de sus infortunios.. Alguna de estas narraciones suele diferir bastante de la del dia anterior, y todas ellas están mucho mas lejos de la verdad. Pero la señora aristocrática se enternece, ostensiblemente por lo menos, y abre el porta-monedas para cerrar la boca de la peticionaria.

Esta derrama algunas lágrimas, despues de examinar la moneda que ha recibido, y desaparece. Se dirige á un establecimiento de comidas, almuerza y sale ya mas consolada en busca de otra *prima* ó *primo*.

No pierde el sermoncito ni la novena, ni deja de comprar alguna friolera para tomar un bocadillo en las altas horas de la noche; porque el mucho llorar debilita, y la pobre señora llora cada dia mas que el resto de los mortales en un año, con las medidas gubernativas.

Come en la fonda; los mozos la conocen, así como todos los detalles de su historia: lo que no han conocido núnca ha sido su generosidad. Asegúrase que algunas veces no come sola; pero esto lo dicen por vengarse de la ruindad de la pobre señora.

Lo que es indudable es que toma café en el de San Luis con un ciudadano contemporáneo de su difunto Celestino, y que salen uno detrás del otro, por no dar que decir á las gentes, y que suelen permitirse el esceso de asistir al teatro; pero siempre con la mayor prudencia y cautela, en la localidad mas oscurita; y se sientan tan juntos, sin duda para no parecer mas que una sola persona, que, segun dicen los acomodadores, no necesitaban ocupar mas que dos medias entradas.

La señora que viene á menos suele casarse en segundas nupcias, pero este es un *casus belli*, y semejante vulgaridad es indigna de la clase. Algunas veces la señora pretende alguna viudedad, otras consigue un estanco; esto consiste en que se halla bien relacionada, ó logra ponerse en contacto con algun personaje.

Las menos afortunadas no aspiran á tanto y se contentan con los buenos oficios de la gente filantrópica.

No faltan algunas que siguen la honrosa carrera de patronas, pero siempre en la esfera mas humilde. Ellas y solo ellas son las que se atreven á pedir pupilos «á seis reales con principio y postre.» Ellas las que, con el mayor desinterés posible, anuncian en *La Correspondencia de España*, eco imparcial de la opinion, de la pren-

sa y de las patronas, las gangas mas positivas, que aparecen en la cuarta plana del diario noticiero, á escepcion de las líneas consagradas al aceite de higado de bacalao, revalenta arábiga y sastrería póstuma de la Funebridad.

Verbi-gracia y vamos al decir: «Una señora viuda cede habitacion y cama, con asistencia ó sin ella, para un caballero ó dos. Se advierte que no es casa de huéspedes.» Y no está demás la advertencia, porque á primera vista cualquiera creerlo que no es.

Otras veces se lee: «Una señora sola, condicion *sine qua non*, desea salir de Madrid *afuera*, con un caballero sin hijos. Tendrá quien la abone.»

Alguna establece una almoneda perpétua de muebles, y hasta se dan casos de señoras que vienen á menos que se ganan la subsistencia con el nobilísimo arte de echar las cartas. Son hormiguitas que no se dejan morir como las mujeres vulgares.

Estas sucumben en la oscuridad y la miseria ó consagran sus cariñosos desvelos al hijo de sus entrañas, al esposo querido ó al venerable padre. La viudez ó la orfandad las deja sumidas en el desconsuelo. Estas dignísimas esposas, hijas, amantes ó heróicas señoras, no caben dentro del tipo de la señora que viene á menos. Ellas están unidas á la humanidad por las virtudes y el sentimiento. La señora Seledad es el *águila caudal* de que hablaba Quevedo, que no está asida sino á los escudos de sus semejantes hasta cierto punto.

La señora que viene á menos solamente tie-

ne un punto de contacto con el mundo, ó para hablar con mas propiedad, un apunte, un ciudadano que vive, como ella, de su industria, y que no naufraga tampoco muy fácilmente en el océano social.

Su modo de vivir es *muy oriental, pero poco civilizado*, como dice aquel personaje de una zarzuela: consiste todo el artificio en ofrecer, por medio de anuncios, colocaciones, mediante alguna fianza ó dinero para alguna empresa, ó descubrimientos especiales para cualquier uso, pidiendo á cada individuo que cometa la inocentada de creer en semejantes gollerías, cuatro ó cinco sellos de correos para dirigir la contestacion al que hace la pregunta. Inocentada es tambien decir á ustedes que la fianza suele desaparecer por el mismo conducto que los sellos, y que el amigo de la señora que viene á menos tiene la modestia de no dar su nombre para tan ingeniosas negociaciones.

Tal para cual: doña Soledad y su amigo viven á costa del pais y menosprecian las murmuraciones. La señora que viene á menos vive para sí y el caballero hace lo propio; forman una asociacion esplotadora y ninguno de los sócios quiere ofender al otro haciéndole partícipe de ganancias á que no ha contribuido.

Cuando llega el dia de la ruptura y la razon social desaparece, se acusan las cuarenta y se ponen como nuevos recíprocamente ambos consocios.

Cuando la señora, á fuerza de venir á menos, viene á enfermar y á morirse, solamente puede contar con el hospital y el *hoyo grande*. Entonces

comprende su verdadera soledad, pero ya es tarde. Es una planta parásita, cuando menos, cuya conservacion á nadie interesa: la sociedad nada le debe sino disgustos alguna vez, y no se preocupa de la suerte de la pobre buscona.

No hay quien vele por ella; no deja en la tierra quien la llore. Si alguno recuerda su nombre, será para escarnecerla, quizás para difamarla; y hasta sus estudiadas quejas, sus cómicos suspiros y forzadas lágrimas se recordarán por alguno de sus amigos para hacer reir á los que le escuchen.

La señora que habia venido á menos ha muerto. Tranquilícense ustedes, que tambien muere aquí este artículo.

Me parece que me porto como caballero; no puedo hacer mas que matar á la protagonista de mi obra, para quitar á ustedes de encima esa plaga social.

EL AGENTE

DE NEGOCIOS JUDICIALES.

EL AGENTE

DE NEGOCIOS JUDICIALES.

Especie de autómata eléctrico, hombre-velocípedo, cuya actividad es inconmensurable y cuya verdadera mision parece ser la de enredar á sus semejantes en pleitos y juicios y causas, no por el goce perjudicial de enredarlos, sino con la intencion laudable de buscar su propia subsistencia.

Se levanta poco despues de amanecer, se viste modestamente, se desayuna ó no se desayuna, que en esto no están conformes los autores, y se lanza á la calle, con los bolsillos hinchados de papeles, notas ó documentos y una cartera que aun le vendria grande á un ministro de Fomento.

Lengua en ristre, porque es necesario advertir que en esta raza semi-curial la lengua es la única rival que conocen sus pies; una y otros están dotados de una elasticidad asombrosa.

La naturaleza es previsora: en esto consiste que nuestros actores dramáticos, casi generalmente hablando, estudien tanto y adquieran tantos conocimientos en historia, en psicologia y filosofía, y sobre todo en estética; como que tienen que disfrazarse de hombres de ciencia, y de artistas y de filósofos, y de avaros y de amantes, y fingir tantos otros tipos y caractéres. Hay una voz secreta que les dice: «Estudia, actor, estudia.» Se dan algunos casos, muchos casos, de que el actor responde: «No quiero,» pero la sábia naturaleza suple entonces la ignorancia del actor con una superabundancia de dotes y condiciones; y hay alguno, y aun algunos, que hasta cantan cuando *dicen*: de aquí viene el que la malicia diga que la declamacion actual es el canto llano que se entona por el arte.

Pues así como el actor dice bien, y sabe sentir con ciertas restricciones, y tiene el instinto de la ciencia, porque lo necesita; así el aprendiz de curial, ó retoño del patio de la Audiencia, ó, si se quiere, *agente oficioso en asuntos judiciales*, tiene lengua y pies á cual mas espeditos; porque es condicion indispensable para el oficio ó carrera, ó arte liberal ó manufacturera, ó cargo *ú* empleo.

Una vez en la calle, corre las siete partidas, hablando en sentido figurado; porque él es demasiado modesto para presumir siquiera la existencia de las Siete Partidas, y no tiene noticia de otras que las que se levantaban antiguamente en Sierra-Morena, para molestar á los viajeros.

Si pudiéramos examinar los apuntes de su libro de memorias, las notas manuscritas que

abundan en las hojas de su grandiosa cartera, encontraríamos, de seguro, geroglíficos como los que siguen, tomados del natural.

«Tia de los tres duros—(hoy 20 reales.)»

Esta disminucion del valor de la moneda es subversiva y trastornadora, y por otra parte, una señora que es tia de tres duros, no tiene malos sobrinos.

Otro apunte:

«Cinco duros Pintor silbestre y devolverle un páj.º»

Un pintor silvestre es un pintor desconocido, y siquiera por eso, bien merece que se le tase en mas de cinco duros: la *ese* minúscula de Silvestre se halla compensada con la *be*, y en paz: y con respecto á devolver al pintor Silvestre un pájaro, como parece que indica la abreviatura, es una escentricidad que no se comprende, puesto que los pájaros no se empeñan hasta ahora, que yo sepa. Aunque ahora recuerdo que *pagaré* se escribe con jota en la ortografía de los *agentes de negocios judiciales*.

Pero si carece de ortografía, no crean ustedes que se duerme en las pajas: en cambio de lo que ignora, consideren ustedes lo que sabe. En una casa hay dos vecinas que por palabras mal sonantes, mútuamente dirigidas y refutadas con igual vehemencia, van á *juicio de injurias*. El agente acompaña á una de las guerreras en la imposibilidad de acompañar á las dos.

El sabe que al tendero de la esquina le debe algunos céntimos el maestro de escuela que vive enfrente, y se ofrece al primero para cobrar del segundo ó *ejecutarle*, palabra de las mas apro-

piadas y elocuentes que se aplican en asuntos de curia.

El agente oficioso tiene noticia de que dos amantes piensan en unirse ó juntarse á lo civil, y corre á ofrecer sus servicios al ciudadano *contragente* ó contrayente, aunque lo primero parezca mas filosófico.

Llega á sus oidos que un matrimonio quiere dejar de serlo, que es el caso contrario de querer dos personas de diferente sexo formar un grupo matrimonial: el activo intérprete de todas las voluntades, corre á casa de los *felices* y *tranquilos* esposos y se pone al lado del que mas promete, para servirle de hombre malo; porque, siguiendo á Serra, podremos llamarle de este modo y no hombre bueno.

Y no hay nada en su calle, ni sucede cosa en el barrio de que el laborioso agente no se aperciba y que no trate de esplotar en provecho propio, si el asunto se presta á juicios de conciliacion ó pleitos, y otras beneficiosas empresas.

¿Y qué creen ustedes que hace el filantrópico protector de gente que anda á la greña? Pues nada, es muy sencillo. Acompaña á una de las víctimas á un juicio, despues de haberla aconsejado que vaya al terreno legal y cite á la parte contraria, en vez de romperla la crisma que es procedimiento mucho mas breve, aunque no tan aconsejado por las personas prudentes. Una vez delante de su señoría el juez de paz, que algunas veces no suele ser muy pacífico, el hombre bueno habla en nombre de su protegido ó protegida; dice lo que sabe, que no es mucho: el que acompaña á la parte contraria dice lo mismo,

poco mas ó menos; les amonesta el juez, y salen todos á la calle tan conformes, como que casi siempre concluyen á bofetadas los amonestados, pero no sin haber satisfecho primeramente á sus respectivos hombres buenos por antonomasia, el importe de sus honorarios.

Si el agente oficioso-jurídico-industrial se dedica á cobrar cuentas incobrables ó difíciles, resulta que el acreedor pierde de la suma que le adeudan un tanto por ciento tan razonable como si hubiera perdido la suma; pero el agente no pierde el tiempo.

¿Qué es verle correr como un desesperado abismado en un gaban con trabillas en invierno, y en verano en una levita que fue negra? Aunque bueno es advertir que los mas humildes del gremio suelen cambiar las estaciones á juzgar por su trage.

Mirad al hombre–velocípedo á la carrera sudando la gota tan gorda, atravesar Madrid, dirigirse á la Audiencia, á las escribanías, y sin cesar un momento hasta las cuatro de la tarde, hora en que se retira á su casa á inscribir en su cartera los puntos de que debe ocuparse en el discurso de su vida al dia siguiente.

Cuando los negocios abundan, cuando *dan de sí*, como si dijéramos, toma un escribiente á su cargo, *ú* dos, y ellos son los que cargan con los papeles; porque cuantos mas papeles lleve un hombre de esta clase, mas lujo manifiesta y mas capacidad, y mas parroquia acude á valerse de sus buenos servicios.

Generalmente los agentes oficiosos judiciales son pequeñitos de cuerpo, delgados, ténues; un

hombre de cierto desarrollo material no podria competir con tanto ciudadanito; la gravedad que da la figura, repugna semejante actividad. Cada hombre sirve para un oficio, nace para él, á pesar de que contradicen esta regla muchos hombres que no sirven para nada.

¿A que no han conocido ustedes ningun cantante jorobado? Verdad es que esto tiene una razon fisiológico-acústica, segun me dijo un maestro de música á quien pregunté acerca de dicho asunto: la joroba es una especie de tornavoz que apaga los sonidos; esto es, que torna á esconderlos.

Sin embargo, este caso escepcional no destruye mi teoría. A un quinto alto y gordo no se le destina nunca á un batallon de cazadores. Pocos negros se dedicarán á la fabricacion del albayalde: con la elaboracion del azúcar siempre están á matar. Con respecto á los carboneros, todavía no se ha sabido á qué raza pertenecen, pero parece imposible que sean blancos.

Esto es tan indisputable como que muchos indivíduos llegan á identificarse con alguna cosa de su oficio: hay toreros que tienen cara de toro; gitanos que se parecen á sus cabalgaduras; músicos que tienen en sus rostros reminiscencias de las corcheas, ó semejanza en sus cuerpos con el contrabajo ó el oboe.

Ven ustedes en la calle un hombre chiquitin, escuálido, que vuela mas que corre, de trage oscuro y oscura apariencia, con un legajo de papeles voluminoso debajo del brazo, y desde luego pueden asegurar que es un aprendiz de agente de curial, ó un agente oficioso de pleitos, jui-

cios, divorcios ó casamientos. Si es un muchacho de pocos años, pertenece á los primeros; si es hombre de treinta años en adelante, es indudablemente nuestro tipo, el hombre-velocípedo, ese autómata eléctrico, que va en busca del deudor, del amante dispuesto al sacrificio, del marido harto, de la vendedora desgreñada por su vecina, ó de la vecina que desgreñó á la vendedora.

Para él todo es negocio, mientras haya juicios de conciliacion y sea necesario acudir á los trámites legales. Es la legalidad andando, ó mejor dicho, la legalidad corriendo.

LA CARIDAD.

LA CARIDAD.

No hay nada mas modesto que la caridad verdadera; nadie mas humilde y temeroso que el ángel que desciende desde el trono del Señor á repartir los dones de la caridad en la casa del pobre, en el lecho del hospital, donde sufre el necesitado, sobre la cuna del expósito, en derredor de la sepultura de un mendigo.

Y es modesta, es humilde y es temerosa, porque sabe que la virtud y la beneficencia que practica, y los consuelos y bienes que reparte, no son suyos, no son propios; los debe á Dios, y á él pertenecen y á los pobres que los han menester.

Son de Dios, son de todos los hombres, á quienes el Supremo Señor hace donacion graciosa para que en el bien los empleen.

No olvidaré nunca una historia que llegó á mi noticia, historia tan verdadera, como que conozco á los personajes que en ella figuraron.

Vivia en Madrid una familia compuesta de un

matrimonio y tres hijos de corta edad. El jefe de la familia era un honrado ciudadano y un genio artístico. Nacido en una de las capitales andaluzas y ganoso de probar las fuerzas de su inteligencia en Madrid, constante mercado del arte—hablo relativamente á las restantes provincias—y de tomar parte en las luchas artísticas de este palenque, siempre abierto, se trasladó á la córte con su mujer é hijos, habiendo tenido que enajenar para ello todos los muebles de su casa, y, lo que fue peor, algunos cuadros pintados por él; todo vendido como por el que necesita, y comprado como suelen algunos que compran sus últimos restos á la necesidad.

Sin mas medios que sus pinceles, ni mas fundamento que la confianza que inspira el genio, llegó el artista á Madrid.

Cuántos y cuáles fueron sus esfuerzos para conseguir instalarse en la capital de España, no hay para qué decirlo.

Luchó con el infortunio; luchó con la indiferente frivolidad de unos, con el mal gusto de otros, con la pedantería de algunos de sus conciudadanos, desvanecidos al verse en posiciones improvisadas que muchos de ellos no merecian, y luchó, por fin, con su oscuridad, el mas terrible de todos los obstáculos, el mas insuperable, el peor enemigo, principalmente para el artista que vive para el mundo y del reconocimiento y del *visto bueno* de ese mundo mismo.

Luchó heróicamente, menospreció la necia vanidad de unos, la estóica indiferencia de otros; pintó y esperó confiado en la justicia de ese tribunal, á la par sabio é ignorante, inspirado y

pensador, ora pueril y despreocupado, que se llama público.

Sin embargo, la lucha era desigual, y á cada momento eran necesarios mayores esfuerzos y nuevos bríos, para no entregarse, rendido por la fatiga material y el desaliento, á esa terrible pereza de la inteligencia, que concluye en padecimiento físico, á cuyo fin se halla la muerte.

Los enemigos eran muchos; uno sobre todos, mas potente, mas altivo que los demás: la oscuridad, el ostracismo, mas insoportable que todos los sinsabores, enemigo mortal que aparece pasivo y dispone contra el infeliz de todas las contrariedades.

El calvario del artista es solamente comparable al del escritor; pero sin llegar á ser tan terrible como éste, dicho sea en honra de la verdad. A veces se muestra algo mas despejado el horizonte del porvenir: pensamientos de felicidad parecen reanimar al infeliz que lucha, como si Dios le dijese al oido:

—¡Anda y confia! ¡Tú llegarás!

¡Qué imenso consuelo produce la fe!

Nuestro artista, cumpliendo los decretos providenciales, trabajaba, no entregándose al descanso hasta que la luz del dia le faltaba.

Pero ¡qué descanso tan trabajoso! El descanso del que ha de pensar en el sustento de su familia al dia siguiente; el descanso del desdichado mortal que consagra su vida *á la caza de la fiera terrible que llaman duro*, valiéndome de las palabras de un eminente cazador de esa fiera, Henri Murger, ó perseguidor por lo menos, que

entre una cosa y otra media una distancia inconmensurable.

El porvenir parecia aclararse para el artista; algunas, entre sus obras, habian escitado la curiosidad primeramente, el interés más tarde, y por último la admiracion de algun inteligente, no del oficio; que, como dice el refran, no hay peor cuña que la de la misma madera.

Un dia entró una señora en un establecimiento de la Carrera de San Jerónimo donde se hallaba espuesto un cuadro del artista.

Se fijó en el trabajo y le agradaron sus condiciones.

—¡Bonito boceto!—dijo.

—Bien podia usted adquirirle, señora condesa.

—¿Piden mucho?

—Dos mil reales pedia hace mes y medio su autor, pero ahora estoy seguro de que le vende en la mitad.

Esas palabras del comerciante escitaron la curiosidad de la condesa.

—Y todavía me atrevo á darle en ochocientos añadió el charlatan. Menos de ochocientos no es posible, porque ya nos debe á nosotros el pintor quinientos, y algo hemos de ganar.

—¿Está mal ese artista?—preguntó la llamada condesa con creciente interés.

—Es un perdido, un muchacho sevillano, malagueño ó granadino, ó ¿qué sé yo? Ello es que, segun dice él, ha nacido en Andalucía y ha venido á Madrid á probar fortuna. Pero aquí nadie le hace caso. ¡Digo! ya ve usted si en Madrid hay pocos pintores y de todo cuanto se necesite.

—Me quedo con el cuadro—dijo la señora.

Y sacando del portamonedas hasta cuarenta duros en oro, los entregó al comerciante, así como dos ó tres duros mas que importaron las compras que hizo.

—Mándele usted á casa, y déme las señas de la casa del pintor.

—No puedo complacer á usted.

—¿Cómo es eso?

—Ese demonio creo que no tiene casa ni hogar. ¡Sí, sí, buen sujeto está!

—¿Pero no tiene familia?

—El dice que está casado; pero ¡cá! ¡Sí, cara de casado tiene el mozo! Nosotros le hemos conocido porque un dia se nos presentó pidiéndonos permiso para colocar un cuadro en el escaparate, á ver si lo vendia. Luego vino á pedirnos dinero. ¡Es claro! Esos artistas acaban por donde empiezan, y empiezan siempre por pedir dinero.

—Me parece que es usted harto injusto—dijo la condesa, poniendo término á la conversacion.

Pocos dias despues esta señora supo, por conducto del comerciante consabido, que, segun noticias que habia recibido, el pobre artista se hallaba postrado en cama con un padecimiento grave, y que vivia calle de..., núm..., cuarto bohardilla, en la mayor miseria y en union de una esposa y tres niños de corta edad.

A la mañana siguiente, una señora humildemente vestida llamaba á la puerta de la bohardilla núm..., calle de..., núm...,

—¿El señor don...?

—Aquí vive—respondió un hermoso niño

como de seis años, en cuyo rostro veíanse á un tiempo los indelebles rasgos de una inteligencia precoz y las huellas, pasajeras en esa edad, de un sufrimiento impropio de la felicidad y la alegría que resplandecen en la infancia.

Al lado de aquel niño se veian otros dos, cuya estatura respectiva formaba, con la de su hermano mayor, una verdadera progresion geométrica.

—Por aquí, por aquí,—dijeron todos, mirando á la señora con mucha curiosidad, y precediéndola, despues de abrir la puerta, en direccion de la alcoba de su padre.

La señora acariciaba conmovida la cabeza de aquellos tres ángeles.

—¿Quién es?—preguntó la hermosa jóven madre de los niños, que salia al encuentro de la condesa, pues ella era la que habia llamado.

—No se altere usted, señora; vengo á encargar á su esposo un retrato, y para ello traigo la fotografía de la persona...

—Señora,—murmuró la jóven, cuya belleza tomaba mas realce con el dolor que en ella se descubria, y de que eran buenos testimonios las lágrimas que humedecian sus ojos;—eso es imposible por ahora.

—¡Imposible!

—Sí, imposible; X., mi esposo, se halla gravemente enfermo.

—¿Gravemente?

—Tan grave, señora—repitió conteniendo el llanto á duras penas la esposa del artista—que temo por su vida.

—Y el médico ¿qué ha dicho?—preguntó

con intencion y vivísimo interés la condesa.

—El médico...—balbuceó la jóven—el médico...

—¡Qué! ¿no ha venido acaso?—interrogó la dama.

—No, señora,—respondió la afligida esposa bajando la vista.

—¡Ah! pues es preciso que venga en seguida. No tema usted, hija mia, ni disgusten á usted estas libertades que me tomo. Aprecio mucho y desinteresadamente á su esposo por su genio artístico, y mas que nada, por su desgracia.

—¡Ah, es inmensa!

—Bien, bien; en estos momentos, lo que hay que pensar es en él y en usted y en estos pobres niños. Despues que le hayamos salvado, yo daré á usted cuantas esplicaciones quiera. Desde ahora juro á usted que su esposo no me conoce siquiera, y esto, aunque me ofenda á mí misma, lo digo para su tranquilidad, hija mia. Conque, vamos; ¿no tiene usted á quien mandar en busca del médico?

—No, señora; pero iré yo misma, y... ¿qué le digo?

—No, no, de ningun modo; irá el portero de la casa.

—No querrá—objetó con timidez la jóven.

—Sí querrá. No es usted quien le manda, y...

La condesa es una mujer discretísima, de esas que todo lo preven, que todo lo adivinan en la vida práctica, y que al mismo tiempo procuran siempre evitar á sus semejantes la molestia y el rubor de confesarla sus penas. Las presiente y las consuela.

La jóven esposa hizo llamar al cancerbero de la casa por medio de uno de los niños.

La condesa habló con él, y sucedió lo que habia pronosticado; que el feroz leon salió como un gamo á cumplir lo que se le ordenaba.

No era que la condesa hubiese dicho su nombre, que en tales casos oculta siempre; era que el honrado guardian del edificio tenia buen olfato.

—Esta es, por lo menos—decia saliendo del portal y despues de haberle referido cuanto sospechaba á su mujer la portera—una señora de la Junta de ellas, ó... Estos pícaros artistas, cuanto mas perdidos se encuentran, viven mejor.....

A los pocos momentos el medico llegó, precedido del portero.

La condesa le saludó, y el doctor se dirigió al lecho del enfermo.

Su situacion era grave; pero, merced á los auxilios de la ciencia y á los buenos cuidados de la enfermera, que fue su esposa, pudo vencerse el mal, y X se halló bueno, y aunque convaleciente, dispuesto á trabajar de nuevo.

Entonces le asombraron las reformas ó innovaciones que encontró en el mobiliario y decorado de la casa; incluso su lecho y el de sus hijos, todo era nuevo y de buen gusto, aunque modesto.

La esposa refirió á X. cuanto habia ocurrido; la proteccion que aquella humilde señora les habia dispensado.

—Pero ¿dónde está? ¿dónde vive? ¿quién es? preguntaba como un loco.

Todo fue inútil. La condesa tuvo buen cuidado de ocultar su nombre y de no volver á parecer por casa del artista en cuanto éste estuvo fuera de peligro.

. . . .

Años despues X. ha logrado un digno puesto en el templo del arte, siendo hoy uno de los artistas mas queridos y mimados de nuestra sociedad.

La fortuna le sonrie; pero en medio de ella no ha olvidado á la incógnita dama que le tendió una mano generosa cuando se encontraba enfermo y en la mayor miseria. Ha tratado mil veces de inquirir algo de aquel ángel de caridad que llamó á la puerta de su casa en momentos tan críticos, pero nada ha conseguido.

Yo, sin embargo, los he visto algunas veces en paseo, en el teatro, ella tan hermosa, tan discreta, tan elegante como siempre: él ya es otro hombre.

¡Qué torpe es la humanidad!

A X. no le ha ocurrido nunca que aquella mujer tan distinguida que pasa á su lado, ó concurre al mismo teatro que él, es la misma que hace años busca con tanto afan por Madrid.

¡Qué bien entendida es esa caridad!

¡Qué feliz será! me he dicho yo mil veces contemplando á un tiempo mismo la belleza del rostro y la belleza del alma de la ilustre condesa.

Impasible, tranquila y feliz, va estendiendo el bien por donde pasa, sin pensar en el que hizo, y preocupada, si acaso, con el que va á hacer.

¡Qué diferencia entre esta caridad y la que por sátira llamamos *bien ordenada*, porque empieza por uno mismo, debiendo concluir, como pensará la condesa, en uno, despues de haber hecho felices á los demás!

EL BUSQUILLO.

EL BUSQUILLO.

Nadie le conoce en su orígen; es un advenedizo; ni el *Diccionario de la Academia Española* se ocupa de semejante sér para definirle á su manera, tal vez por no hacerle mas desconocido, en cuyo caso el Busquillo debe apreciar como un inestimable favor el silencio de aquellos sabios académicos.

Nosotros le conocemos y le tratamos, hasta donde pueden tratarse y entenderse los hombres y los perros, hablando sin intento de agraviar á éstos, y le estimamos por sus raras prendas y singulares condiciones.

El Busquillo es el perro mas ingenioso de su especie, el mas apto para las travesuras, el mas cortés, el mas favorecido por la naturaleza, si no físicamente, en su parte intelectual, y perdonen nuestros lectores esta licencia.

Nace en España, circunstancia que forzosamente ha de ensalzarle á nuestros ojos; es un perro compatriota de tantos otros cuyo catálogo

fuera molesto enumerar; participa de algunas de nuestras debilidades de carácter y posee parte de nuestra tenacidad.

Impregnado de esta atmósfera, que parece escitar el sistema nervioso del inglés mas flemático y dar vida al aleman mas muerto, el Busquillo es alegre, jugueton, ligero, modesto, atrevido y amable.

Algunas de estas circustancias son antagónicas á primera vista; pero conociendo nuestro modo de ser, se comprende la coexistencia de ellas y de otras muchas mas en nuestro carácter, verdadera escepcion del carácter europeo.

El Busquillo, á mas de español, es bohemio, y participa de todas las brillantes cualidades de la clase; anda mal de ropa y tiene aspiraciones á mejorar su posición social, sin que pueda concretar *á priori* el medio de que ha de valerse para conseguirlo.

La mayoría de los perros le parece indigna de alternar con él. Los mira casi con lástima, aunque lleven mejores prendas ó tengan mejor pelo, porque los juzga en su natural altaneria como perros vulgares, sin mas porvenir que el de la limosna con que sus amos respectivos los mantienen. Existencia afrentosa para quien, como el Busquillo, tiene constantemente abierto el ancho campo de una posicion ó de varias posiciones sociales.

Los primeros meses del Busquillo son azarosos ordinariamente; su educacion, algo descuidada; su alimentacion, mucho mas; las asociaciones protectoras de animales no han estendido suficientemente sus poderosas y paternales rami-

ficaciones, sobre todo en España, y el perro huérfano ó la perra viuda no encuentran un asilo ni un asociado que los lleve á su casa y les costee siquiera un *beesfteack* diario, modesto límite para las aspiraciones de cualquier can vagabundo y desarrapado.

El Busquillo, por su posicion social, ó mejor dicho, por su carencia de posicion social definida, pertenece al cuarto estado, á la clase desheredada hasta cierto punto; á la última capa... es decir, al último pelo social, que lo de la capa supone un lujo incompatible con la clase, y se queda para los enfermizos galgos y perros de menos robustez que nuestro protagonista.

Posee el Busquillo, entre otras raras prendas, la de una ductilidad á toda prueba. Comprende su situacion y no repara en medios para salir de ella; por esto es, merced á su afabilidad, el perro de confianza de las familias, el amigo de los niños corregido y aumentado, el juguete de la señora de la casa, á cuyos pies duerme la siesta, y el confidente del gato acartonado que cumple en el hogar con la cruel mision de asesinar á impotentes ratones.

En las grandes apreturas, el Busquillo, aprovechándose de su pequeñez, escapa fácilmente de los pies de los agrupados, y con verdadero interés acude lo mismo á ver las caras de los devotos que asisten á la funcion religiosa, que á oir las combinaciones políticas de los parroquianos de Fornos ó la Iberia, cuando el tiempo lo permite, ó los mozos de café, enemigos naturales de los perros, como del oficio; y asi contempla la angelical fisonomía de la niña que juega en el Pra-

do ó en Recoletos, como va á examinar la siniestra figura del verdugo y el lívido rostro del reo que se sienta en el banquillo y que tal vez fue su amo.

Ladra lo que le parece malo; solicita con notas suaves y espresivas lo que le parece bueno, y en sus ojos se lee constantemente un poema de sensibilidad esquisita.

El Busquillo, considerado bajo el punto de vista de sus condiciones como cazador, es una verdadera alhaja para el hombre; ágil como el galgo, le aventaja en la carrera, y es mas fuerte que él y mas sóbrio y morigerado, permítasenos esta palabra; *pára* como el pachon, y cuando el cazador no llega á tiempo, *late* la pieza como el podenco, siendo asimismo superior á las referidas castas en su perspicacia y en su esquisito y finísimo olfato.

¡Qué es ver correr al Busquillo cuando se presenta la pieza, y espantada se lanza á la carrera; cómo la persigue; cómo multiplica sus fuerzas y su agilidad, y con qué entusiasmo se apodera de ella, ó con cuán inconsolable desesperacion ve que se escapa de sus dientes!

Como guardian de la caza no hay perro que se le parezca; es el fiel servidor inteligente y probo, incapaz de tomar sino lo que le indican sus dueños.

Infatigable en el ejercicio de tan nobles funciones, parece enorgullecerse de la mision que se le confia, y procura esmerarse en el cumplimiento de ella. En mas de una ocasion advierte al cazador novel los deberes de su ocupacion, corriéndole las piezas de modo que á poco esfuerzo

consiga aprovechar sus municiones, quedando airoso.

El Busquillo cuenta en su gremio á todos los perros vagabundos, perseguidos por el veneno municipal; la mayor parte de los casos de hidrofobia que refiere la historia han ocurrido en individuos de su familia, familia inmensa que llena la haz de la tierra española.

Para el referido perro no hay misterios en la cocina, ni en la tienda de comestibles, ni en la carnecería, ni en las plazas de los mercados; y si algo queda secreto, seguramente es contra la voluntad y buen deseo del Busquillo, y á las veces contra su lomo, de lo cual suele presentar algunas pruebas inequívocas.

El Busquillo veterano es el padre de familia, el jefe de una tribu de perros vagabundos, todos de su misma variedad, á los cuales ilustra con sus consejos y fortalece con su ejemplo. En cuanto el ayuntamiento dispone la muerte *preventiva* de todo perro desacomodado y falto de recursos, por consiguiente, para procurarse el indispensable bozal, reune á sus protegidos, ó subordinados, ó menores, y sin decirles un *ladrido*, se dirige con ellos á las afueras de la poblacion.

Libre ya de toda investigacion enojosa, fuera del radio de los rigores municipales, habiendo perdido de vista á los hombres del tabardo y la morcilla de beneficencia, se detiene el Busquillo y sus discípulos le rodean.

Entonces habla, ó ladra una conferencia sobre la vida y medios de procurar su conservacion.

¡Cuánta elocuencia! ¡Qué conocimiento del

corazon humano, y del corazon del concejal, y de la inteligencia del guardia del Municipio, y de la caridad pública! ¡Cuántos problemas sociales y económicos resueltos con tanta facilidad, con tan clara percepcion, que escitaria la envidia del ministro de Hacienda mas concienzudo!

La verdad es que el Busquillo resuelve un problema, por lo menos, cada dia; problema terrible, que la inmensa mayoría de los hombres de la clase equivalente á la de nuestro perro no lograrian resolver con igual sencillez y acierto.

Las noches de peligro de intoxicacion, las pasan las familias ó agrupaciones del Busquillo en el campo; al amanecer vuelven á la poblacion y se esparcen por las calles y plazuelas, despidiéndose préviamente para la eternidad; y...

«Allá van los perros:
¿Quién sabe do van?»

Corren, se detienen, olfatean, examinan las condiciones higiénicas de todos los establecimientos donde se despachan artículos de comer; contemplan con envidia á los hombres, porque, teniendo mas elevacion de estatura, aunque no de miras, pueden dominar las situaciones y alcanzar los mas altos puestos donde se guardan los manjares, en tanto que el Busquillo, que llega con la vista á donde el sol llega, no pierde la ocasion de encontrarse algun pernil, ó besugo, ó pan francés, antes de perderlos sus respectivos dueños, y aprovechando su escesiva confianza.

—El hombre es tan malo—me decia en cierta ocasion un perro muy mi amigo—que desconfia de sus semejantes primero que de los individuos

de otra especie; por eso es mas fácil á un perro hurtar una pierna de carnero, que á un hombre hambriento incautarse de un panecillo.

El Busquillo es el vividor de la clase de perros; semejante al hombre que, sin reparar en medios, va abriéndose paso á través de la sociedad hasta conseguir un puesto seguro mas ó menos elevado; que asi se asocia á una especulacion industrial, como establece un depósito de géneros con capital ajeno, ó funda una sociedad de crédito, ó toma una credencial, ó se hace empresario de teatros, el can privilegiado no necesita que le den, sino que le pongan delante los objetos que le hacen falta.

Cuando el Busquillo se dedica á la carrera diplomática, esto es, cuando se lanza por la senda aristocrática y consigue una colocacion ventajosa, de representante de su raza, cerca de una señora sensible, cariñosa para los animales, sin hijos, sola ó con un marido mas feo que el perro y mas incómodo que una jauría, el susodicho can vive satisfecho, pero sin perder de vista su objetivo; el de medrar, teniendo en cuenta los sacrificios que exige la conservacion de la comida segura y del hogar y de las caricias de la humanidad, mucho mas veleidosa que la clase de perros.

Multiplica sus caricias, goza cuando goza su ama, rie con ella y con ella llora cuando la aflige algun suceso desgraciado; el Busquillo está considerado como un miembro de la familia; para él no hay secretos, ni misterios, salvo los que son tambien para su señora, que son los actos extra-oficiales de su marido.

Fuera de esto nada se oculta al Busquillo. Un perro de presa ó un perro de Terranova no caben, por sus escesivas dimensiones y groseros modales ó exagerada delicadeza, para vivir en los salones. Semejantes á la mayoría de los hombres agigantados, tienen menos desarrollo intelectual cuanto mas desarrollo físico; aumenta el uno en perjuicio del otro. Los perros grandes cometen una indiscrecion por minuto.

El Busquillo entra y sale sin que tenga nadie que reprocharle la mas mínima inconveniencia; no atropella un velador sobre el que descansa un juego de café, ni mancha la alfombra, ni da un paso que no sea comedido.

De cuando en cuando la nacarada mano de la señora acaricia dulcemente la cabeza del Busquillo, que paga *con suaves discursos de su lengua* el afecto de su ama.

En aquel momento se apodera de sus secretos; que los de la mujer se infiltran por los poros en esos momentos de espansion. El Busquillo es su amigo, su confidente; á solas con él, piensa en sus amores, da rienda suelta á sus sentimientos y se escapan de sus purpurinos labios frases que constituyen todo un poema de amor ó de celos, de felicidad ó de tristeza, de esperanza ó de impaciencia, segun el estado de su ánimo y su estado social.

Si la mujer es casada, habla con el perro *perrerías* de su marido, segura de que él no ha de contárselo á nadie; si es soltera... ¡Ah! si es soltera... ¡qué feliz es consultando con el Busquillo sus dudas amorosas! Si es viuda... ¡Ah!... ¡Oh!... ¡Uh!... ¡cómo se desahoga con aquel

compañero fiel y mudo, testigo de sus alegrías y de sus privaciones.

La de Busquillo de viuda es una plaza que entre los hombres no tiene mas equivalente que la de canónigo, salva sea la comparacion.

Uno de los indicados chuchos me dió el encargo de relatar la vida y hechos de su ama, y á pesar de la curiosidad que despertó en mí con la referencia mímica de los primeros capítulos, no tuve valor para continuarla, porque me conmovia.

¡Qué cosas descubria del difunto! ¡Qué manera de humillar al marido para no despertar celos en el Busquillo!

Si en alguna ocasion me siento con fuerzas para trascribir aquellas páginas, cuenten ustedes con ellas.

SEBÁA... FRIA.

SEBÁA... FRIA.

—

Alegrarse, muchachos, que ya ha venido el verano; y aun cuando no se sabe por qué puerta entró, como los Reyes Magos, el verano se halla entre nosotros tan campechano, y tan ardiente defensor de los derechos solares como lo fue hace un año. No le detuvieron ni los pronósticos del astronómo Castillo ni las quejas de los pobres que se queman al verle con su habitual calma. Y con el verano vienen todas las consabidas y *picantes* felicidades, de cuyo nombre no quiero acordarme. Pero tambien con el verano viene el horchatero ambulante y las horchateras fijas.

¡El horchatero! Ese bienhechor de la humanidad, que recorre las calles ofreciendo su antídoto contra el calor, que no es bastante fuerte para hacerle sudar, ni para obligarle á beberse su mercancía.

¡Las horchateras! Esas chicas, cuya historia suele dejar al hombre mas helado que la hor-

chata de chufas; esas alegres muchachas, exuberantes de vida y de calor, que tocan, sin embargo, el vaso que contiene el refresco, y hacen el efecto de una mezcla *frigorífica*: que suministran un vaso de cebada (líquida se entiende) con la misma facilidad que un *chico* mezclado, con la mayor frescura.

Pero dejémonos de horchateras y vamos á nuestro tipo.

El horchatero ó vendedor ambulante de horchata y agua de *sebáa... fria*, es un hombre, aunque parece un espíritu mas ó menos puro. Para ser horchatero es condicion precisa haber nacido en Valencia. Un *ché* que no es *ché*, ni es horchatero ni tiene derecho á serlo. No sé qué especie de analogía hay entre la chufa y el valenciano (entiéndase chufero ú horchatero), pero existe alguna. La chufa necesita para su germinacion y desarrollo el calor de Valencia, que aseguro al que no lo haya esperimentado que es un soberbio calor. El comercio de la chufa es muy importante; como que su principal aplicacion es la de la horchata, de cuyo tráfico se hacen las horchaterías y las horchateras y el horchatero ambulante. Segun los cálculos mas autorizados, con perdon de los hermanos Bona, en cada año produce Valencia de 5 á 6.000.000.000.000.000 de cotufas ó chufas, próximamente, entre machos y hembras. Con respecto á la cebada, no tengo nada que decir, por no ofender el pudor de los aficionados. Todos conocemos la cebada, algunos mas de cerca que otros; quién la toma en líquido, quién en rama.

Apuntados los anteriores datos estadísticos,

pasaré al vendedor ambulante, al hombre caritativo que desde las primeras horas de la mañana y desde las segundas de la tarde ofrece un consuelo á los madrileños y madrileñas acalorados.

Es un ciudadano vestido tan á la ligera, que con poco mas iria desnudo.

Todo su vestuario le compone un pantalon de lienzo, una camisa, un par de alpargatas y un pañuelo atado á la cabeza, en una forma entre gorro turco y mitra de obispo de Cebú. Eso sí, podrá nuestro hombre no ir muy vestido, pero va bien cubierto. Un valenciano de pura raza, no se desprende del pañuelo con menos dificultad que un mahometano de su turbante. ¿Hay en el primero algo del segundo, ó en el segundo algo del primero? No he sabido jamás si los valencianos fueron antes que los moros, ó los moros antes que los valencianos; pero sí que tienen algunos puntos de contacto.

Advierto á los valencianos emancipados que me refiero á la gente de la Huerta.

El vendedor de agua de cebada aparece en las calles de Madrid con los primeros albores de la mañana. Suele hacer alto de cuando en cuando en los sitios mas importantes; suelta la cesta en que lleva los vasos y la garrafa guardadora del hielo del invierno; se permite fumar un cigarro y vuelve luego á su paseo.

Parece que tiene la mision de vagar. Recorre calles y mas calles, ofreciendo su mercancía. Pero solamente una parte del público madrileño admite el ofrecimiento. Los cabos segundos, los soldados *rasos*, y ustedes y ellos perdonen el modo de decir; las niñeras, las nodrizas, las vír-

genes á prueba, como decia Quevedo, y los aprendices de artes y oficios.

La voz del horchatero es una especie de campana de reloj; pero fijo, inmutable, como no hay reloj en el mundo. Pasa á las mismas horas por las mismas calles.

¡Qué recuerdos tan gratos unas veces, tan dolorosos otras, produce la voz del horchatero ó vendedor de cebada!

Aquel grito de *¡sebáa!... ¡fria!* seria intraducible para un francés.

—¿Quién es este hombre que *se vá?* se preguntaria el estranjero.—Y de vuelta á su patria, contaria en un libro:

«En España anuncian por las calles la salida de los personajes. ¡Pueblo bárbaro y atrasado!»

El *ché* ha seguido su carrera desde pequeñito, adquiriendo las primeras nociones en la libertad del campo, orillas del Túria.

Al llegar á Madrid no tiene mas que dos caminos que seguir, dos profesiones que abrazar: la de esterero ó la de vendedor de agua de cebada y horchata.

Entre estas dos vocaciones, como quien dice, entre las armas y las letras, opta por la que mas le agrada, aunque suele graduarse en las dos.

Previsor como nadie, ha conocido que en el invierno ninguno quiere mas fresco que el natural, y superior á los demás mortales que ejercen un solo oficio durante todas las estaciones, él posee dos: el de esterero en invierno, y el de horchatero en verano.

Pero este dualismo se queda, por lo regular, para los altos dignatarios de la horchatería. El

pobre, en todas las carreras, sirve de escalon al que no lo es, y nuestro tipo pasea las calles mediante un jornal que le da su amo de cuatro ó seis reales, comida y chaqueta limpia porque no la usa.

El horchatero ambulante es el cantor del verano con sus alegrías y sus felicidades. Es el ave (dicho sea con perdon) que anuncia la mañana, *trinando* algunas veces porque escasea la venta. Y sin embargo, á pesar de tanta poesía, pasa desapercibido como el último de los mortales. Cuando muere, no se acuerda la sociedad de colocar sobre la tumba del horchatero ni siquiera una corona de chufas.

¡Oh ingratitud de los pueblos!

LOS ZÁNGANOS.

LOS ZÁNGANOS.

Despues de pedir á Dios que nos libre de ellos, respetables lectores, voy á decir quiénes son los zánganos; y no necesitaré esforzarme mucho, porque son bastante conocidos, no teniendo que hacer mas que señalarlos con el dedo, para que ustedes digan:

—Conozco á don Fulano y á don Zutano, y tiene mucha razon el que escribe este artículo, porque, efectivamente, yo tengo calificados á esos señores de verdaderas calamidades en ejercicio.

Los zánganos tienen la forma del hombre, pero nada mas que la forma; que ya se distinguen en sus hechos del resto de la humanidad doliente.

Nacen en cualquiera parte, y aunque son de diversas procedencias, todos parecen de un mismo pueblo y de una misma familia, asi como los soldados parece que tienen la misma cara y que todos proceden de igual cepa.

Los zánganos son ricos y pobres, discretos ó tontos, buenos mozos ó mamarrachos, jóvenes ó viejos, honrados ó canallas.

Pero todos son igualmente inoportunos y rivalizan en la impertinencia que les distingue del resto de la familia humana.

Se estienden por todo el mundo, como la desgracia, y forman una inmensa red, en que aprisionan á los demás mortales.

No hay terreno en que no esté dignamente representada la clase de los zánganos. En la política como en la ciencia, en la literatura como en el arte, en el comercio como en la industria.

En religion, lo mismo que en el órden filosófico y en la vida práctica; en el bautizo, como en el funeral; en la apertura de la cátedra, como en la inauguracion de un café cantante; en el teatro, en la calle, en el hogar doméstico, en el cementerio, en todas partes bullen los zánganos.

Son como las sombras que se mueven unidas á los cuerpos, durante el dia, en presencia de la luz, y que, llegada la noche, en la oscuridad, se confunden con los cuerpos mismos.

Nadie disfruta el privilegio de verse libre de zánganos, y como ellos se empeñen, sus víctimas concluyen la existencia en la desesperacion, y á veces en el suicidio.

Desconozco la etimología de la palabra, pero sospecho que procede del árabe, y que zángano seria el nombre de algun santon, lo mismo que *¡Zape!* y *Zapateta*.

Pero sin abusar de mi *erudicion*, voy á decir á ustedes quién es el zángano, ó quiénes son los

zánganos, omitiendo por prudencia algunos de los de primera fila.

Los zánganos forman una inmensa mayoría de la especie humana, con la cual se mezclan sin confundirse, para realizar con impunidad los fines alevosos que se proponen.

El de primera clase, ese caballero que vive de sus rentas, sin ocuparse mas que de su trage y de los de sus prójimos; ese figurin que lleva el alza y baja de las modas con la misma escrupulosidad que el bolsista las cotizaciones del papel; ese individuo, para quien todas las mujeres son fáciles y todos los demás hombres unos infelices; incapaz del mal por su fortuna, y completamente insensible al bien, por su naturaleza, ese es el zángano en una de sus variedades.

El de segunda clase, es el zángano mas insoportable y mas perjudicial. Su mision es la misma, pero en el modo de realizarla abarca varios estremos. Tan fácilmente se encuentra en el terreno literario, como en los asuntos mas minuciosos de la vida. Es pobre y sabio, segun él cree.

El zángano de tercera no es sabio, aunque sí es pobre; y su principal cuidado consiste en vivir á costa de sus semejantes, con la mayor inocencia.

El zángano en política es el ministro que acude al consejo como pudiera asistir al entierro de alguno de sus compañeros. Todas las aspiraciones de semejantes zánganos están reducidas á oirse llamar excelentísimos y miembros del gobierno; á presentarse vestidos de papagayos en las grandes solemnidades y á ver sus nombres en letras de molde.

(*Nota.* Algunas veces darian algo por no verlos, pero no hay oficio sin quiebras.)

Zángano es el diputado monosilábico que se duerme en las sesiones, ocupando un escaño del Congreso lo mismo que si ocupara un puesto en el banco del veterinario de su pueblo.

Zángano es el crítico impertinente, para quien no hay obra admisible, ni escritores con talento, ni persona que tenga sentido comun, ni merezca que él la salude ó se ocupe de ella.

Zángano es el *escribidor* inconsciente que persigue á sus semejantes con dramas y coplas que le hacen mas ó menos digno de cadena perpétua; el pintor que en certámenes y esposiciones presenta sus obras á la burla de todos, y pinta paisajes con alcaparras por árboles y figuras retóricas por figuras humanas.

Zángano es el artífice que pasa las horas consagrado á la crísis ministerial y á las últimas disposiciones de la *Gaceta*, olvidando sus deberes por atender á lo que él llama sus derechos.

Zángano es el ateo que niega la fe porque acaba de encontrar un amigo que le ha negado dos pesetas.

Zángano es el padre que goza contemplando los inocentes atropellos que cometen sus hijos con el sombrero del vecino, y cree que á todos han de hacerle gracia aquellas infantiles brutalidades.

Zángano es el marido cuya mujer recibe visitas de primos, aprovechando la ausencia del esposo.

Son zánganos con opcion á chuparse el dedo los que poseen mujeres que hacen coplas.

Zángano es el amigo que se aparece á nosotros en todas partes; unas veces jovial y campechano, invitándonos á *dar un paseo* si llueve á cántaros, á entrar en un café si hace un calor de cuarenta grados; otras veces para enseñarnos un dedo repugnante, en el cual le ha salido un panadizo; otras, macilento y melodramático, para pedirnos un duro, y siempre, siempre, para turbar nuestro sosiego y contrariarnos completamente.

¿Van ustedes por la calle persiguiendo á una mujer? Pues á lo mejor se encontrarán con un zángano que les detenga para encender un cigarro, ó que quiera acompañarlos, ó que, valiéndose de la franqueza de la amistad, llegue por la espalda, y tape á ustedes los ojos con sus manazas que él solo sabrá qué contactos han esperimentado recientemente. Y es inútil que ustedes se quejen y procuren desasirse del zángano, porque él tendrá buen cuidado de seguirle los movimientos, para que continúe la ilusion y ustedes no recobren la vista tan pronto, porque la duracion del fenómeno aumenta la gracia del amigo y la ansiedad de la víctima. Cuando ustedes recobran la vista, ya ha desaparecido la mujer perseguida.

Estando en el teatro, interrumpe á ustedes un zángano con sus preguntas, ó agitando su cabeza, impide al que está detrás que vea durante cinco minutos una parte siquiera de la escena.

El que necesite pedir un favor á algun amigo, ya puede estar seguro de que le incomodará un zángano, por lo menos, que se interponga.

¿Aguardan ustedes una mala noticia? Nadie mejor que un zángano podrá traérsela.

¿Esperan alguna novedad favorable? Ya vendrá un zángano á comunicársela mala, despues de haber contribuido, quizá, á que lo bueno se convierta en malo y funesto.

El que tenga jiba tendrá que sufrir que mas de un zángano se lo recuerde; como si han padecido ustedes una desgracia, es seguro que no se olvidarán de hablarles de ella siempre que les hallen y por espacio de muchos meses.

Intentar una empresa, emprender un negocio, realizar un pensamiento, son imposibles: para cada caso aparecerán los correspondientes zánganos que todo lo trastornen y desbaraten.

Su mision ha de cumplirse fatalmente y no hay discrecion ni poder bastante fuerte para evitar que suceda.

Se ha observado que la raza de los zánganos es la que mas se multiplica entre todas. Cada siglo, cada año, cada mes aparecen nuevos vástagos de esa raza que ha hecho condenar tantas almas y que no tiene semejante.

Los zánganos carecen de ese estorbo social que se llama vergüenza, y algunas veces afectan enojarse por la menor causa; pero no les hagan ustedes caso, que ya saben ellos lo que se hacen.

Se ingieren en todas partes con la mayor naturalidad, y se aparecen cuando uno menos se piensa.

Los zánganos podrán carecer de entendimiento, hasta de memoria; pero de seguro no carecen de voluntad. Entre los que pertenecen á la va-

riedad de los gorrones, lo principal es la actividad. Necesitan estar al tanto de la posicion de cada individuo; conocer el santoral perfectamente para saber cuándo son los cumpleaños de sus víctimas; indagar con escrupulosidad las costumbres de los que ellos llaman sus amigos; no pasar por alto ni el mas pequeño acontecimiento próspero de cada familia de las que protegen con su afecto.

Algunas veces suelen salir descalabrados los zánganos, pero esto no es un obstáculo que les haga mudar de carrera. Un zángano no deja de serlo hasta que muere; entonces hace la última zanganada.

¡Pobres zánganos! han pasado por la tierra como la langosta, dejando muchos y muy dolorosos recuerdos en las familias desoladas. Sus nombres se repiten con fruicion, y hay quien sobre su tumba coloca algun sarcástico epitafio.

¡Ellos, que han acudido impasibles á ver como ejecutaban al reo; que con su acostumbrada imperturbabilidad han presenciado un asesinato y han sido testigos de una infamia y de cien crímenes diferentes: ellos, que no han tenido un momento de oportunidad en toda su vida; los primeros espectadores en los incendios, los últimos que han abandonado el campo cuando empezaban los motines; los primeros que salian á la calle, apenas tranquilizados los ánimos, para recrearse en la sangre y ante el espectáculo de la muerte y de la devastacion!

El nombre de un zángano ¡cuántos desastres simboliza! ¡Cuántas torpezas trae á la memoria! ¡Cuántos pedicuros han esplotado los efectos de

las pisadas de un zángano! ¡Cuánta paciencia y cuánta resignacion deben ellos á sus prójimos, si es que los tienen! ¡Cuántos almuerzos! ¡Cuántas cenas! ¡Cuántos *cafeses*! como dice un zángano á quien yo conozco.

Lo que no he conocido nunca, es un zángano que se pegue un tiro; ni que abjure de hacer zanganadas.

Pero ustedes me dispensen, que veo venir un zángano.

EL PESCADOR.

EL PESCADOR.

Me parece escusado decir á mis lectoras ó lectores que no me refiero á los aficionados á la pesca, porque en cuestion de aficiones y gustos cada cual tiene los que puede ó quiere, y los satisface cómo, cuándo y de la suerte que mejor le acomoda.

El pescador de caña, perteneciente á la clase de aficionados, para mí está definido hace ya mucho tiempo, y confieso que le admiro como una de esas obras de paciencia que se ven de cuando en cuando; pongo por caso: un trabajo de recortes de papel hecho á tijera, ó un cuadro bordado en cañamazo, etc., etc.

Con respecto al pescador de caña, por oficio, le respeto y me asombro de que pueda ganarse el sustento por un medio tan primitivo.

El pescador en grande escala, el que en algunas playas del Océano ó el Mediterráneo se consagra esclusivamente á la pesca y espone su vi-

da frecuentemente en el ejercicio de sus funciones con la misma imperturbabilidad que el marino en defensa de su patria, ó de los intereses que le han sido confiados: el hombre que en un falucho ó en una barca sin vela ni mas aparato que un par de remos, desafía á la mar embravecida, arriesgando su existencia por conservarla, ese es el pescador de quien me ocupo.

Hombre que nace á orillas del mar, que recibe y aspira desde sus primeros años aquella atmósfera saturada que llega á ser imprescindible para él, y sin la cual no encuentra alegría, ni salud, ni vida: hombre para quienes son raquíticos y despreciables todos los trabajos de la tierra, en los que no hay peligro, ni gloria, ni satisfaccion: hombre, en fin, que cuenta solamente en el mundo por todo patrimonio con un lanchon y sus redes, y no se cambiaria por el mas dichoso de cuantos individuos viven en tierra, si habia de verse obligado á dejar su playa y sus costumbres.

El pescador es uno de esos activos trabajadores de la mar, á quienes Víctor Hugo considera como los mas trabajadores del mundo: el mas activo, el mas desinteresado, el mas humilde y el mas libre.

La monotonía de la vida no existe para él, que distingue sus dias por los resultados de su laboriosidad, por el botin que recoge en esa lucha cotidiana con las aguas y los vientos, y los rayos del sol y las borrascas.

Nace en la orilla de ese inmenso abismo, y se familiariza de tal modo con aquel idioma, que no habria mejor orquesta, ni canto que tanto impresionase su alma como el canto de la tempestad;

el rugido de la cólera celeste, segun asegura su abuela al pescador; la descarga de la electricidad de una nube por medio de una chispa, como dice el médico de aldea, hombre menos creyente y mas investigador que la pobre abuela.

El pescador no recibe mas enseñanza que la que produce la contemplacion de la naturaleza en toda su esplendorosa munificencia; sabe que hay quien sabe leer y quien interpreta los signos que llama números la humanidad, y á los que considera como verdaderos caracteres para escribir la historia de la prostitucion de los negociantes *de tierra*. Para él no existen otros libros, no conoce mas idioma que el del cielo y el del mar; uno escrito con caracteres de plata; las estrellas que bordan el llamado firmamento, y las nacaradas espumas de las olas.

En cambio, pudiera humillar á cualquiera de los zaragozanos en cuanto á profecías astrológicas. No hay nube que pueda ocultarle lo que guarda en su seno: lee en ella mejor que el mas esperto mancebo en los ojos de su amada.

Conoce todos los barcos de la matrícula, mejor que Appio Claudio conocia á todos los ciudadanos de Roma, y César á los soldados de sus legiones.

Para el pescador y para el marino los buques tienen una fisonomía particular como los individuos y aun mas marcada que los individuos. Primero atiende un pescador al mantenimiento de su barca que al de su propia familia. Es verdad que todos los dias, ó muchos de ellos, fia á su modesta nave la existencia de sus hijos y la propia.

Niño, el pescador acompaña á su padre en las espediciones que emprende para tender la red bajo la superficie de las aguas. Sufre, como él sufre, las inclemencias del tiempo y las mas crueles de su mísera posicion social. Pero nunca sale de sus labios una queja, ni se oye al niño dirigir una súplica al autor de sus dias para que le exima de algun trabajo: conoce la inutilidad de ambos estremos y no acude nunca á ellos.

Por otra parte, sabe que en su choza le esperan iguales privaciones, idénticos sufrimientos, mas la esclavitud, y el fastidio de la holganza, y la impaciencia de la curiosidad por saber si el trabajo de sus parientes ha sido fructífero, ó tal vez ha de pasar en ayunas un dia mas.

Durante su permanencia en tierra, no deja el pescador holgar á sus hijos ni á su mujer: todos contribuyen á tejer la red, á recorrer la lancha, á conducir el fruto de la pesca á los saladeros y á las poblaciones mas próximas para la venta y, sobre todo, á estraer el *copo*.

Llámase asi en algunos puertos, y principalmente en nuestras costas del Mediterráneo, á la operacion de la recolecta de peces cogidos en la inmensa red que flota bajo la snperficie de las aguas.

Esta operacion se verifica generalmente al amanecer y produce un efecto sorprendente. Varias barcas se estienden por las aguas y ocupan posiciones como si se tratase de dar una batalla naval. Cada cual de ellas se sitúa en uno de los puntos correspondientes á los de la red,

y promediando las distancias, y despues asiendo cada uno de los encargados de la operacion, desde su bote, de un cable unido á la estremidad de la red, emprenden todos su movimiento de retirada en direccion á la playa: en llegando á la cual, saltan en tierra, sin soltar cada uno su cable, y concluyen la operacion cerrando totalmente la malla, y en ella multitud de peces de diferentes tamaños y especies.

A los primeros rayos del sol que se refleja en la intranquila superficie de las aguas, aquella esfera en que tantos pececillos se agitan, parece una inmensa perla ó un globo de plata.

En derredor de ella se agitan una porcion de hombres, mujeres y niños, todos alegres, todos codiciosos de empezar el reparto legal de aquel negocio; todos trabajan para terminar la faena, puesto que todos han de reportar ventajas de su trabajo.

El frio no les impresiona á aquellos desdichados niños; lo mismo que sus padres, ofrecen sus desnudos pechos á la intemperie y bañan sus descalzos pies en las aguas de la playa, sin temor á las desigualdades de la temperatura.

El hombre ha de ser mas correcto que las volubles estaciones, me decia un marino á quien yo apreciaba mucho, y que murió en alta mar luchando con todo el heroismo contra las incorrecciones de la naturaleza.

El temor pueril á la muerte por tan fútiles motivos, no le esperimentan los hombres del mar, ni aun en los trabajos de la tierra.

La holganza es como la oscuridad: engendra en el ánimo apocado las terribles impresiones,

y ofrece á sus ojos el espectáculo de la muerte. El trabajador no piensa mas que en la vida; este es, efectivamente, el medio mejor de retardar su última hora.

Cuando termina el pescador su enojosa tarea, reparte con sus consócios el botin que han robado al mar, y perfectamente embanastado le trasportan á las poblaciones importantes mas próximas, para venderle. Conseguido su objeto, vuelven á sus chozas y repiten la operacion. No se permiten otro descanso que los dias de fiesta solemnes; en esos dias beben y cantan y se emborrachan en familia todos los individuos, grandes y pequeños, de esas colonias de pescadores que viven y mueren en la playa, y que de generacion en generacion trasmiten sus aficiones y sus costumbres.

Rara vez se cuenta un criminal entre esos infelices trabajadores, cuya existencia es un verdadero martirologio que pocos aprecian en su justo valor. El pescador es noble y valeroso, y desde la virtud del trabajo hasta la sublimidad del amor al prójimo, no hay elevada condicion natural que no posea.

He presenciado rasgos heróicos entre esas gentes, y algunos no han merecido los honores de la publicidad para ninguno de los testigos oculares. Sobre todos, acude á mi memoria uno que pudiera calificarse de poema, pues llegan á la epopeya el valor y la abnegacion demostrados por el protagonista.

Un buque inglés se hallaba á la vista del puerto de Málaga; la mar estaba agitadísima, y aunque el capitan de la nave pedia piloto, para

no arriesgarse en una operacion tan espuesta por el horrible temporal que dominaba y por el desconocimiento que él tenia del puerto, no se aventuraba ninguno á salir en su auxilio.

Muchos buques estranjeros presenciaban el espectáculo, y una inmensa multitud apiñada en el muelle, observaba los movimientos del buque.

En tal situacion, un falucho pescador que allí se encontraba, se dispuso á servir de guía á la nave estranjera, y sin consultarlo á ninguno, y á despecho de las advertencias de todos los prácticos, se lanzó al encuentro del buque inglés.

La ansiedad de los espectadores era inmensa: dentro del miserable falucho solamente iban dos tripulantes: un anciano como de cincuenta y nueve á sesenta años y un muchacho como de unos catorce.

La insignificante nave, asi flotaba sobre las montañas de espuma, como se hundia en apariencia bajo la superficie del agua. Gritos unánimes de espanto se oian algunas veces; pero el falucho continuaba su peligrosa marcha como si le guiara la mano de Dios.

Hubo momentos en que se le juzgó sumergido: los capitanes y tripulantes de los buques surtos en el puerto no perdian ni un solo movimiento del falucho: todos se habian olvidado del buque en aquellos momentos.

Trascurridos algunos, el falucho se hallaba al habla; poco tiempo despues lanzaba su cable al buque de la Gran Bretaña; una hora mas tarde, y despues de repasar con mayor peligro el

camino anteriormente recorrido, entraban en el puerto el falucho y la nave inglesa sanos y salvos. La multitud, la marinería, todos, en fin, saludaban con frenéticos *¡hurras!* al herido y noble anciano, al valeroso niño, y, colmándolos de bendiciones, los abrazaba llorando.

El venerable viejo sólo contestaba lo que á mí me decia siempre que hablaba del asunto.

—El hombre que no se sacrifica por nadie, no es hombre, y líbrese usted de él; que quien no hace nada bueno, de seguro le hará á usted algo malo cualquier dia.

MI CASERO.

MI CASERO.

«Parióme adrede mi madre
Y ojalá no me pariera,»

como decia don Francisco de Quevedo y Villegas; porque he caido de tan mala suerte, que desde el nacer, hasta la edad que tengo, no he tropezado sino con tipos tan inverosímiles por lo repugnantes, y *tipejos* tan míseros, que no parece sino que para mí los fabricaron.

Pero pasando por alto, y créanme ustedes que es mucho pasar, los de algunos editores y empresarios de teatros y los de aficionados á poetas y comediantes que he conocido, tuve la singular fortuna de dar en cierta ocasion con un casero, cuyo tipo no quiero que se pierda para la brillante historia del escogido gremio; y he trazado estos apuntes que merecen tenerse en cuenta, si no por lo buenos, por lo verdaderos.

No pienso con esto decir á ustedes cosas tan desconocidas y nuevas; que, por desgracia de los inquilinos, hay muchos caseros á quienes pueden convenir las señas del que fue mio, ó mejor, del

que es dueño de una de las casas en que yo he tenido la infortunada suerte de pasar algunos meses.

Y llámola suerte, porque, á pesar de todo, peor hubiera sido para mí alojarme en la calle con mi familia, que todavía eso está mal visto por la poca costumbre, aunque Dios mediante, y continuando los buenos tiempos, pronto nos iremos familiarizando con esta nueva resolucion de las gentes que no somos *acomodadas*.

Mi casero era un hombre, y esto por un error de la naturaleza, que habia nacido en Ronda, segun él decia y yo creí, y al cual no rondaba nunca, ni por casualidad, un buen pensamiento por el cerebro.

Digo que no creia fuese natural de Ronda, porque sugeto semejante no podia haber venido al mundo, sino espulsado del mismo infierno.

Su educacion durante la niñez se habia reducido á gruñir unas cuantas sílabas, trazar algunos signos que convencionalmente llamaban letras él y su maestro de primera instruccion, aprender cuatro ó seis reglas de la aritmética, como él decia, añadiendo que nunca tomó el gusto á las matemáticas, y á *cazar* perros, estrangular pájaros y sacudirle una pedrada al sol, si se hubiera convertido en transeunte, ó *trashumante*, siguiendo su estilo.

Con estos elementos salió de su patria para servir al señor rey don Fernando VII en clase de soldado, por *mor* de las quintas, y cuando empezaba la guerra civil.

Si adelantaria en su carrera no hay para qué decirlo: á los siete años regresaba á su pueblo de

ranchero con el grado inmediato, y ya habian desaparecido de Ronda los pocos individuos que dejó allí de su familia.

Se encontraba hecho un veterano y sin tener mas esperanza que dedicarse á las faenas del campo, para las cuales, como acostumbrado á la buena vida del servicio, no servia.

Madrid ha sido siempre el refugio de los caballeros, y el licenciado se dirigió á Madrid.

Cómo logró ingerirse en la casa de un contratista de provisiones para el ejército, nadie ha logrado saberlo; pero es lo cierto que así sucedió, y que á los pocos meses, muerto el contratista, nuestro tipo se casaba con la viuda, y seguia el oficio del difunto.

En poco tiempo, y con toda legalidad posible, reunió un capital y se desprendió de la mujer, que debió morir como mueren todos los séres que se acercan á una planta venenosa: porque algunos individuos tienen el privilegio de hacer el vacío á su alrededor.

Un hombre como mi casero, al verse solo y con algunos duros, empezó á desconfiar de sí mismo, y dijo para su capote:

—Invertiré este dinero en una finca, que así no se le llevarán ladrones.

Este aforismo estaba entonces muy en uso.

Lo de arriesgar el capital en una industria, no podia ocurrirse á nadie en aquellos tiempos; porque hoy se le ocurre á muy pocos todavía.

Compró una casita, compuesta de dos pisos solamente y para librarla de revoluciones, la buscó allá en la calle de la Comadre, hácia su principio entrando por el campo.

Pero si bien tenia dos pisos, en cambio entre jaulas interiores y esteriores podian albergarse hasta sesenta vecinos, con sus correspondientes vecinas y vecinitos.

Aquella casa era una bendicion de Dios; no se podia entrar en ella sin escopeta. ¡Qué vecindario!

Dos zapateros de viejo en el patio, y he ob-observado que los zapateros de viejo son los que golpean mas fuerte al machacar la suela; tres herreros; cinco sastres cantando todo el dia el himno de Riego y el Trágala, y lo menos seis pares de perdices y otros tantos de codornices, propias de unos cazadores que vivian en un segundo interior y que adornaban el rincon de su propiedad y paredes limítrofes, con las jaulas de los animalitos.

En el estremo opuesto habitaban dos músicos de metal—los instrumentos, no los músicos—agregados á un batallon de la milicia ciudadana de por entonces, y en aquel cuarto verificaba su ensayo toda la banda, ó toda la bandada mejor dicho.

Añádase á tan deliciosa vecindad la de un artífice polvorista, ó si se quiere pirotécnico como ahora los llaman, y por cuya pausible proximidad estábamos siempre aguardando dar el último vuelo, y díganme los mas pacientes si vivir en semejante casa no era peor que vivir en la Casa de fieras del Retiro.

En un piso segundo esterior, vivia un miliciano nacional que colgaba la capa en el antepecho de su ventana, de modo que quedase á cubierto la ventana del vecino del principal que

tenia debajo y que era un sastre que, segun decia el otro, habia sido absolutista.

El vecino del principal, que no tenia mas luz en su casa que la que debiera entrar por la ventana, dirigió por la primera vez un recuerdo de atencion al vecino del piso segundo; pero éste le contestó *«que la capa le estorbaba dentro de la casa,»* y el de abajo agarró una tijera acostumbrada á recortar el paño viejo, y sacó un par de pantalones de la capa del nacional.

Lo que ocurrió aquel dia y otros sucesivos, por sabido pudiera callarse: hubo carreras dentro de la casa, cerrar puertas, gritar las mujeres, llorar los chiquillos, tiros y sablazos, y solamente cuando llegó el casero acompañado de *una mitad* de cazadores de la Reina, que entraron á la bayoneta, fue cuando se restableció el órden.

Pues todo esto eran tortas y pan pintado si se compara con la entrada del dueño de la casa en el territorio de su propiedad todos los domingos por la mañana, porque cobraba semanalmente, llevando su avilantez hasta exigir el pago adelantado por vivir en una casa, donde nadie podia vivir.

El casero nunca iba solo; le acompañaban en clase de ayudantes ó secretarios particulares, tres ó cuatro pinchos. Cuando yo oia *bofetás* en el patio, silletazos y alguno que otro palo que producia chispas, no tenia necesidad de preguntar lo que era, si acontecia en domingo: la entrada del casero.

Era el saludo que dirigian á los inquilinos los acompañantes del amo de la casa.

¡Y qué modales tan distinguidos tenia el hom-

bre! Entraba en mi cuarto sin detenerse á considerar si estaria en camisa alguno de la familia, y sin responder á la pregunta de *¿quién vá?* alzaba el picaporte y adentro. Cuando mas, solia decir con brutal arrogancia:

—El amo.

—¿Usted me debe la semana pasada? preguntaba siempre.

—No señor; tuve la satisfaccion de pagársela á usted.

—¡Cómo todos ustedes son tan tramposos! murmuraba.

—Pues ahí verá usted, solía yo responderle, contemplando de qué buena gana, á no acompañarle aquellos sayones, le hubiera roto la crisma.

—¡Qué mal olor hay aquí! solia decir; me parece que son ustedes algo súcios.

A ésta y análogas bestialidades yo perdia la paciencia, y él, gritando en union del coro que llevaba á prevencion, me decia:

—Pues á la calle ahora mismo, si á usted no le acomoda.

Salian todos los vecinos á enterarse del asunto, y yo callaba por no dar que decir y por no poder mudarme.

Cuando se moria un inquilino, el casero no consentia que lo depositasen en la casa, ni que la familia continuase en la habitacion si el difunto no habia satisfecho aquella semana, ó no se la satisfacian los vivos en el acto.

De allí, las gentes salian casi vivas para el cementerio, y en mas de una ocasion obligó á salir, pocos minutos despues de sacar el cadáver, á una

pobre mujer que se quedaba viuda y que le debia una semana de alquileres.

Cuando iba cualquiera á alquilar un cuarto, le miraba de arriba á abajo y le pedia una certificacion de buenas costumbres.

Posteriormente se empeñó en que los padres no habian de tener hijos para que no turbasen la tranquilidad del vecindario ni destruyesen el edificio.

—¿Tiene usted chiquillos? preguntaba al que iba à alquilar alguna habitacion en aquel *alcázar*.

Si respondia que sí, le objetaba groseramente:

—Pues ya puede usted quitarse de mi vista.

Replicaba el otro, y él concluia la discusion con estas frases:

—Vaya usted al infierno con los chiquillos.

Mas de una vez estuvo á punto de ser víctima de algun padre indignado, pero él se escudaba siempre diciendo:

—¡Yo soy el amo de mi casa!

Y por cierto que lo de los chiquillos, inventado por mi casero, ha encontrado despues algunos imitadores; á mí me ha ocurrido posteriormente negarse á alquilarme una habitacion por causa de los chiquillos, lo cual me ha hecho esclamar:

—¿De quién habrán nacido esos caseros? ¿Si habrán nacido ya tan grandes y tan caseros como son?

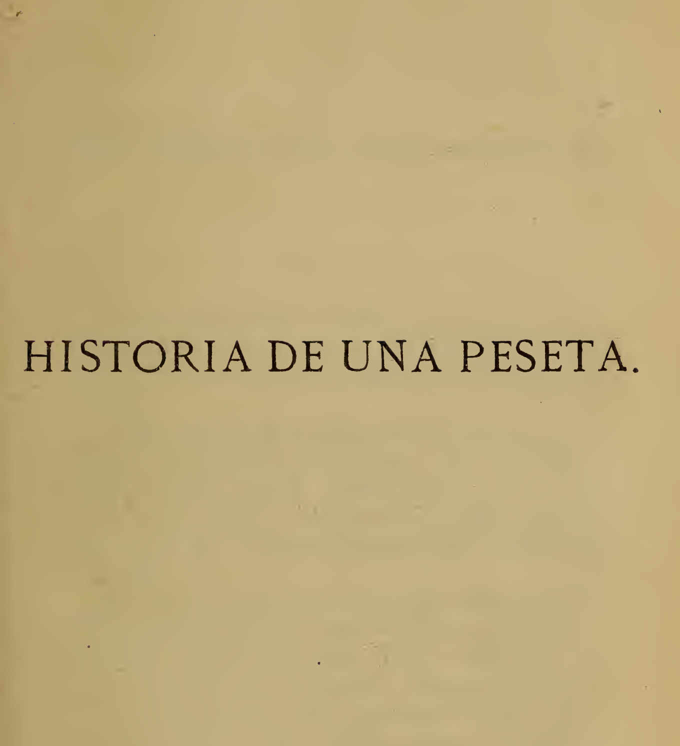
Todavía me parece estar viendo al susodicho, envuelto en su leviton de familia, con un pantalon azul de uniforme, el cuello ceñido con un aparato que estaba entre el corbatin y el collar,

y cubierta la antipática y repugnante cabeza con un sombrero que habia sido en época anterior, pero que ya no conservaba ni la forma. Parecia un morrion con dos viseras.

De aquella figura lánguida y estrecha, de aquella cara ridícula y enjuta, no podia esperarse nada bueno.

Y así era en efecto: mi casero era un hombre por un error de la naturaleza.

Dios te libre, lector, de semejantes casas, y sobre todo de semejantes caseros.



HISTORIA DE UNA PESETA.

HISTORIA DE UNA PESETA.

¿Quién entre todos ustedes, apreciables lectores, dispone de una peseta de sobra, de *plus*, como se dice en término militar con toda impropiedad?

Y digo con toda impropiedad, porque ingénuamente hablando, me parece atroz eso de suponer que un soldado puede tener nunca una cantidad de *mas*, ó que se le da nada de *mas* con lo que se le asigna despues del rancho de cada dia.

Pregunto á ustedes que si pueden disponer de una peseta, no porque sea mi ánimo ofenderles, ni por las dificultades que vamos teniendo los mortales para tener á nuestra disposicion semejante suma. Lo digo nada mas que al tanto de lo que voy á referir, que, puesto que es la historia de una peseta, bueno será que alguna de la especie que conozca la dicha historia, venga en mi apoyo y pueda dar testimonio de lo que digo, que no gusta atestiguar con los muertos, y al-

gunas pesetas quedan todavía de aquella nobilísima estirpe de plata de buena ley.

La historia de una peseta, no puede ser la de todas; porque hay muchas, segun dicen, que apenas tienen historia: pesetas sin mas valor é importancia que los treinta y cuatro cuartos ó diez perros grandes en que se evalúan.

La peseta á que yo me refiero pertenecia á la clase de esas pesetas corridas y gastadas y aun desgastadas, en fuerza de muchos años de inmaculados servicios.

Era una peseta de verdadero mérito, aunque no tanto como si hubiera sido falsa, pero cuyas peripecias y aventuras podrian parecerlo al que no ha oido como yo de labios de un busto de Cárlos III, el verídico relato de una existencia pesetera y agitada.

—Erase una mañana del mes de las flores,— me dijo el busto del monarca citado y un tanto desvanecido por el recuerdo de tantos sucesos,— cuando por primera vez en mi vida, la luz del sol iluminó mi purísima y brillante cara. (Hablaba indudablemente con referencia á la de Cárlos III.) Cuánto fuera mi asombro al verme convertida en tosco fragmento de plata, y mediante la liquidacion y aleaciones convenientes para ello, en finísima moneda, no hay para qué decirlo, apreciable Teótimo.

Noté que la peseta iba tomando vuelo, y adoptando un estilo académico, y temeroso de que se estralimitase en lucubraciones sabias, la atajé diciéndole:

—Mi querida peseta, nunca te pierdan mis ojos de vista á tí y á tus compañeras: como lo

que deseo es conocer tu interesante historia, pero despojada de rodeos que atormentan y de alardes de sabiduría que ha de mostrarse en el fondo y no en la superficie; y los sabios y los filósofos forzados me hacen igual efecto que aquel zapatero de Córdoba, á quien, viéndole beodo, disfrazaron de fraile unos cuantos chuscos, y andaba luego el hombre preguntando por el maestro de obra prima á todo el mundo, como si nunca se hubiese conocido físicamente á sí propio.

—¿Y qué quiere usted decirme con eso?—me preguntó un tanto ofendida la *vera efigie* de Cárlos.

—Quiero decirte, amigo mio,—repliqué yo, —que vayas derecho al asunto y que dejes algunos pormenores de escasa importancia.

—Pues mira,—repuso,—pregunta y yo responderé, así no podrás decir que peco por carta de mas ni por carta de menos.

—Eso seria hacer una especie de parodia del Catecismo, y ademas que para preguntar con acierto, preciso era que yo conociese de antemano tu historia, en cuyo caso no tendria necesidad de preguntarte.

—En ese caso, continúo, y tendré muy presentes tus observaciones. Enjugóse don Cárlos el sudor de su frente, y dijo así:

—Yo soy de orígen mejicano (por supuesto la peseta): conducida á España mi familia, tronco nobilísimo del Potosí, fueron cruelmente separados todos los miembros de mi linaje y no sé si sujetos al fuego como herejes, porque en aquel entonces vine yo á la vida, sellada como la *efi-*

gie del rey de las Españas y de las Indias, título pomposo que el tiempo ha simplificado, suprimiendo el plural y las Indias.

Mi primera impresion al verme tan limpio y tan lustroso,—prosiguió,—fue darme importancia para no disminuir de valor con la humildad, como observé que sucedia á las humildes piezas de dos cuartos.

Tomóme por el pronto el conde de Aranda, y en su casa vivia yo con alguna estrechez, aunque en suntuoso estuche, por la multitud de compañeras que á los lados y sobre mí tenia.

¡Pero nunca hubiera salido de aquella clausura,—esclamó la peseta, estremeciéndose cuanto puede estremecerse una peseta;—que un dia merecí la preferencia para ser trasladada á la elegante chupa de mi señor, y allí tuvieron principio mis vicisitudes.

Bien comprendia yo que aquella era mi despedida de la casa. Voy con el conde, me decia yo; hoy honrada voy, que todos le miran, no diré con buenos ojos, pero le miran, muchos le adulan y mas le envidian. Sin embargo, hubiera preferido mil veces mi retiro á la honrada compañía del conde de Aranda.

—¿Era tan mala persona? dije yo.

—No me pregunte usted ciertas cosas,—contestó la moneda,—porque harto voy diciendo para ser una peseta. Con esas exigencias vaya usted á las onzas de oro, que mejor que yo podrán hablar del conde y de la época á que me refiero.

—Pues adelante, y no he dicho nada del conde.

—A la primera de cambio,—añadió la peseta,—me encontré fuera del bolsillo del conde de Aranda, en union de otras compañeras, y colocadas sobre un elegante velador con incrustaciones de nácar.

Aquel mueble pertenecia á una dama muy principal en la apariencia y muy amiga de mi amo, puesto que yo pude oir su voz muchas veces en aquella casa desde el fondo de un cofrecito de muy buen gusto y mejor olor, donde nos depositaron unas blancas y aterciopeladas manos, pertenecientes á la mujer mas hermosa que yo he visto desde que soy peseta.

El conde visitaba á la susodicha dama, no sé en qué concepto, ni si nosotras éramos pago de deuda, remuneracion, agasajo ó despilfarro del de Aranda.

En el fondo de aquel cofrecito permanecí algun tiempo, aunque con mucha intranquilidad, porque observaba que el número de mis compañeras de habitacion iban disminuyendo todos los dias.

Las manos de nieve derretian, como suele decirse, mucho dinero, y no se haria esperar mucho tiempo el movimiento de mi desamortizacion.

Así sucedió en efecto. Una noche lluviosa, que casi todas las desdichas novelescas acontecen durante las noches lluviosas, me sentí oprimida con algunas amigas, entre los delicados dedos de la hermosa dama.

Salí del cofrecillo, que se cerró despues con estrépito, cayendo la cubierta rápidamente.

Eramos las últimas de la especie, y ya esta-

ba decretado nuestro destino. Hasta entonces habian permanecido juntas unas cuantas compañeras, salidas en un mismo dia del seno de la Casa de la Moneda á la luz del mundo.

Desde allí solamente una tercera parte fuímos juntas á la lonja de un comerciante; las demás, ¿quién sabe cuál seria su paradero?

Tiempo hacia que yo habia pronosticado nuestra separacion; el mismo en que yo no oia durante la noche la voz del conde de Aranda en la casa de la dama.

El tendero á cuyo poder fuí á parar se encargó de esplicármelo todo, despues que hubo salido el criado que nos condujo á aquel sitio, remitidas por la hermosa señora.

—Cómo se conoce,—esclamó con intencionado acento y sonriendo ligeramente,—que ha muerto el conde de Aranda!

—¡Pobre conde y pobre dama!—pensé yo, comprendiéndolo todo en un instante, á pesar de mi poca esperiencia.

El tendero nos examinó de solfeo, haciéndonos sonar contra el tablero del mostrador, de física, de química; nos examinó de frente, de costado, de todo, menos de doctrina cristiana; porque no podíamos responder nosotras, ni nadie por nosotras. Y la verdad es, que todas las pruebas que hizo estaban encaminadas á ver si éramos católicas ó no.

Despues del exámen nos depositó en esportillos y nos encerró en uno de los cajones de su mesa de despacho.

Pocos dias despues salia yo en la faja de un valenciano, carretero, que conducia arroz á Ma-

drid, y al cual compró algunos sacos mi nuevo amo.

El valenciano tropezó conmigo, que con los disgustos habia perdido un poco el color, me mordió hasta el punto de hacerme crugir, intentó doblarme y me suministró unas friegas contra un banco de madera, no para devolverme el color y el brillo de los tiempos felices, sino para probar mis condiciones sociales, y escamado conmigo por si resultaba falsa.

—¡Fatal destino! á mí, tan buena y tan digna, todos me creian falsa, y yo habia visto ya en la faja del carretero algunas falsas que pasaban por buenas.

En la duda, tuvo muy buen cuidado el valenciano de colocarme sola, separada de las demás, sin darme tiempo á despedirme de ellas, y envuelta en un mugriento papel impreso en latin, para que yo, que á pesar de mis alardes de *Cárolus III, Rex...* etc., no entendia una palabra, no tuviese ni aun el consuelo de ilustrarme en mi soledad.

Pero nunca para el bien es tarde; y si entonces no pude, tuve buen tiempo de hacerlo en la primera venta á que llegamos el carretero y nosotras.

Allí me cambió á cuenta de vino, y él se marchó á poco, dejándome en un cajon sucio y mugriento, en que me depositó el ventero, y en la perjudicial compañía de piezas de á dos cuartos, cuartos y ochavos; todas monedas de la mas exagerada demagogia, ennegrecidas por el uso y la mala vida, y tan denegridas como si nunca se hubiesen lavado las caras.

La primera salutacion fue venírseme encima una parte de aquella turba, desconocedora de las diferencias sociales, clases y categorías.

Describir lo que en aquellos dias era una venta en las carreteras de España, seria el cuento de nunca acabar; pero sí aseguro que por malas que todas fuesen, no llegaban á la que me servia á mí de alojamiento.

¡Qué dias y qué noches pasé allí! ¡Qué amigos tenia Benito, que así llamaban al ventero, y qué poco se acordaba la justicia de los hombres de bien, alejados de Madrid y sin pompas vanas, y consagrados al difícil y lucrativo arte de encontrar lo ageno sin que lo pierda el prógimo!

¡Cuánto me acordaban todos aquellos sufrimientos la regalada y cómoda vida que pasaba en la casa del conde de Aranda, ó en la de la buena moza que visitaba el ministro de Cárlos III!

Pero omito detalles, y voy á los tiempos modernos.

—Vengo, diria yo, objeté á la peseta.

—Vengo ó voy, es igual para el caso.

—Siempre he pensado yo,—repuse,—que las pesetas no conocen la gramática.

—Afortunadamente, continuó la peseta sin hacerme caso, salí muy pronto del bárbaro dominio del ventero, y despues de visitar por minutos dos ó tres bolsillos de otras tantas personas, dí en manos de una pobre anciana consagrada por aficion á la mendicidad, y que me guardó cuidadosamente con otras muchas de mi especie, mas ó menos jóvenes que yo, pero todas procedentes de la misma cepa.

Aquella pobrecita anciana salia de casa todas las mañanas, dejándonos sepultadas bajo un ladrillo de los que formaban el pavimento de su cuarto, para ponernos al abrigo de las tentaciones del diablo, que, segun ella misma decia, hablando sola, eran muy frecuentes y peligrosas.

Vestia humildemente mi dueña, tan humildemente que bien podia escitar la caridad con aquellos harapos.

No volvia á casa sino para pasarnos revista, y convencida de que no se habian trastornado las leyes naturales, tornaba al ejercicio de la mendicidad, muy lucrativo segun pude apreciar entonces.

—¡Hijas de mi alma! esclamaba al volver á vernos, y acariciándonos con igual fruicion que pudieran el padre y la madre acariciar á sus hijos despues de una larga ausencia.

¡Cuánta repugnancia me inspiraban aquellas ridículas demostraciones de idolatría!

—Todo por tí y para tí, precioso metal—repetia la vieja formando montoncitos con nosotras, reuniendo á las de la misma promocion, y colocándose frente á frente con las onzas, medias onzas y doblillas de á cuatro y veintiuno y cuartillo, aunque teniendo muy buen cuidado de que no nos confundiésemos ni produjéramos ruido, para no escitar apetitos perjudiciales para ella en el vecindario pacífico.

¡Qué felicidad tan conmovedora era la de aquella mujer! Colocaba el jergon que la servia de cama sobre nuestra sepultura, ya cubierta con la losa cineraria, y poniendo encima una almohada, apoyaba en ella su cabeza la bruja, no

sé si por oir nuestra respiracion ó para dormir tranquila, puesto que nadie podia llegar hasta el enterramiento sin turbar el reposo de nuestra dueña.

Pero no hay nada tan oculto en el mundo que no pueda traslucirse al fin y al cabo, y un accidente imprevisto vino á descubrir á las gentes curiosas el secreto de nuestra existencia.

Y fue que una tarde, no sé de qué mes y año, porque en esto de fechas las pesetas no somos tampoco muy fuertes; como saliese mi ama á ejercer su carrera, vióse acometida de una mortal congoja que apenas la dió tiempo ni facultad para decir dónde vivia.

Pronto comprendió su error por haber revelado el sitio de su retiro, pero ya era tarde, porque conducida á él por un par de mozos, acudieron en su socorro algunos vecinos caritativos.

Entonces y mientras la pobre vieja volvia en sí, recorriendo la habitacion y examinándola cuidadosamente, decian dos vecinos, apartados y con voz apenas perceptible:

—Te aseguro que esta vieja no es lo que parece.

—¡Qué mal pensado eres, hombre!

—Pero siempre acierto. De seguro que ésta es una pobre mas rica que nosotros.

—Por poco que lo sea...

—Estas viejas que se acostumbran á la vida cómoda y holgada de la mendicidad, pasan muy bien las miserias.

—Escuso decir,—se interrumpió la peseta,—que esto de la mendicidad es palabra mia, y no del vecino, pues este empleó la voz mendigo

haciéndola esdrújula sin permiso de la Academia.

Aquella exhibicion del interior de la bohardilla que ocupaba mi ama, fue la causa de su ruina.

Un dia, apenas ella hubo salido de casa, todas sentimos ruido de pasos en la habitacion en que nos hallábamos recogidas; los pasos avanzaron y pronto llegaron cerca de la losa que nos cubria.

Un frio intenso se apoderó de nosotras; grandes y chicas, amarillas y blancas nos estremecimos al oir dos ó tres golpes en el suelo y próximamente hácia el sitio que ocupábamos.

Minutos despues, dieron los merodeadores con el nido, y aquel fue dia de júbilo y algazara para ellos, y de huelga para nosotras, que muchas corrieron que fue un primor.

No sé lo que sucederia á la vieja, pero sí lo que sucedió á mi nuevo dueño, que á poco tiempo ingresaba en la cárcel de Córte, y yo con él, de donde salí á los ocho ó nueve dias dejándole en vísperas de ser trasladado á un calabozo sin comunicacion.

Desde entonces, y para terminar, he asistido á tantos y tan variados espectáculos, he sido testigo presencial de tantos acontecimientos, he visto tanto, he corrido tanto, me he visto en tales apreturas, he sufrido tantas pruebas, he comprado tanto, que pudieran escribirse muchos volúmenes con mi historia.

He sido cuanto he querido: los amantes me sobraron siempre: aun antes de dejarme el uno, á no andar listo, me tomaba el otro. Si tropecé

con la avarienta anciana que esplotaba la caridad del prójimo para reunir y apilar monedas, tuve la buena suerte de salir en breve á la vida práctica. Un desamortizador se condolió de mi clausura y me desamortizó.

He servido para todo el que me ha poseido, menos para dos cosas: los hombres no han descubierto aun que las pesetas sirven para comprar la felicidad ó para sobornar á la muerte.

Del resto de mi historia mucho pudiera decir, pero prefiero callar por ahora.

Con que tenga usted la bondad de dejarme descansar y soltarme, no le dé una mala tentacion y me cambie por media docena de cigarros peninsulares ó por otra cosa mas perjudicial, en lo que ambos perderíamos, yo tan buen acomodo y usted una peseta, que, por mas que digan los que no la tienen, siempre da al que la posee una importancia cuatro reales mayor que la del que carece de ella.

EL CORISTA.

EL CORISTA.

No se sabe á punto fijo quién ha sido antes, si el hombre ó la voz.

Esto parece un desatino á primera vista, pero á segunda se convence cualquiera de que la duda es muy justificable.

Todos hemos leido, suponiendo que todos sepamos leer, que Dios, creador del mundo y fundador de la casa de los Adanes, cansado de vivir á solas consigo mismo, ó de no tener un fósforo para encender un cigarro, dijo un dia: *Fiat lux*, y apareció el alumbrado público universal de millares de soles, segun se cuenta por los astrónomos y demás *brujos* de la ciencia perturbadora.

La voz de *Fiat lux* fue anterior al hombre.

Pero es verdad que entre la voz divina y la voz humana, media la misma distancia que entre la voz de un cantante de *primo cartello* y la de un corista.

El corista es muy posterior al hombre: es un sér que no puede vivir solo; necesita, por lo menos, del concurso de otros tres ó cuatro individuos de *ambos sexos*, como los anuncian en los carteles de las compañías líricas.

Ha sido durante muchos años el objeto principal de los trabajos é investigaciones de los músicos mas científicos de la escuela filosófica, la formacion de coros con una sola persona de cualquier sexo.

Los empresarios de zarzuela han estudiado, por primera vez en su vida, para conseguir la misma economía.

Sin embargo, el problema permanece sin resolver. Para formar un coro es preciso el concurso de tres ó mas coristas.

Ha sido inútil que se le llame cuerpo de coros para que se acostumbre el público al coro económico, porque á no ser por el aliciente de los cuerpos buenos que ahora forman los susodichos cuerpos de coros en todas partes, no toleraria el país indignado la falta de voces.

Todos ustedes saben lo que es un corista: un hombre que vive cantando, que canta para vivir, que pasa la existencia en un berrido.

Dos ó tres pesetas de música transeunte, una garganta forrada en asfalto, que produce sonidos á capricho de un maestro, y pone el grito en el cielo á la menor cosa, segun el argumento requiere.

Por consiguiente, un corista es una cosa que está entre el cantante y el instrumento.

La educacion musical del corista, ese cantante al por menor, generalmente es esmerada; le can-

ta una romanza ó le cuenta un romance al sol que sale: podrá suceder que no conozca la escala natural, pero de seguro conoce la de Milan, aunque no sea mas que en fotografía.

La vocacion al arte lírico hace de un hombre un corista, metamórfosis social que solamente se esplica por el fatalismo: lastimosa degeneracion que convierte al hombre inteligente en una nulidad, en un autómata puesto á disposicion de un maestro de coros.

Es terrible la necesidad del pan nuestro de cada dia, que no sé por qué se llama nuestro cuando tantos sudores nos cuesta su adquisicion.

Por él reniega el hombre de su honrado orígen y se convierte en mujer hasta cierto punto; la mujer se vuelve liberal y el liberal se hace egoista.

Pero lo mas triste es que el sér formado á semejanza de Dios, aunque no de su puño y letra, se prostituya hasta el punto de hacerse corista, ó bailarin, ó guardia municipal, ó gobernador de provincia.

El corista ejerce su profesion en el templo y en el teatro; en la casa del Señor y en la casa de Tócame-Roque; en las grandes solemnidades de la iglesia y en las del pueblo *pagano*, porque las primeras son gratuitas para el público que no paga al corista.

Si no le pagan, no dice esta boca es mia: en lugar de sujetarle á un tormento como era costumbre en otros dias, para hacer cantar á un ciudadano, y la verdad sea dicha, no cantaban mucho, hoy se hace cantar á un hombre ó á una mujer por un par de pesetas.

La vida del corista no tiene nada de alegre, á pesar de que lo parece: es una existencia sacrificada en aras del arte, una hecatombe preciosa, que se ofrece á la diversion de un pueblo, ávido siempre de espectáculos mas ó menos fuertes.

La niñez del futuro corista se ha deslizado entre el Conservatorio y las primeras sociedades de lo mas *cursi* de su época.

Hablo del corista facultativo: con respecto al corista práctico, ya es otro el itinerario de su vida. Nace, crece y se desarrolla á medias, como aprendiz de sastre, ó escribiente de alguna alcaldía: en uno ó en otro puesto adquiere las nociones de su carrera artística.

El dia menos pensado se oye decir:

—Hombre, ¿sabe usted que Fulano se ha *echado* al teatro?

El indivíduo á quien se da la noticia, esclama:

—¡Caramba! ¿Es posible? (Se sobreentiende que quiere decir: ¿siendo tan bruto?)

—Pues si, señor, sí, señor—afirma el interlocutor primero—ahí le tiene usted en Jovellanos con dos pesetas diarias todos los dias.

Efectivamente, si quiere uno ver á Fulano, no tiene sino irse directamente al teatro de la Zarzuela ó al Real, dirigirse al cuarto del cuerpo de coros macho, y allí, entre cuarenta indivíduos que gritan, disputan, juegan ó solfean, verán al Fulano en calzoncillos, disfrazándose de demonio submarino, ó ya convertido en cosaco del Don (aquí el nombre del empresario), ó en espíritu del mar ó del rio Jarama.

Oíganle ustedes y sabrán los pormenores de su artística existencia.

Es verdad que cobra dos pesetas diariamente; pero no tiene nada que hacer: ensaya desde las nueve de la mañana hasta las tres ó las cuatro de la tarde, y ya está despachado hasta las ocho de la noche, á cuya hora vuelve al teatro, canta hasta que llega á relevarle el gallo á media noche, y á eso de la una, ya está en su casa tan tranquilo hasta el otro dia.

Y por esta friolera de trabajo cobra sus dos pesetas libres de descuento.

Además tiene otras muchas ventajas. Un corista no pasa de corista aunque se empeñe el coro celestial. Si se ha dado algun caso, puede considerarse como escepcion de la regla, y no basta para formar jurisprudencia.

¡Es fatalidad que un corista no pueda ser nunca cantor solo! Que no tenga voz propia, que sea como una de tantas teclas que componen las octavas del piano.

Por otra parte, en el cuerpo facultativo de cantantes no se permite ascender á los prácticos.

En el arte dramático ya es otra cosa: de repente pasa un racionista á funcionar de galan, como si lo fuera efectivamente, y ya estamos tan acostumbrados, que á nadie asombra la metamórfosis.

Si el corista adquiere compromisos con alguna *suripanta*, ó sea corista hembra, y se casa y tiene prole, no pregunten ustedes de qué enfermedad ha de morir el pobre artista: ó muere de morirse de hambre, ó de su mujer, que es otra enferme-

dad, generalmente hablando, tan temible como la muerte.

Si se conserva célibe y llega á viejo, es cosa de ver cómo abre la boca en la escena y mueve los brazos cuando actúa, del mismo modo que si estuviese vivo; pero sin pronunciar una nota mas que en los puntos culminantes, para ayudar á morir las piezas musicales.

¡Qué fino! ¡Qué amable es con el empresario, y con el representante de la empresa, y con las primeras partes del todo de la compañía!

Pero oigan ustedes á un puñado de coristas hacer el análisis de las facultades del tenor, del bajo, del barítono y hasta del director de orquesta y del maestro compositor y del que toca los timbales, y oirán cosa buena.

Del tenor dicen que tiene tomada la voz por causa de la bebida, debiendo decir la bebida tomada de la voz; del bajo aseguran que ha sido sereno del comercio y que continúa con la misma escuela musical, y al pobre barítono le comparan con Perico el ciego.

Con respecto á las tiples, calculen ustedes lo que se dirá en el cuarto de los coristas hembras.

Cuando el individuo del cuerpo de coros se queda sin contrata, se dedica á recorrer los pueblos de la provincia, cantando en las fiestas que dedican á sus patronos; en procesiones y entierros, si consigue, por influencia de algun secretario de ayuntamiento, la contrata de voces para el año, ó si tiene algun amigo que se quede con dicha contrata.

Cuando nada de esto sucede, cuando el corista no canta, no puede decirse que viene nublado

para él, sino que ya ha descargado el cielo sus iras sobre el infeliz.

El tipo del corista es siempre oscuro: viste con arreglo al figurin de una generacion anterior, por lo menos, esceptuando las épocas de parada, en que la ropa se atrasa en dos generaciones.

¡Qué existencia tan estraordinaria la del corista!

El, que vive por el arte y para el arte, suele morir vulgarmente como un segundo apunte, ó un sacristan.

Y sin embargo, ¡qué diferencia hay entre uno y otro

EL
APRENDIZ DE TORERO.

EL APRENDIZ DE TORERO.

Todos los aficionados son terribles: la *filoxera* ó *philloxera* literaria es mas temible y perjudicial para el sentido comun que la *legítima* plaga que destruye los viñedos.

Pero entre todos los aprendices de artes y oficios, merece especial mencion el aprendiz de *diestro*; el torero de *invierno*, el embolado de la tauromaquia.

Este tipo no tiene pátria conocida; pero generalmente se intitula andaluz, por ser algo: oriundo del propio Sevilla, como las aceitunas, ó de *Madrid*, capital de la tauromaquia ilustrada.

Su niñez se desarrolla entre las dulzuras de una paliza diaria que le propinan sus ilustres progenitores para quitarle el vicio del toreo, y los puntapies del maestro *papelista* ó carpintero de obras de afuera.

Para el tierno infante no hay profesion tan honrosa como la de lidiador de toros; si le dieran

á escoger, de seguro que entre presidente del Consejo y matador de toros, aunque fuese en clase de *sobresaliente*—que, por una rara aberracion en el toreo, lleva ese título el mas malo—sin vacilar escogeria lo segundo.

Los triunfos del general en campaña; los del abogado en el foro; los del orador en la tribuna; los del sábio en el ateneo ó en la cátedra; los del génio en la prensa ó en el teatro, ¿qué valen si se comparan con los del *diestro*, que con su trage *de confitería*, con entorchados ó *caireles* de oro ó plata, y su monterilla que tiene alguna semejanza con la cabeza del toro? Se ve halagado por el grande y por el chico, por el sabio y por el tonto, por la señora *aficionada* y por la *chula*; por todo un pueblo, en fin, de sol y de sombra.

El predestinado, el que siente arder en su corazon el sagrado fuego del arte taurino, es superior á las miserias mundanas.

Su objetivo principal es un par de cuernos, aunque sean embolados.

Cuando logra emanciparse de la tutela paterna; cuando consigue la libertad individual necesaria para *dejarse el pelo*, el jóven empieza á ser feliz: ha logrado la autonomía taurina, alterna con los segundos, si no con los mas distinguidos matadores.

¿Qué emocion, qué sentimiento, qué placer, qué satisfaccion llega á la que produce aquel paseo de la cuadrilla, aquel poema caballeresco, que empieza en el momento de calzarse las zapatillas y termina en el acto de sufrir una cornada que deje al diestro para que le oleen *sub-conditione*.

El aprendiz de diestro, merece un estudio detenido y profundo: el jóven que se siente impulsado por *su génio*, por sus instintos, como si obedeciese á una fuerza mayor, es un verdadero mártir de sus inclinaciones.

Generalmente las familias, que ven todas las quiebras sin entusiasmarse con *los quiebros*, se oponen á que el predestinado cumpla sus aspiraciones, sin comprender que cada criatura trae su mision especial á este valle de lágrimas y *volapies*, y que el que se decida á seguir uno de los términos del dilema «*O lidiar* ó morir,» se halla impulsado por una fuerza superior que le arrolla, mientras una secreta voz le *grita bajito*: «¡Anda, anda y torea!»

Por fin, el indivíduo que entre los cuernos y el suicidio opta por lo primero, puede conseguirlo con menos detrimento social y menos oposicion de la moral cristiana.

El torero de invierno, vamos al decir, el que ha llegado ya, despues de algunos años de academia en el matadero, merced á la proteccion de algun padrino, á torear embolados con maestría, ya puede considerarse en el escalafon del cuerpo taurino.

Cuando lleva *pelo* (coleta) y pantalon de goma elástica, que de goma parece segun lo ceñido, y chaquetilla corta, y *jongo*, y faja de seda, aunque no la haya dejado muy nueva el difunto; cuando puede tomar la alternativa, si no en el *Circo* ó en el *Coso*, por lo menos en los alrededores del Café Imperial; cuando todo esto logra, no se cambia por nadie.

Se mira por dentro, y se enuentra bravo; se

examina por fuera, y se halla hermoso. Cada mirada suya dirigida á una mujer, de cualquiera clase que sea, objeto de tanta distincion, es para la infeliz un par de banderillas al sesgo, una vara *de primera* ó una buena *recibiendo*, segun el arma á que el lidiador pertenezca.

El paso de diestro *embolado*, permítasenos esta licencia taurina, á diestro *de puntas* es terrible; no pasan muchos; la mayor parte se quedan en las bolas, y así se libran de quedarse en las *puntas*.

No á todos les es fácil el entrar á formar parte de las cuadrillas artísticas de los primeros y *consecuentes* matadores.

Para conseguirlo, hacen falta mas pruebas que para cruzarse caballero de alguna Orden.

En cambio, el que llega, ya puede decir que tiene el pan seguro, hasta que le reviente un toro, caso que, aunque afortunadamente no se repite con frecuencia, para el que sufre el *reventon*, es lo mismo que si ocurriera á diario ó á turno impar.

Pero respetemos á la aristocracia del divino arte de Costillares, Montes y Pepe-Hillo, y volvamos al torero que nos proponemos dibujar, flor y nata del *manolo* moderno, y prototipo de los majos andaluces.

Desgraciadamente para él, la humanidad no está suficientemente civilizada para lidiar toros á diario, como se representan comedias en muchas capitales, que al fin y al cabo «no sirven sino para pervertir y desmoralizar á las gentes.»

El arte dramático se cultiva en todas partes, y el taurómaco no.

Los toros no han sido todavía traducidos al francés, ni al inglés, ni á mas idiomas que al portugués, pero se han traducido *sin puntas*.

Allí, como en España, se cultiva, aunque en mas pequeña escala, el noble arte de torear á pie y á caballo, y *ó cabaleiro dos Santos* es doctor en rejoncillo, como entre nosotros lo son *de vara larga*, *os Caldcrones ó senhor de Chuchi* y demás *cabaleiros*.

La centralizacion ó vinculacion esclusivista de la fiesta de toros ocasiona graves perjuicios á los hijos de familia, que se sacrifican por seguir tan honrosa profesion. Un lidiador de veras, y sobre todo un espada de reconocida reputacion, pierde ó deja de ganar con el atraso de las capitales de Europa, que no cultivan el arte de Chiclanero y Curro, muchos miles de duros, que Dios sabe en qué se invertirán.

Para el diestro de que nos ocupamos, tales ganancias son mitológicas. ¡Llegan tan pocos á la cúspide!

Si consigue un contrato para torear en alguna novillada de cabeza de partido, ó, hablando con mas propiedad, para *novillear*, puede considerarse feliz.

Por regla general, nuestro torero suele andar mal de ropa: envueltas en un pañuelo de percal lleva las prendas del vestuario: un capote de percalina azul, ó encarnada ó amarilla, con su esclavina de otro color, y un par de zapatillas; una y otras en estado de descomposicion.

Los tres ó cuatro diestros que componen la cuadrilla, hacen el viaje á pie, desde la capital en que residen, hasta el pueblo donde han de ejercer.

El alcalde los recibe como á gente baldía y no suelta un cuarto hasta que termina la corrida ó los toreros.

Otras veces van éstos sin que nadie los llame; torean por su cuenta, y cuando acaba la lidia, llamémosla así, echan *un guante* en la poblacion, y suelen reunir para comprar un par de cabritilla para todos; pero en cambio han tenido que andar unas cuantas leguas y oir las frases cariñosas con que el público ilustrado los recibe, envidiando su virtud.

Si vuelven con la piel intacta y los pantalones, no diré nuevos, que seria pedir imposibles, sin zurcidos á punta de cuerno, ¿qué mas pueden pedir?

Cargados de laureles y con algunos cardenales, y llenos de justa satisfaccion y... pare usted de contar; porque ya es preciso que hagan prodigios de valor y de arte taurino para que la poblacion *se corra* con los diestros de carrera, allí donde todos torean, desde el alcalde hasta el sacristan y su distinguida señora.

Lo único que le dan grátis al lidiador que se desgracia, es una sepultura en el cementerio del pueblo, si no hay quien tenga interés en llevarse sus restos mortales, porque en tal caso no tiene inconveniente el vecindario en que cargue quien quiera con el muerto.

Nuestro torero sueña con un vestido *de luces*, plata ú oro, en esto no repara; se imagina verse con la monterilla en la mano derecha, brindando á un concejal que tiene delante, la muerte de un toro que tiene detrás.

El dia en que consigue *hacerse* con un trage de

desecho, se le prueba por lo menos cuatro ó seis veces: su *gachí* ó su hembra ó su *parienta* natural, le dice que está mejor que Salvador y que Rafael, y que vale mas pesetas que las que gana, para lo cual es menester que valga mucho, como comprenderá cualquier matemático.

Si llega un dia, dia feliz en la historia de nuestro tipo, en que el empresario de la plaza de Madrid le contrate para torear los embolados en las novilladas de invierno, en clase de *jóven aficionado*, el magnífico trage que fue color magenta y ya es color de tierra de Segovia, se luce en tan fausto dia.

¡Qué estremecimiento siente en todo su cuerpo al presentarse con el *capotiyo* terciado, y dirigirse á saludar á la presidencia!

Y no es el miedo, como supondrán los profanos, lo que tanta impresion produce en el neotorero; es la justa y natural soberbia del principiante que pisa por primera vez, con carácter oficial, aquel circo que ha sido escena (Dios nos perdone) de tantos y tan legítimos triunfos.

¡Oh! Respetemos el entusiasmo del artista, el disculpable orgullo del hombre que, á fuerza de sudores y fatigas, ha llegado á verse en tan envidiada posicion social.

Pero si grande es la emocion del diestro al presentarse en el redondel, es mayor todavía cuando oye el clarin que anuncia la salida del primer bicho embolado, y al cual, mediante su palabra y la oferta de la respetable suma de 25 reales que ha de entregársele en oro ó plata, con esclusion de papel, se ha comprometido á poner banderillas en sitio oportuno y decente.

Pues ¿y cuando tocan á banderillas?

¡Horror! hasta el trage palidece, de satisfaccion, por supuesto.

¡Ah! ¿Y cuando el animal toca al diestro con un piton ó con una bola, mejor dicho, en mala parte, y le obliga á dejarse conducir en una esportilla á la enfermería?

Aquel ¡ay! profundo y desgarrador que resuena en la plaza y domina la voz general, es el de su *gachí* que se lanza *de seguía* fuera del tendido y corre á enterarse de la profundidad de la herida, sin acordarse de que el novillo no usa las puntas, aunque las tiene, y de que *su* torero es tambien *embolado*.

Si no fuera por estas quiebras, ¡qué envidia produciria á los pobres la clase ilustrada de novilleros!

EL
ZAPATERO DE VIEJO.

EL ZAPATERO DE VIEJO.

Pocos, muy pocos habrá en el gremio que no se den á sí mismos el título de maestros de obra prima, título que despues de todo, y aun cuando ustedes crean lo contrario, no está mal aplicado, por aquello de que cada cual en su oficio es maestro.

Ademas, el *artista* (con perdon de ustedes) es muy dueño de darse todos los títulos y condecoraciones que bien le parezcan.

Y que, pensando piadosamente, para llegar á zapatero de viejo parece que es condicion necesaria haber empezado por zapatero de nuevo.

Sin embargo, no sucede así: el de zapatero de viejo es un título honorífico que no indica antecedentes en la carrera del cultivo de la piel.

Un zapatero remendon, como suele llamarle el ignorante vulgo, incapaz de poner una media suela (frase bárbara), ni de echar una pieza á una botina, es un sér que llega á la senectud sin

haber atravesado las llanuras de la *edad media.*

Nace no se sabe dónde, pero se presume que hácia el final de la calle de Embajadores ó en plenas Vistillas. Es el barrio propio para criar zapateros de viejo.

La educacion del que nace ya predestinado á soportar la penosa carga de la piedra y la horma, ó si se quiere para empuñar la lesna y ceñirse el tirapié, es en estremo sencilla.

Cuando aprende á leer, se *extralimita*, como dicen sus papás. Cuando llega á escribir su nombre en caractéres semi-griegos, adquiridos en la escuela de la diputacion, el futuro zapatero de viejo es el asombro del tabernero y del sereno, y demas aristocracia adyacente.

El zapatero de portal, nombre que tambien suele aplicársele, y no por antonomasia, ni siquiera por autonomía, sí que por las condiciones de su establecimiento, se desarrolla entre los cuidados de una familia que le descrisma de noche y de un maestro que le revienta de dia.

El feto zapateril se hace hombre, y ya le tienen ustedes hecho viejo.

En su corta carrera por el mundo no ha conocido la juventud, sino en sus escesos, sin nombrar el de la embriaguez, que como él dice muy bien, no es esceso.

Adquiridos los elementales conocimientos del arte, ó ciencia, ó facultad, ó cargo público que va á ejercer, rueda de portal en portal, metafóricamente hablando, porque aun cuando alguna vez rueda en toda la estension gimnástico-vinícola de la palabra, no es cosa en que él ni sus amigos se paran, ni merece especial mencion.

Buscando un maestro, pasa algun tiempo y aun algunas temporadas. Cuando le encuentra, se dedica á servirle no solamente de oficial, sino de compañero, jugando al dominó ó á la brisca, y de hermano, destrozando botinas y zapatos rusos.

Cuando el zapatero de viejo se eleva por cualquier peripecia social, ó encuentra quien le dé la mano, frase que quiere decir darle algun dinero con la mano, el oficial se hace maestro, cambia de portal y pasa á ocupar el sitio de preferencia con respecto á sí mismo.

Provisto de cuchillas, cabos, lesnas, pedazos de cristal y pez vírgen, que tambien puede serlo como la cera cuando todavía no se ha usado; dueño de un banquillo ó silla tradicional, comprada en el Rastro, y que no le tiene de su primitiva forma, en fuerza de remiendos, y poseedor de una mesita, entre cajon y taburete, arma su establecimiento.

Como muestra de lo que puede y sabe hacer, cuelga en el dintel de su tienda, digámoslo así, un zapato traspasado de clavos, y la sombra de una botina que fue, y de la cual no queda ni siquiera mas que un recuerdo doloroso.

Los vecinos que ocupan la casa han debido autorizar la colocacion de aquel bulto en el portal; de modo que el zapatero es un producto del sufragio universal de los habitantes de un edificio.

—Yo represento la voluntad nacional, pudiera decir el maestro.

Cuantos entran y salen tienen que pasar por delante del taller de obra prima. El zapatero co-

noce á todos sus electores, y algunas veces quisiera no conocerlos.

Uno le protege mandándole componer una bota que suele salir de sus manos sin compostura posible.

—Maestro,—le dice una nodriza entregándole un zapato de su propiedad, que parece un zapato de familia,—yo quisiera que me compusiera este zapato.

—Sin ningun inconveniente, dice el maestro levantándose las gafas con armadura de hierro de balcon, para ver mas claro el zapato y su enfermedad.

Se procede al ajuste, y el zapatero conviene en que por media peseta de retribucion ó contribucion, como él diria, pondrá el escarpin como nuevo, echándole una pala, media suela, una tapita y pare usted de contar.

A la nodriza le parece caro á primera vista ó á primera paga, y le ofrece doce cuartos.

—¡Doce cuartos!—esclama el *artista*—Creen *ustés* que no paga uno contribucion, ni casero... (Efectivamente, con perdon del maestro se cumple la creencia).

—Pues si no quiere, déjelo—responde la parroquiana—que mas zapateros hay en Madrid.

En tan tristes momentos, segun las necesidades del dia, el zapatero admite ó rechaza la proposicion.

Para el caso parece lo mismo, pero no lo es. Doce cuartos representan una fortuna para el que no los tiene.

En estos y análogos trabajos pasa el maestro de obra prima «los hervores de su juventud.»

La vejez de un zapatero de viejo es una vejez horrible.

La clase no tiene banco de economía, ni jubilacion, ni cosa que lo valga: no tiene mas que laboriosidad y tabernas donde consume sus años y devora sus infortunios.

El zapatero de portal es el portero, el agente de colocaciones de las criadas que han servido en la vecindad y quedan vacantes ó vacas en casas particulares; el testigo de las compras y ventas del carbonero de al lado y el orador del club de mozos de cuerda y agentes de órden público, establecido en la esquina de la calle mas próxima.

Si el maestro tiene maestra, quiero decir, si el zapatero es casado, su situacion es mas lamentable. Los transeuntes rompen poco calzado, ó quizas han dado en la manía de ir descalzos por no entenderse con el remendon.

Ademas, los almacenes, como dice el artífice, lo han echado todo á perder: el precio de los artículos de primera *andadura* ha bajado mucho: ya no tiene importancia el charol, y hasta el *chagrin* se da de balde ó se toma, que es lo mismo.

Por otra parte, la mecánica ha invadido con sus aplicaciones el terreno de las bellas artes. Las máquinas de coser trabajan mas que las personas, y «aunque trabajan peor» (como él dice), tienen menos necesidades.

¡Ah! ¡Si hubiera un gobierno tan paternal que decomisara todas las máquinas y mandara desempedrar todas las calles y suprimiera los pedícuros y aumentase los callos, si es posible...!

Pero los gobiernos no se cuidan de los zapateros de portal, como si no fuesen ciudadanos, y hasta los perjudica en sus intereses conservando talleres de *remonta*.

¡Qué consideraciones tan sábias y tan tristes se desprenden de la horma social para un zapatero de viejo!

¡Pobre hombre! Allí está aguardando que caiga un calzado para descalzarle y vice-versa, aunque este sea un caso raro; con sus anteojos de fundicion y cristalería de puerta de alcoba; calzado el coturno de su tirapié y dispuesto á nivelar unos tacones ó poner un parche al mismo Febo en forma de caballero particular.

Pero el trabajo cada dia es mas trabajoso para los trabajadores, á pesar de las asociaciones *ad-hoc*, y no le sirve al zapatero de viejo renovar el muestrario y escribir con letras como botinas ó como botijos en un papel ex-blanco:

«SE ACEN CON POSTURAS Y REMONTAS A PRECIOSE QUITA TI VOS AQUI»

(El maestro aplica la ortografía como las puntas de París y las tachuelas).



SANTI BONITI E BARATI.

SANTI BONITI E BARATI.

«Todo el mundo es patria.»

Este principio cosmopolita ó antipatríótico saca de sus casillas á un sinnúmero de individuos, y hace un aventurero del hombre mas pacífico.

¡Qué idea tan lisonjera y tan avanzada y tan propia del siglo XIX!

Eso de vincular el cariño en una sola nacion, es un egoismo insoportable.

Cuando aparece y fructifica y se estiende por el mundo la bienhechora y grandiosa idea de la abolicion de la familia particular, en pró de la familia humana, el amor á la patria que decian los antiguos, arrastrados por su ignorancia, representa un sentimiento raquítico y miserable.

Cuando todo el mundo es familia (¡y qué familia!) ¿por qué no ha de ser el universo una sola patria comun?

Por otra parte, nadie es profeta en lo que llama su patria. Es preciso que el hombre vague y pase una existencia errante, como el judío. Andar y andar...

Y no se crea que esto es una disculpa muy ingeniosa del que, al marchar, deja en su patria algunos *ingleses* y varias víctimas de sus necesidades y sus holguras. No es por aquello de *quien te entienda te compre*, porque no todos los hombres ó las mujeres se venden, ni todos encuentran quien los ponga precio.

El hombre que emigra, lleva siempre, aun á falta de maleta, mucha esperanza y mucha fe en la caridad del prójimo.

Hay escepciones, pero no tienen nada que ver con mi asunto.

Yo me refiero á esos séres que viajan en tercera en el ferro-carril, en mulo de cuando en cuando y á pie algunas veces, para mayor economía.

En su afan de mezclarse y confundirse, los españoles se van á Francia, ó á Inglaterra, ó á Ultramar. Los franceses, los ingleses y los ultramarinos vienen á España. Todos buscan lejos de la patria lo que no encuentran en ella, algunos encuentran lo que buscan, otros se mueren buscando, la mayor parte vuelven al punto de partida con algunos años de mas y algunas ilusiones de menos.

Generalmente, los emigrados ó los prófugos españoles no van á trabajar á ninguna parte, salvo algunos casos. Los estranjeros que vienen á España, siempre intentan hacer algo; por lo menos hacer dinero.

Y muchos lo consiguen; porque la verdad es que España, que pasa por ser un pais inhospitalario, es el refugio de todas las nulidades y de todos los perdidos del mundo é islas adyacentes.

Aquí un francés, ó un inglés, ó un chino aparece como llovido del cielo, y á los cuatro dias ya tiene ocupacion y dinero. Se llama médico ó ingeniero, ó lo que le da la gana, ó establece un *restaurant* ó enseña la lengua.

En España, y principalmente en Madrid, y especialmente entre las personas de posicion, es aprendido como en ninguna parte el principio cosmopolita «todo el mundo es patria,» pero con una ligera correccion para terminar propiamente la frase: «para esa clase de españoles, todo el mundo es patria, menos España.»

Edificante prueba de fraternidad universal. Es cierto que Madrid es un pueblo culto, como lo revela en todas sus aficiones.

El artista estranjero cae siempre en Madrid, repito, como llovido del cielo. ¿Quién ignora en la antigua capital de España que los artistas estranjeros tienen muy buenas manos, Dios se las conserve?

¿Cuándo habia de llegar un español, por muy artista que fuese, á modelar, por ejemplo, esas figuritas de yeso que venden los italianos por calles y cafés?

Aquí podrán hacerse figurones de barro, que suelen salir perfectamente acabados, como los hacen en Málaga y Granada; pero por regla general, pocos españoles saben hacer los monos como los italianos ó los franceses, *verbi gratia*.

Y eso que ahora vamos adelantado mucho en esa parte plástica.

Un vendedor de *santi boniti e barati* es á un tiempo un artista y un comerciante, un filósofo y un industrial.

Generalmente, el constructor de monigotes de escayola es un veterano del ejército de Napoleon III ó I, segun la edad, ó uno de los *bersaglieri* de Garibaldi que, despues de *unificar* á Italia, se ven deportados por el gobierno de aquella nacion.

¡Qué tipo tan marcial el del *figurero!* ¡Qué aspecto tan artístico! Bien se le conocen su orígen y aficiones particulares; especialmente cuando consigue colocar un puñado de modelos y puede dedicar algunos fondos á la compra de las primeras materias; es decir, del vino.

¡Qué campechanos son los estranjeros, y sobre todo cuando logran hacer algun negocio en España, siquiera sea mezquino; y mas, sobre todo, cuando están borrachos!

A cualquiera le cuentan su historia, ilustrada con caricaturas.

Hablo de los italianos, de los franceses ó de los portugueses. Los alemanes y los hijos de la Gran Bretaña, ni son tan comunicativos ni hacen monigotes de yeso para adornar las mesas ó los estantes.

Los pueblos de la raza latina se distinguen por sus aficiones y por su carácter.

El constructor de los muñecos de yeso es casi siempre italiano, de Roma ó de Toscana, y de cuando en cuando florentino.

Su padre, segun él, fue tambien artista: es

una herencia la del arte que, lejos de enriquecer, abruma. Por eso no tiene nada de particular que el constructor de objetos artísticos no viva con holgura, á pesar de la herencia y de su mérito indisputable.

El padre del constructor de *santi boniti e barati* ha muerto, segun dice el hijo, peleando por la patria (¡caso raro!) En cambio, él no tiene patria ni familia.

Ha pasado los primeros años de su vida estudiando el arte... de no hacer nada, y se encuentra al poco tiempo con que han acabado su carrera el padre y él. El uno la carrera de la vida; el otro la del arte.

Una vez en España, adquiere las primeras materias para la fabricacion, y se establece sin que nadie *le dé la mano, ni haga nada por él el gobierno constituido*, como dicen los nuestros; quiero decir, nuestros *artistas*.

La existencia del *santi boniti e barati*, como él pregona su mercancía, y como le designa nuestra gente del cuarto estado, es un misterio para quien no conoce los secretos del arte.

¡El arte! palabra vaga ó vagabunda que indica un martirologio completo, pero sin esperanza de remuneracion en la otra vida, ni en ésta.

Y, si no, que lo diga el *figurero*. Se levanta al amanecer y saca de la nada ó de la escayola ángeles y caballos y guerreros y ninfas en trage de baño ó de catre. Al soplo divino de aquella boca, al contacto de aquel hálito embalsamado por la divina esencia del aguardiente, con que el artista se desayuna, brotan, como evocados

por la divinidad, Dante Alfieri, en trage de gala y con su *Divina Comedia* en la mano; la cabeza de Séneca, de tamaño irregular, ó la de Napoleon I achicada; Vénus Citerea, ó Cupido con avíos de cazar corazones.

Algunos quedan en incubacion hasta el dia siguiente; otros aguardan resignados hasta que les llegue el turno de salir á la venta.

¡Qué ignominiosa civilizacion la de nuestros tiempos! ¡Todavía se venden las obras de arte! Las obras de arte, que solamente deberian cambiarse, pero nunca venderse. Es verdad que ya se venden hasta los artistas.

Dígalo el *figurero*, que, cargando con algunos modelos cuidadosamente colocados en una tabla, se lanza á la calle y establece su despacho y escaparate en una ventana de los ministerios de la Gobernacion ó de Hacienda durante el dia, ó recorre algunos cafés durante la noche ofreciendo sus modelos.

Cuando el negocio marcha, esto es, cuando ha conseguido *santi boniti* desprenderse de un par de cabezas de hombres célebres, de una ninfa en cueros ó de un grupo de infantes y caballos, el precio, que varía de 25 duros á 2 rs., segun la inteligencia y voluntad del comprador ó aficionado, le invierte el artista en satisfacer sus primeras necesidades.

En dias tan notables se permite almorzar con los libreros de viejo, sus vecinos, en las tabernas de la calle de la Paz, ó de la calle del Correo, ó de la calle de Alcalá, segun el punto en que se halla establecido.

El constructor de *santi boniti e barati* tiene

tambien sus parroquianos, cuyas casas recorre siempre que recibe algun nuevo modelo, ó por lo menos bastante antiguo, para que todo el mundo le tenga ya olvidado.

El hacedor de muñecos es un tipo principal. ¿Quién no lo conoce? Todo su vestuario está reducido á un pantalon de hilo de Bayona, muy semejante al algodon de Cataluña, una blusa de la misma tela, un hongo que fue ó una gorra infantil, unos borceguíes gallegos, que no moriscos, y una pipa marsellesa; esto, sobre todo.

El *santi boniti*, como todos los tipos populares matritenses, ha perdido mucho de su antigua popularidad; ya no es ni sombra de lo que fue. ¿Cómo era posible que atravesase las calles de la córte de España, cargado con sus muñecos (de yeso, no de la córte), sin que por lo menos le rompiesen la crisma de una pedrada ó le destruyesen por el mismo procedimiento cuatro ó seis pedazos de sus entrañas (vulgo hijos) cuatro ó seis modelos, que dejaban de serlo en un instante?

Hoy, el *santi boniti* es un ciudadano con su anatomía, ó autonomía, como otro cualquiera; que va por donde le acomoda, sin que nadie se meta con él, y que hasta pudiera aspirar á ser presidente de alguna asociacion, ó concejal de la *Commune* de cualquier pueblo; á todo, menos á formar un capital: el arte no recompensa á sus devotos mas que con ingratitudes.

El *santi boniti é barati* desaparece de Madrid de la noche á la mañana, lo mismo que llegó á él; recorre algunos pueblos vendiendo santos y

crucifijos de la misma materia que la cabeza de Séneca ó la de Napoleon I, y, por último, un dia anochece y no amanece para él en España.

Cuando recorre nuestros pueblos orgulloso y pregonando su *santi boniti é barati*, todas las muchachas le detienen para enterarse del surtido; todas las viejas para ver los santos y decir que parece que van vivos, y todos los chiquillos y desocupados para divertirse á costa del italiano ó del *franchute;* porque para cierta gente no existen en el mundo mas que *franchutes* y españoles; pero mas de los primeros.

En fin, *santi boniti é barati* se vuelve á su pais para adquirir nuevos modelos, adquirido ya el conocimiento de que el *arte* dará honor, pero no renta.

Mas la familia de las golondrinas es interminable; unas van y otras vienen; y nunca faltan, vagando por el mundo, centenares de figuras y de *figureros*.

Siempre que ustedes los necesiten, encontrarán *santi boniti é barati*.

EL MEMORIALISTA.

EL MEMORIALISTA.

Si yo me dedicase algun dia á formar un Diccionario, que no me dedicaré, y consiguiera salvar los mil inconvenientes que habia de encontrar para la definicion de las palabras que corresponden á cada una de las doce primeras letras del alfabeto, en llegando á la M soltaria la pluma desesperando de salir adelante con mi tarea.

Y no por las definiciones de *mamífero*, que es todo individuo que mama del presupuesto; *mamarracho*, nombre apelativo de una mitad de la especie humana, ó *menistro*, palabra anticuada que usaron algunos *hombres públicos* de la primera mitad del siglo XIX. (Véase el autor, Diaz-Lavi.)

Todas estas dificultades nada significan para mí, hallándome resuelto á componer un Diccionario mas ó menos castellano que el de la Academia de la Lengua, porque por algunos galicismos y por cuatrocientos á quinientos desatinos,

seguro estoy de que no habia de espantarse ni aun el mismo leon de Castilla, acostumbrado á oir el idioma de sus paisanos.

La palabra que me detendria, la insuperable dificultad que habia de embarazar mi devastadora marcha sobre la rica habla castellana, seria la que voy á decir á ustedes, con todo el respeto que se merece la clase que domina, con todo el temor del que cree profanarla al pronunciarla: *Memorialista.*

La etimología de esta palabra,—hagamos abstraccion del tipo que representa,—es tan difícil como la resolucion del problema económico en España y sus posesiones ultramarinas: tan laberíntica como un poema pentacróstico del mortal Estrada: tan oscura como el genio de algunos artistas pictóricos esponentes en la última exhibicion: tan discutible como el descubrimiento de la direccion de los globos por Dupuy de Lome en Francia, y basta de comparaciones.

Hay quien cree que la palabra *Memorialista*, descompuesta en sus raices, esto es, *Memoria-lista*, significa una superioridad de memoria y una facilidad de retener estraordinarias. Otros aseguran que la referida palabra viene de *Memo* y *realista*, llegando á construirse por corrupcion de la manera que hoy la conocemos.

Personas de mas profunda erudicion, buscando un orígen mucho mas profundo, siquiera sea porque sus opiniones no se parezcan á las de los otros mortales, dicen que *Memorialista* tiene su etimología en *memoria al piste*, nombre que se daba á los desmemoriados en la edad de oro.

No falta quien asevere, fundándose en el ejer-

cicio de la clase que lleva el nombre de *Memorialista*, que este procede de las palabras *Memorial insta*, designando á los pretendientes que pasan su vida dirigiendo memoriales y hasta entregándolos en propias manos á cuantas personas pueden dar un empleo al individuo que mejor les parezca.

El *Memorialista* tiene una historia tan antigua, casi casi, como la del barbero, y poco menos que la del maestro de baile. Y es menester que tengan ustedes en cuenta las danzas de la India en loor de sus dioses y las voluptuosas piruetas de las ninfas y de las ondinas, cuando formaban parte del ministerio Júpiter, Saturno y Neptuno, encargados respectivamente de las carteras de la Guerra, de Gracia y Justicia y de Ultramar. Figúrense ustedes si la profesion del maestro de baile será antigua: porque es de suponer que alguno bailó primero que los otros, y aquel debió enseñar á los demás el difícil arte de la coreografía. Calculen mis lectores cuánta será la antigüedad del *Memorialista*, como clase social, cuando pudiera hacer competencia al mismo maestro de baile.

Pero desde el *Memorialista* crisálida hasta el *Memorialista* mariposa, hay tanta diferencia como desde el actor de café-teatro al artista, y desde el pintor de puertas y ventanas al rival de Rosales ó Gisbert.

Consideramos, por lo tanto, al tipo en todo el apogeo de su grandeza, con todo el desarrollo que ha adquirido hasta la fecha, merced al constante movimiento de las letras al por menor, y á las leyes del progreso material y á las revoluciones

político-sociales por que ha atravesado nuestra patria.

El *Memorialista* es la representacion mas caracterizada de nuestro siglo de tinta; como el alquimista personificaba durante los siglos de la Edad Media, una sociedad supersticiosa y cándida, una edad de oro, aunque no de ley.

Ninguna forma como la de las aleluyas parece digna para referir la vida y hechos de un *Memorialista*. Pero como en el gremio hay más de cuatro poetas, no quiero yo esponerme á las críticas de tan ilustres caballeros.

Dejando aparte el relato de su nacimiento, educacion y desarrollo, que sobre no ofrecer nada de particular nada tiene que ver con nuestro asunto, vamos á examinar con microscopio á nuestro tipo, porque es el único modo de poder apreciarle.

El *Memorialista* ha tenido una familia como todos los mortales, y ha pasado los primeros años de su vida entre los halagos de su madre y los puntapies del marido de su madre, á quien se ha acostumbrado á llamar papá. No quiero yo decir que no lo sea, pero como oigo decir tan frecuentemente á algunos *Memorialistas* que cada uno es hijo de sus obras, me cuesta trabajo esplicarme este dualismo paternal.

Las quintas consideran tambien á todos los ciudadanos como hijos de sus obras, llevándose á los hijastros para que defiendan la integridad nacional, las instituciones, las contribuciones, y hasta las revoluciones algunas veces. El predestinado escribiente público empieza á inmiscuirse en lo que no le importa, para lo cual recibe la

competente autorizacion en el sorteo, consignada despues en una hoja de servicios, mas respetable por sus consecuencias que la hoja de higuera con que se disfrazó nuestro padre Adan de madre Eva.

Envuelto el futuro *Memorialista* en un capote azul, en que pudieran esconderse holgadamente todos los individuos de su familia, y coronado con un ros, artístico descubrimiento que hará pasar á la posteridad el nombre del inventor, el predestinado escribiente popular inaugura su carrera como agregado á las cocinas del batallon, ó regimiento, ó lo que sea.

Dejémosle consagrado á la milicia, que se acostumbre á vestir levita, prenda que en su pueblo no se permitian sino el cura, de cuando en cuando, y el médico siempre que iba á visitar á algunos de sus enfermos distinguidos, no por morirse, porque esto sucedia á la mayor parte, sino por sus condiciones pecuniarias y de posicion social.

Dejemos á nuestro tipo que sirva al rey, ó á la reina, ó al príncipe, ó al regente, ó á la república, ó á la *Commune*, y no nos inquietemos por ello, que con tal que no le fusilen, ya nos le devolverán tan sano, y tan gordo, y tan amante de la tranquila holganza, que no habrá medio de hacer con él otra cosa que un *Memorialista*, si, como es necesario para el caso, durante los años de servicio ha aprendido *algo de letra.*

Lo primero que le ocurre á un licenciado del ejército es usar de la licencia, y aun abusar de ella; pero si piensa en ocuparse formalmente en alguna cosa, lo primero que le ocurre es no vol-

ver á su pueblo á dedicarse á la agricultura, donde, si no le queda familia que pueda mantenerle, tendrá que trabajar como uno de tantos peones sin instruccion, sin mundo y sin táctica de infantería ó caballería.

En este caso, si, como he dicho, sabe pintar letras gordas y leer de corrido algunos romances de la *historia de Espartero*, de la *infeliz Rosaura*, de *Diego Corrientes* y otros, el licenciado procura primeramente conseguir un empleo oficial en la policía ó en consumos. Cuando se convence de que no le sirve para nada su hoja de servicios, cambia de rumbo y declara la guerra al ministerio, pasándose á la oposicion mas violenta, espresada en cuantas tabernas y tiendas de comestibles visita, que no son pocas, mientras conserva algunas economías de su sueldo de soldado *raso* ó cabo segundo.

Entonces piensa en el comercio, y encuentra cerradas todas las puertas, ó hablando con mas propiedad, halla ocupados todos los portales en que pudiera establecerse, y no cuenta con capital para adquirir la primera remesa de géneros frutales, porque sus aspiraciones nunca pasan del límite de los naranjeros.

Sin embargo, llega un dia en que un vecino de la casa en que habita quiere colocarle en una portería. El licenciado admite, sitiado por el hambre, y dos dias despues aparece trasformado en un agente público, en un escribiente popular, en todo un *Memorialista*.

La casa en que ha establecido su bufete pertenece al vecino protector, y el portal escasamente permite el tránsito al dueño de la casa cuando vá

á cobrar los alquileres. Una mesa relacionada con las dimensiones de aquel pasadizo, y una silla que en sus buenos tiempos sirvió á un párvulo para ejercer ciertas funciones con mayor comodidad, constituyen el ajuar del *Memorialista*.

¡Ah! Me olvidaba de lo mas importante. La mesa tiene cubierto su tablero con una *Correspondencia*, y otro número del mismo diario, doblado dos veces, sirve de carpeta para encerrar algunos pliegos de papel. Con esto y con un tintero de plomo, y dos ó tres plumas impregnadas de tinta de cabo á cabo, ya no necesita mas el honrado escribiente.

La publicidad es uno de los primeros elementos de vida para cualquier empresa, y el *Memorialista* no se olvida de la publicidad. No puede disponer de la prensa para que encomie sus servicios, su reconocida aptitud y sus méritos, y tiene que valerse de sus propias manos.

Todos los industriales, todos los mercachifles, son mas felices que él; pueden pagar algunos anuncios en los diarios de la capital y administrarse algunos bombos, en tanto que él, tan digno y tan oscurecido, tiene que atropellar su natural modestia para decir á todo transeunte: «Aquí hay un sabio,» esto es, *Memorialista*. Asi lo advierte un tarjeton irregular y mugriento en que se leen escritas estas palabras, debajo del título profesional del individuo:

«*Se escriben cartas, y memoriales, para toda clasede personas y en todos los carauteres de letra bastarda, española, cursiba, tamien se hacen redondiyas.*»

Esta última parte del annucio ensancha el apo-

cado corazon, que presiente la poesía futura por la poesía actual, y se tranquiliza con respecto á la suerte de nuestra literatura en coplas.

Nunca falta un roto para un descosido, dice el refran, y claro está que no sin un gran fundamento se hallan tantos *Memorialistas* en los principales barrios de Madrid. Los negocios de menor cuantía son los mas frecuentes en todas las capitales, y muy principalmente en la capital de España, donde todo es tan pequeño que basta para manejarla un puñado de *Memorialistas*.

Cuando, trascurrido algun tiempo, los negocios aumentan y el escribiente público adquiere su parroquia de criados de ambos sexos, patronas, soldados, aguadores, prestamistas, prenderos, y otras respetables clases que se aprovechan del celo, actividad é inteligencia con que el agente desempeña las comisiones que se le confian, los anuncios colocados en el dintel de la puerta, indican que el honrado escribiente ha ensanchado el círculo de sus atribuciones.

Al cartelito de desafío á la lengua castellana que trascribí anteriormente, es necesario agregar nuevos ofrecimientos y concluir de una vez con la pícara modestia. Ya no se copian y escriben cartas y memoriales únicamente: *Se da razon de criadas para todo; de amos para criadas, de lacayos para la Dumont, de nodrizas con persona de buenos antecedentes que la abona si es necesario, y de costureras, donceyas y francesas.*

Una vez en el esplendor de su profesion, el *Memorialista* es infatigable: cada dia aparece en sus muestras un nuevo papelito, cada dia con peores caracteres y mas perturbador de la orto-

grafía, y en el cual se agrega una nueva seccion al ministerio *Memorialista*.

En un papelito se lee: *Francés,* y debajo: *Se enseña la lengua en pocas leiciones.*

Al siguiente dia, un nuevo cartelito anuncia que *se compran papeletas del Monte Pyo y de casas de empeño que combengan, dando más que en otras partes...* del mundo, se sobre entiende.

Pero despues de leer estos anuncios, penetremos resueltamente en la jaula que encierra al *Memorialista*; salvemos el biombo que le separa de la humanidad; introduzcámonos en la funda que le resguarda, si no del viento, por lo menos de las miradas impertinentes de los transeuntes y de los vecinos que entran y salen, murmurando muchas veces de la escesiva parroquia del agente de negocios al por menor.

Sentado en su poltrona, el codo apoyado sobre la mesa, y esta contra la pared para no caerse, con la barba sostenida con el anverso de la mano y la mirada fija en su cliente, reflexiona el *Memorialista* sobre las vanidades humanas.

Es el caso que el sabio escribiente, el moderno Diógenes, ignora qué tratamiento debe darse oficialmente al alcalde de un pueblo en el pleno ejercicio de sus funciones municipales. ¿Quién no ignora en el mundo cosas de menos importancia? Sabe que á los monarcas se les dá majestad, á los príncipes alteza, á los capitanes generales *señoría*, á los ministros *usía ilustrísima*, y á los jefes del negociado *excelencia*. Pero un alcalde, un alcalde...

El cliente, que es un vecino de Torrelodones, pongo por caso, saca del apuro al *Memorialis-*

ta, diciéndole apenas se apercibe de la duda:

—El alcalde de mi pueblo se llama el tio Pachin, y se le trata tú por tú como Cristo nos enseña.

—Vamos, como en la época romana,—repone el escribiente público, haciendo un alarde de erudicion histórica.

Cuando la paciente es una criada que busca colocacion, el *Memorialista* la mira fijamente, la hace sentar junto á él, y si es tan amable que lo consiente, la dice cuatro palabras al alma. Es decir, que antes de colocarla en alguna casa la coloca en el corazon, segun él mismo dice, y la ofrece protejerla valiéndose de todas sus influencias en Madrid.

Despues..... ¡Ah! despues la exige una peseta por la buena proporcion que vá á descubrirla, y en cambio de los cuatro reales la entrega un papelito donde van apuntadas las señas de cuatro ó cinco señores que necesitan cocinera, nodriza, doncella ó ama de gobierno. Este mismo juego se repite con cuantas indivíduas van á solicitar cria para casa de los padres, una cocina que dirigir, ó un caballero ó matrimonio á quien *gobernar*.

Sin embargo, por muchas personas que vayan á buscar colocaciones, y por muy pocas que estas sean, no desaparecen de las tablillas del agente público los consabidos anuncios: *Se pide un ama de cria para los padres*. (No se indica de qué comunidad.) *Se necesita un mayordomo viejo*. (Se supone que será más aceptable cuando no pueda tenerse en pie.) *Sedan* (plaza famosa) *leciones de jitarra*. Y debajo, con letras gordas y entre ad-

miraciones: ¡¡*Se necesita una donceya bien recomendada*!!

Siempre las mismas necesidades, siempre los mismos puestos vacantes, siempre los mismos asuntos. Algunas veces, repasando los importantes y cómicos anuncios de algun *Memorialista*, no he podido contener mi sorpresa ante ciertas proposiciones que, traducidas al castellano, carecen de significacion conocida. *Verbí gratia*: *Una persona capaz quiere ocuparse dentro y fuera de Madrid con buenos informes.*

Otras veces he visto en los citados cartelitos que un indivíduo necesita una fianza para un negocio, garantizando la cantidad; y al lado, que otro individuo daria una cantidad para fianza ó cualquier negocio, garantizándosela. Y me he dicho yo:—Pues aquí de Dios, que cada cual ha tropezado con su media naranja, ó no hay ley en el juego.

El *Memorialista* no puede dar razon de tantos asuntos como llueven sobre él todos los dias. Ello es verdad que no todos le producen bastante para vivir con toda holgura ó la holganza que él quisiera; pero en cambio todo lo sabe, todo lo comenta; á él acuden todos los menesterosos, y mediante la cuota fijada, ninguno se vá sin una buena recomendacion.

Sucede con frecuencia que los esfuerzos del agente popular se estrellan ante la desgracia de sus recomendados, ó que se vé en la triste necesidad de volver, no la cantidad que ha percibido por sus buenos oficios, sino á practicar nuevas dilegencias. Pero todo lo hace con la mayor actividad y buen deseo.

Durante las primeras horas de la mañana, recorre Madrid, se entera de las urgencias de una parte del vecindario; de los cuartos desalquilados; se dedica á vender las prendas ú objetos que se hallan empeñados, y cuyas papeletas compró la víspera á un desgraciado mortal que acudió á él en virtud del anuncio que se lee en la puerta del establecimiento del *Memorialista*.

Despues se dirige á la casa de comidas, donde, mediante un tanto alzado, almuerza y come diariamente. Esto se entiende, por supuesto, del *Memorialista* que ya tiene una posicion social; que, de lo contrario, la primera peseta que cae en sus manos se convierte en la manutencion del dia, y cuando se retrasa la peseta se retrasa la manutencion.

Sin embargo, el *Memorialista* de hoy difiere mucho en algunos puntos del *Memorialista* de hace veinte años. El aumento de negocios, mas ó menos limpios, la mayor suma de conocimientos que hoy exige la profesion, y el sufragio universal, han ensanchado la atmósfera de sus atribuciones.

Por lo demás, el *Memorialista* es hoy el mismo tipo que en la primera mitad del siglo. Fino, atento hasta la caricatura con cuantos acuden á solicitar sus servicios, siempre que por su parte le parezcan personas respetables, de posicion, de importancia: grosero y soez con los que considera inferiores á él—como si esto fuera posible—grotesco en todos los casos.

El es agente propicio para todos los asuntos que puedan reportarle alguna ganancia. Ser benéfico, que si alguna vez consigue reunir una

cantidad regular, lejos de cambiar de rumbo, se establece en mejores condiciones, fundando una agencia de criados de ambos sexos, ó erigiéndose en *agente curial y metropolitano*.

El *Memorialista* de hoy, elevando su importancia oficial sobre el de ayer, escribe algunas veces en sus carteles ó anuncios, las siguientes palabras:

Autorizado por el excelentísimo señor gobernador de la provincia.

Como si esta autoridad civil pudiera oponerse á que alguno de los vecinos de Madrid se dedicara á tan honrosa profesion, aunque todos quisieran hacerse *Memorialistas*. Pero con eso el cargo adquiere mas respetabilidad, y escita la confianza de los incautos que necesitan los servicios del escribiente popular.

Cuando hace un negocio que le produce una buena ganancia, se entrega á las delicias de Baco y abandona su escritorio ó confia su custodia á los mozos de cuerda que tienen su punto allí cerca, y con los cuales debate muchas veces sobre la crísis y medios de conjurarla.

¿Qué mortal está exento de imperfecciones? ¡Cuántos y cuántos hombres ilustres las tienen mayores! Y sin embargo, la sociedad no se atreve á censurarlos por ellas, ó, si lo hace, siempre lo hace con la consideracion debida á la desgracia.

Los dias de fiesta son para el *escribiente curial autorizado por el gobernador de la provincia*, dias de huelga y de jolgorio, en que hace relaciones con cuarenta soldados, y lacayos, y cocineros y con otras tantas individuas que necesitan co-

locacion. Porque en lugar de dirigirse á otros espectáculos mas importantes, el *Memorialista,* humilde y económico hasta un punto inconcebible, se solaza en la Vírgen del Puerto ó en Chamberí contemplando con observadora curiosidad las leyes físicas y mecánicas de la invencion del Tio-Vivo.

De regreso, y cuando ya la noche empieza á estender su negro manto, el honrado agente se acoge á la tranquilidad de la taberna ó del café-cantante, en union de algun compañero de profesion, ó de alguna compañera, doncella del marqués de Tal, á la que están permitidas ciertas libertades en recompensa de su fidelidad.

¡Existencia preciosa y desgraciada! El *Memorialista* es el agente de negocios de mínima cuantía, es el compartícipe de los secretos populares, y tiene en sus manos los hilos de la inmensa trama social con respecto á las clases humildes. Es el que conoce por las criadas el completo estado demostrativo de las fuerzas de nuestro ejército, y la distribucion por provincias, con arreglo á las últimas disposiciones de la direccion correspondiente, y es, en fin, el que no olvida nada de cuanto puede ser útil al desarrollo de sus funciones oficiales.

Y á pesar de esto, los chicos le torean de cuando en cuando, los estudiantes le juegan no muy buenas pasadas, y las domésticas le escandalizan si no consiguen colocacion. Todo el mundo le considera como uno de tantos párias, sujeto á la voluntad del último aguador y del quinto mas salvaje entre todos los que se comen á la patria y sirven al rancho.

Por eso no es de extrañar que el escribiente público milite en las filas de la mas exagerada demagogia. Para él la petrolizacion de España, es preferible á la canalizacion, y una buena *quema* y á tiempo, corregiria indudablemente los males sociales. El entiende por males sociales no haber ganado mas que una peseta á las cuatro de la tarde, en tanto que el tendero de la esquina habrá espendido géneros por valor de cuatrocientos ó quinientos reales, siendo un *pícaro realista*.

¡Qué política y qué políticos, se desenvuelven y se ven en la puerta del establecimiento del *Memorialista*! Un mozo de cuerda, persona instruida, como que lee *El Cencerro*, y la pareja de agentes de policía urbana, que se hallan alguna vez en su puesto y noventa y nueve donde no les importa. El oficial de una barbería situada en la acera de enfrente, suele acudir tambien á pelearse con su vecino, sobre si en Francia han triunfado en una votacion los orleanistas, ó los rojos, ó sobre si en Barcelona *andan á tiros*, frase terrible que, á cumplirse como suena, se convertiria cada ciudadano en una ametralladora.

El *Memorialista* no envejece nunca, ó hablando mejor, parece que ha nacido ya viejo. Cuantos le conocen le han visto siempre en el mismo estado, con la misma levita y el mismo hongo, y el mismo chaleco de color de tabaco, y la misma cara color del chaleco.

De dónde saca las prendas que viste, qué sastre se encarga de hacérselas, esto no ha podido averiguarse. Es lo cierto que el *Memorialista* se engalana en las grandes festividades con levitas

y pantalones completamente nuevos, cuyo córte es siempre de principio del siglo, por lo menos, y cuyo figurin queda todavía por el mundo en forma de poeta, demandando lágrimas sobre la tumba del romanticismo.

Cuando el *Memorialista* se muda de barrio, nadie se toma la molestia de acompañarle. Algun vecino le viste de rigoroso guiñapo, le empaqueta en la caja mortuoria de la parroquia y los sepultureros se encargan de echarle en el buzon de modo que no se detenga en el trayecto.

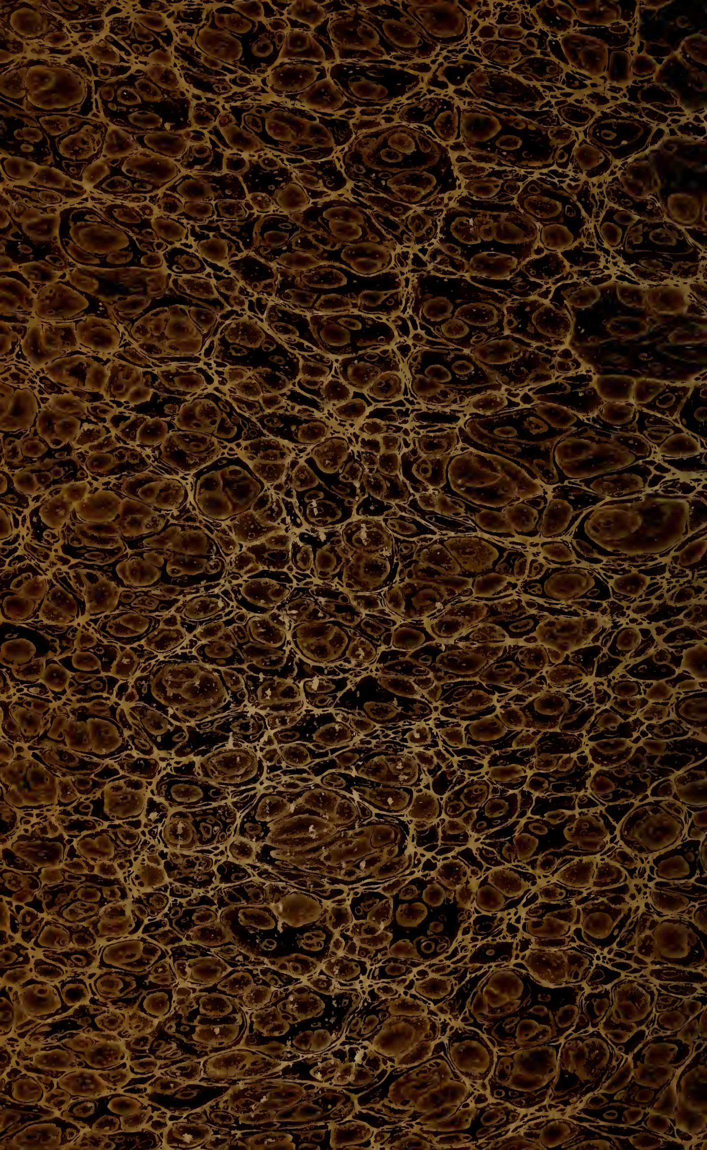
Las obras del difunto quedan para su gloria, y el casero se incauta del vestuario del que fue lumbrera de la ciencia y modelo de *elegancia* durante sus breves dias.

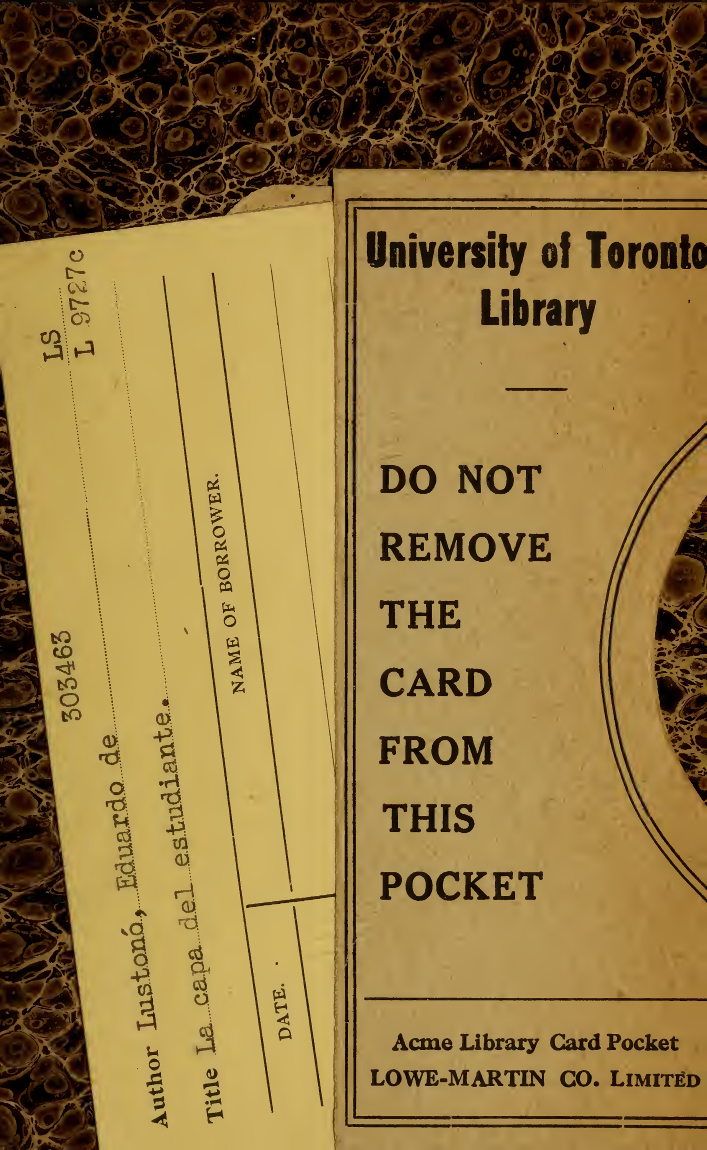
Sobre los restos del finado, otro *Memorialista* se levanta, y aprovecha la clientela estableciéndose en el mismo portal.

Los muchachos se encargan de escribir el epitafio del hombre que tan buenos ratos les procuraba con su figura.—Ha muerto el tio Fulano,—esclaman en viendo al sucesor. ¡Miserables! No le dan otro tratamiento que el que se dá á los alcaldes de aldea en pleno ejercicio de sus funciones municipales.

—¡Se habrá muerto de feo! añaden otros granujas: *Ahora no necesitará doncellas, ni amas de cria ni enseñará la lengua.*

FIN.




303463
LS
L 9727c
Author Lustonó, Eduardo de
Title La capa del estudiante.
NAME OF BORROWER.
DATE.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

